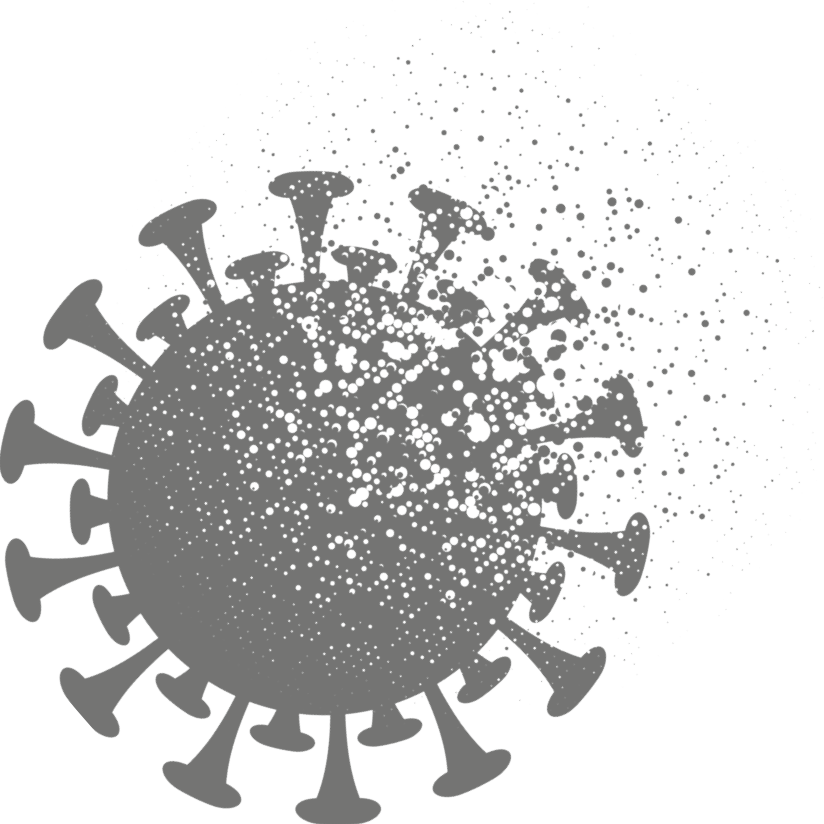


El cuarto jinete del Apocalipsis

José Antonio Gómez Espinoza

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

El cuarto jinete del Apocalipsis



Gómez Espinoza, José Antonio, autor

El cuarto jinete del Apocalipsis / José Antonio Gómez Espinoza.- - Primera edición.- - México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2023.

254 páginas

978-607-8951-04-8

1. Pandemia de COVID-19, 2020- – México 2. Pandemia de COVID-19, 2020- –

Aspectos sociales

cc RA644.C67

DC 362.1962414

El cuarto jinete del Apocalipsis

Esta obra fue dictaminada por pares académicos bajo la modalidad doble ciego.

Primera edición, agosto de 2023

ISBN: 978-607-8951-04-8

DOI: 10.30973/2023/el-cuarto-jinete

D.R. © 2023, José Antonio Gómez Espinoza

D.R. © 2023, Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Av. Universidad 1001

Col. Chamilpa, C.P. 62209

Cuernavaca, Morelos, México

publicaciones@uaem.mx

libros.uaem.mx

Revisión de textos: Casandra Montserrat Flores Gomar

Diseño de portada y formación: Lucero Sandoval

Imagen de portada: Kirsty Pargeter, Vecteezy.com

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-Compartirlgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).



Hecho en México

El cuarto jinete del Apocalipsis

José Antonio Gómez Espinoza



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

CONTENIDO

PREÁMBULO	9
1. INTRODUCCIÓN	17
2. EL COVID LLEGÓ A MI CASA SIN SER INVITADO ...	27
2.1 El inicio de la pandemia	27
2.2 La conciencia de la mortalidad	29
2.3 Lo que vivimos	32
2.4 Las olas del COVID-19	43
3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA	47
3.1 La cotidianidad antes de la pandemia	47
3.2 ¿Una nueva época histórica?	51
3.3 Reconversión de las estructuras humanas	57
3.4 Legalidad en tiempos del coronavirus	67
3.5 Ignorancia que mata	70
3.6 El amor en tiempos del coronavirus	73

4. LA NUEVA NORMALIDAD 85

4.1 Educación en un mundo emergente 91

4.2 Una educación de calidad en la nueva normalidad 98

4.3 Repensando los objetivos de la educación 100

4.4 Estrategias para una educación de calidad 102

4.5 Cuatro pilares de la educación 111

4.6 La universidad napoleónica 124

4.7 Una universidad posCOVID-19 126

5. CULTURA Y SOCIEDAD 131

5.1 Vulnerabilidad de los constructos humanos 131

5.2 ¿Que son las revoluciones tecnológicas?133

5.3 Las revoluciones industriales en la historia 136

5.4 Revoluciones tecnológicas contemporáneas 138

5.5 Lenguaje simbólico en la nueva normalidad 141

5.6 La historia, ¿determinismo o construcción? 146

5.7 Lo científico como dogmatismo y oscurantismo 152

5.8 Las revoluciones científicas 154

5.9 La producción de alimentos 158

5.10 ¿Un nuevo modelo económico? 161

6. POLÍTICA 175

6.1 El circo electoral 175

6.2 Competencias para gobernar 177

6.3 Democracia en crisis 182

6.4 Demagogia, sus significados 188

6.5 Las mil y una caras de la demagogia	191
6.6 Las amenazas de la demagogia	193
7. COTIDIANIDAD	197
7.1 Nuestras festividades	197
7.2 Identidad y costumbres	212
7.3 Una nueva visión de la salud	225
7.4 Cultura de la inmediatez y el dinero	235
7.5 Nuestra concepción de la ciencia	240
7.6 Las generalizaciones de la ciencia	243
7.7 Método deductivo vs inductivo	245
7.8 Lo cualitativo y lo cuantitativo en la ciencia	247
EPÍLOGO	251

PREÁMBULO

Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. 2 Y vi a un ángel poderoso que proclamaba en alta voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos? 3 Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni siquiera mirarlo. 4 Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo ni de mirarlo. 5 Y uno de los ancianos me dijo: No llores; he aquí que el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos [...] Y vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: ¡Ven y mira! 2 Y miré, y vi un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo y para vencer. 3 Y cuando él abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente, que decía: ¡Ven y mira! 4 Y salió otro caballo, rojo; y al que lo montaba, le fue dado poder para quitar la paz de la tierra y para que se matasen unos a otros; y le fue dada una gran espada. 5 Y cuando él abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente que decía: ¡Ven y mira! Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba tenía una balanza en la mano. 6 Y oí una voz de en medio de los cuatro

seres vivientes, que decía: Dos medidas de trigo por un denario, y seis medidas de cebada por un denario; pero no dañes el vino ni el aceite. 7 Y cuando él abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente, que decía: ¡Ven y mira! 8 Y miré, y vi un caballo amarillo; y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía; y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra...

Apocalipsis, capítulos 5 y 6.

Quiero, en principio, dar las gracias al Dr. José Antonio Gómez Espinoza por la generosidad de ofrecerme la oportunidad de abrir las puertas y ventanas del hogar que resguarda sus tesoros conceptuales y, de esta manera, permitir a quienes desean acercarse a ellos, observarlos y analizarlos, apreciar con claridad la estructura de su pensamiento, sus aspiraciones y el conjunto de ideas críticas y autocríticas sobre una realidad que, hoy por hoy, no podemos dejar de reconocer como objetivamente existente —a pesar de ser sumamente aterradora la imagen que podamos hacernos de ella—, haciendo como se dice que hace el avestruz aún y cuando ello sea un verdadero mito: esconder la cabeza bajo —o dentro— de la tierra ante situaciones sombrías o que no se quieren aceptar; ergo, al no ser percibidas, pareciera como si no existiesen y, consecuentemente, nuestras actitudes y comportamientos no tendrían por qué afrontar una situación que no reconocemos; asumimos

por ello que pudiera expresarse como una anosognosia —pérdida de conciencia de que no se tiene conciencia de algún padecimiento objetivamente real, pero subjetivamente imperceptible— o como un escotoma —alteración dentro del campo visual que se muestra como un “punto ciego”, el cual se halla dentro un espacio de nula visión y conciencia. No es un asunto de alteración sensorial o perceptiva, es también una cuestión que implica la no conciencia de aquello que no se ve-.

El buen amigo y Dr. José Antonio Gómez Espinoza, como cualquiera puede percatarse de ello, ha elegido como estilo literario el ensayo, razón por la cual, siguiendo el hilo conductor de su propósito no tiene intenciones académicas o científicas pese al hecho de que él mismo deviene de la vida universitaria y el libro que comento sea editado por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM); ello, por sí mismo, apunta al hecho de que el autor discurre de manera libre y sin arneses de citación, validación académica o formatos de exposición su pensamiento e ideas sobre algunos segmentos de lo real.

Siguiendo a Michel de Montaigne en su ensayo número 50 del libro primero, que tituló De Democritus et Heraclitus, escribe muy claramente: Es el juicio un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos, por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos ensayos. Si se trata de una materia que no entiendo, con mayor razón me sirvo de él, sondeando el vado desde lejos; y luego, si lo encuentro demasiado profundo para mi estatura, me detengo en la orilla. El convencimiento de no poder ir más allá es un signo del valor del

juicio, y de los de mayor consideración. A veces imagino dar cuerpo a un asunto baladí e insignificante, buscando en qué apoyarlo y consolidarlo; otras, mis reflexiones pasan a un asunto noble y discutido en el que nada nuevo puede hallarse, puesto que el camino está tan trillado que no hay más recurso que seguir la pista que otros recorrieron. En los primeros el juicio se encuentra como a sus anchas, escoge el camino que mejor se le antoja, y entre mil senderos decide que éste o aquél son los más convenientes. Elijo al azar el primer argumento. Todos para mí son igualmente buenos y nunca me propongo agotarlos, porque a ninguno contemplo por entero: no declaran otro tanto quienes nos prometen tratar todos los aspectos de las cosas. De cien miembros y rostros que tiene cada cosa, escojo uno, ya para acariciarlo, ya para desflorarlo y a veces para penetrar hasta el hueso. Reflexiono sobre las cosas, no con amplitud sino con toda la profundidad de que soy capaz, y las más de las veces me gusta examinarlas por su aspecto más inusitado. Me atrevería a tratar a fondo alguna materia si me conociera menos y me engañara sobre mi impotencia. Soltando aquí una frase, allá otra, como partes separadas del conjunto, desviadas, sin designio ni plan, no se espera de mí que lo haga bien ni que me concentre en mí mismo. Varío cuando me place y me entrego a la duda y a la incertidumbre, y a mi manera habitual que es la ignorancia.

He aquí que nuestro amigo y ensayista ha optado por el libre ejercicio de su juicio y pensamiento tratando de provocar en nosotros, los lectores, un ejercicio reflexivo y autocrítico sobre nuestro entorno sociocultural e histórico, así como sobre nosotros mismos.

Por otro lado, el Dr. José Antonio Gómez optó por encauzar su obra de ensayos con el término compuesto *El Cuarto Jinete del Apocalipsis*; tal título, como también puede comprenderse sin gran esfuerzo intelectual, deviene del último libro de *La Biblia: El Apocalipsis*.

¿Por qué la elección de dicho término? —me pregunto.

Si el significado literal de dicho concepto conduce a la idea inevitable de un “fin catastrófico y violento de nuestro mundo humano”, es que acaso —nuevamente inquiero— ¿el pensamiento crítico de José Antonio Gómez conduce inexorablemente a la presunción de una ineludible destrucción definitiva de nuestro universo humano?

Empero, todavía más, de manera autocrítica, ¿es que acaso, nosotros los seres humanos mismos, la humanidad, somos los responsables directos de esta posibilidad catastrófica perceptible en el horizonte por no interpretar correctamente —o científicamente fundados— el conjunto de condiciones antropogénicas —léase, socioconstruidas por nuestras prácticas depredadoras del entorno y, con éste, de nosotros mismos— que han propiciado las condiciones favorables para esta autodestrucción?

Si ello fuese así, cargado con una buena dosis de optimismo, vuelvo a interrogarme:

Si como humanidad hemos sido capaces de haber generado las condiciones necesarias para nuestra propia destrucción, ¿es que acaso no pudiésemos ser competentes para generar las condiciones imprescindibles de una resolución satisfactoria y deseable para la continuidad de nuestro mundo y de nosotros mismos?

Es decir, de construir gracias a la fuerza de nuestra imaginación y creatividad algo que hoy parece utópico y ucrónico, por estar fuera de lugar y tiempo y que, sin embargo, es posible si transformamos las condiciones que favorecen la autodestrucción.

La guerra, el hambre, las pestes y la muerte, como se refiere mediante el epígrafe que utilizo en esta presentación, son los cuatro primeros “Jinetes de Apocalipsis”, según reseña el último libro de *La Biblia*. Como tales, los cuatro “Jinetes del Apocalipsis” montan cuatro corceles, una cuarteta de caballos, nada jamelgos y que a trotecito lento o a galope, prometen, anuncian y llevan destrucción y finitud violenta y amarga.

Pese a ser cuatro los jinetes y representar cuatro calamidades —la guerra, el hambre, las pestes y la muerte—, sin duda alguna, todas y cada una de ellas llevan consigo la muerte. A pesar de que el cuarto jinete representa la muerte, los tres restantes nunca pueden divorciarse de este último jinete; la guerra, el hambre y las pestes —léanse las epidemias o pandemias— cabalgan en “Caballo de hacienda” acompañados por la sombra inapelable de la segadora.

Violencia, destrucción, angustia, ansiedad, miedo o terror, sentimientos de indefensión o desesperanza, incertidumbre, etcétera, se presagian como una “dulce certeza de lo peor”.

Pudiérase decir que siendo inevitable la muerte en nuestro horizonte, ahora se aprecia magnificada cual catástrofe próxima y cercana, misma con su aliento inmediatamente perceptible.

Ante este panorama semejante al que se desata tras el instante en que Pandora, según se cuenta mediante la mitología griega, abre la “caja” y salen de ella, en tropel, las calamidades que prometen la destrucción violenta de nuestro mundo. Ahora bien, cuando pudo cerrar el cofrecillo, sólo quedó en su interior Elpis, el espíritu de la esperanza, el único bien que los dioses habían metido en ella.

Pues bien, pareciera que una vez que hubo expuesto el conjunto de calamidades que nuestra propia actividad humana ha desatado y puesto en jaque nuestra continuidad, al borde de nuestra extinción definitiva, trágica y violenta, el Dr. Gómez Espinoza se percata de que Elpis se encuentra en el fondo de la “caja de calamidades” y que la esperanza permanece a condición de transformar radicalmente —de raíz— el conjunto de prácticas, usos y costumbres, formas de relación tanto con el entorno como con nosotros mismos; entonces no todo está perdido y condenado a las “soluciones clarificantes”, claras, definitivas y finales que la propia naturaleza genera para mantener el equilibrio como sistema dinámico y complejo.

Los caballos blanco, rojo, negro y amarillo —o pálido— no son los únicos corceles que trotan o galopan sobre nuestra faz conducidos por sus terroríficos jinetes; otros corceles distinguibles de los cuatro primeros por sus colores, diferentes al primer cuarteto, son conducidos por otros montadores: la ciencia, la esperanza por el espíritu inquisitivo, jinetes que buscan

y construyen alternativas a las calamidades que en jaque nos colocan.

Pese a ello, el cuarto jinete, en caballo desbordado, atraviesa nuestro mundo, como se mostró con la epidemia y pandemia del COVID, en franca decaída, pero no deja de ser apoyado por el hambre, las guerras, la violencia estructural y nuestras prácticas económicas y políticas depredadoras de los recursos que, por otro lado, no se han distribuido equitativa y justamente; es por tal razón que el autor no cerrará su libro de ensayos sin mostrar que Elpis se encuentra entre nosotros.

Hasta aquí considero conveniente invitar a los lectores a seguir el hilo del juicio y reflexiones del autor para poder compartir con otros más estas ideas llenas de esperanza.

J. ENRIQUE ÁLVAREZ ALCÁNTARA
CUERNAVACA, MORELOS, 2023

1. INTRODUCCIÓN

Gracias a su desarrollo intelectual, la humanidad ha podido escapar temporalmente a las leyes de la naturaleza que no permiten un crecimiento poblacional más allá de los límites que imponen los ecosistemas. Este escape a las leyes naturales ha propiciado una sobreexplotación de la naturaleza usando tecnologías cada vez más agresivas al entorno.

Esta explotación sin límites que se manifiesta en una depredación del entorno da las condiciones para que el cuarto jinete del apocalipsis haga acto de presencia.

La ciencia de la biología nos enseña que cuando las poblaciones superan su “capacidad de carga”, es decir, al rebasar los límites permitidos por sus ecosistemas, la naturaleza tiene mecanismos para regular su crecimiento.

La “capacidad de carga” es el máximo tamaño que puede alcanzar una población en un ambiente determinado para mantenerse de una forma sostenible, teniendo en cuenta sus necesidades de alimento, agua y hábitat.

En la naturaleza, cuando se rebaza la “capacidad de carga” se dan mecanismos para regular el crecimiento de las poblaciones. Un mecanismo es la escasez de alimentos, ya que al faltar éstos, las poblaciones dejan de crecer. Otra forma de regular las poblaciones naturales se da a través de enfermedades.

La población humana ha rebasado con mucho los límites permitidos por los ecosistemas naturales. Sin embargo, el “homo sapiens”, para salvar esta limitante ha creado sistemas

1. INTRODUCCIÓN

de explotación de la naturaleza cada vez más intensivos y agresivos con lo que su población ha continuado un crecimiento sostenido.

Thomas Malthus decía que cuando las poblaciones cuentan con recursos naturales abundantes crecen rápidamente, pero que cuando éstos se terminan las poblaciones limitan su crecimiento. Esta premisa Malthusiana no se ha cumplido en la población humana quien primero inventó la agricultura y luego técnicas cada vez más sofisticadas de producción para sostener su crecimiento.

Un crecimiento exponencial como el que ha tenido la población humana sobre todo en los últimos 100 años solo podría sostenerse si hubiera disponibilidad en cantidad infinita de recursos naturales, lo cual no es cierto.

Los biólogos hablan de una “regulación denso dependiente” de las poblaciones en la cual se incluyen la depredación, la competencia entre organismos y el parasitismo. Cuando una población es más densa, las enfermedades se diseminan entre la población incrementando su mortalidad

La dinámica de las poblaciones tiene entre sus premisas que al crecer las poblaciones más allá de sus límites naturales, la ocurrencia de plagas y enfermedades es más probable. Cuando los individuos de una población viven hacinados en el mismo lugar y si su población se incrementa se dan condiciones para el desarrollo de patógenos que merman las poblaciones.

Un ejemplo fue la plaga de conejos en Australia. En 1859 un colono inglés introdujo algunos conejos. Al no tener enemigos naturales, los conejos se reprodujeron literalmente como conejos convirtiéndose pronto en una plaga.

Se estima que, en 1920, la población alcanzó 10 mil millones de conejos. La plaga puso en jaque la producción agropecuaria al tiempo que puso en riesgo la existencia de muchas especies. Para evitar el avance de la plaga se construyó una valla de 1700 kilómetros, sin embargo, esa medida entre otras, para controlar la plaga de conejos no resultaron eficaces.

Las autoridades se decidieron por una medida más radical, aunque muy peligrosa, la introducción de un virus letal como el ébola y tan contagioso como la gripe: el virus de la “mixomatosis”. En un par de meses el virus había diezclado el 40% de los conejos.

Ninguna población puede crecer sin límites, sin embargo, la población humana en solo 100 años ha crecido más de 5,000 millones de habitantes. No existe consenso sobre la capacidad de carga humana que puede sostener el planeta. La “huella ecológica” es otro indicador de cuánta población puede soportar el planeta Tierra, este indicador compara históricamente las tasas de regeneración con relación a la demanda humana (biocapacidad). Resultados obtenidos con este indicador evidencian que ya desde 1999 la biocapacidad del planeta se vio rebasada.

Las enfermedades son una de las formas como la naturaleza controla el crecimiento de las poblaciones. En ocasiones las enfermedades limitan dramáticamente el crecimiento de una especie cuando se dan las condiciones que potencian que los virus y las bacterias se conviertan en enfermedades, epidemias y pandemias.

¿Cuáles son las condiciones que potencian la expresión de virus y bacterias como enfermedades, epidemias y pandemias en los humanos?

1. INTRODUCCIÓN

La naturaleza tiene mecanismos reguladores del crecimiento poblacional, de suerte que las poblaciones de las diferentes especies que habitan el planeta mantengan un equilibrio poblacional. Los humanos somos también parte de la naturaleza.

Gracias a nuestra capacidad cognitiva hemos salvado temporalmente algunas reglas biológicas como la del crecimiento exponencial, sin embargo, las enfermedades, las epidemias y las pandemias, han diezclado a la población a lo largo de su historia.

Cuando el crecimiento de una especie se ve favorecido a expensas de otras, los microorganismos patógenos también lo están y pueden desarrollarse hasta convertirse en epidemias.

El inicio de una epidemia se conoce como “brote epidémico”, así se denomina a la aparición repentina de una enfermedad infecciosa en algún lugar y en un momento determinado. Los brotes si no se controlan se pueden convertir en epidemias. Esto sucede cuando la propagación de la enfermedad es rápida y activa, afectando a un sector amplio de la población, pero se mantiene localizada en un área geográfica.

Si la enfermedad llega a más de un continente y, además los casos ya no solo son importados, sino que la transmisión es comunitaria, la epidemia adquiere el carácter de pandemia, cuyo origen etimológico del griego, es “*pan*” todo y “*demos*” pueblo (toda la población)

Por tanto, pandemia es la propagación de una enfermedad nueva a escala mundial. Esto sucede cuando el microorganismo causante de la enfermedad no es conocido, por lo que la pobla-

ción no tiene inmunidad, ni se tienen tampoco medicamentos específicos para controlarla.

En teoría, las pandemias pueden originarse en cualquier parte del mundo, pero su aparición se ve favorecida con el crecimiento de una población que invade nuevos espacios naturales, geográficos o biológicos.

Se estima que la pérdida de la biodiversidad, el calentamiento global, la gestión de un sistema económico que propicia la depredación de la naturaleza y que no conoce los límites a la biocapacidad del planeta son componentes que potencian la expresión de nuevos microorganismos patógenos.

Los microorganismos causantes de enfermedades son por lo general los virus y las bacterias que están presentes en la naturaleza en un equilibrio con los ecosistemas.

Al romperse el equilibrio por destrucción de ecosistemas, los microorganismos se expresan como enfermedades que pueden llegar a convertirse en una epidemia y eventualmente en pandemia.

Las bacterias pueden combatirse con antibióticos, aunque el abuso de este medicamento ha potenciado la resistencia de muchas bacterias ante los antibióticos convirtiéndose en lo que se conocen como “superbacterias”.

Los virus son más difíciles de controlar. Algunos antivirales específicos pueden reducir la severidad de las enfermedades. La opción preventiva son las vacunas que pueden potenciar la generación de anticuerpos que limitan la severidad de la enfermedad y eventualmente inmunizar una parte de la población.

La Organización Mundial de la Salud, (OMS), considera que para la aparición de una pandemia se requieren tres condicio-

1. INTRODUCCIÓN

nes: 1. que aparezca un virus nuevo para el que no haya inmunidad, 2. que el virus sea capaz de producir casos graves de enfermedad y 3. que tenga capacidad de transmitirse de persona a persona de manera eficaz.

En el capítulo 6, versículos del 1 al 8, del libro del Apocalipsis se describe a cuatro jinetes, el primero cabalga un caballo blanco, se dice que es una referencia a un falso cristo, la segunda monta un caballo rojizo y representa a la guerra, el tercero va en un caballo negro que se asocia con la hambruna.

En el versículo 8 se lee “Miré y he aquí un caballo amarillo y el que lo montaba tenía el nombre de muerte y el Hades le seguía: le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra”. Este cuarto jinete se asocia a una mortalidad causada por plagas y pestes.

En este lenguaje simbólico y metafórico, llama la atención que el cuarto jinete tiene permiso para diezmar al 25 por ciento de la población. La ciencia nos enseña que buena parte de la población es inmune a algunas de las epidemias y pandemias. Así se ha comportado este cuarto jinete a lo largo de nuestra historia.

En un recorrido por la historia de la humanidad advertimos que las epidemias han acompañado a los humanos al menos desde que se tiene memoria histórica. Hay también estudios que concluyen que lo mismo ocurrió en la prehistoria. Veamos algunos ejemplos:

Entre 1346 y 1353 la peste negra originó una gran mortandad en toda Europa. Se estima que pereció casi el 30 por ciento de la población. Contando oleadas hasta 1490 se estima que

unos 200 millones de seres humanos murieron a causa de esta enfermedad.

Entre los años 1818 y 1920 un virus del tipo H1N1 provocaron la muerte de unos 50 millones de personas en todo el mundo

Recientemente en el 2009 al 2010 la gripe A, la gripe de influenza que atacaba a las aves mutó su cepa transmitiéndose a los cerdos y a los humanos, provocando la muerte de alrededor de medio millón de personas.

Desde la aparición del virus VIH/SIDA, desde su aparición en 1981, ha causado en promedio unos 36 millones de muertes en el mundo.

De acuerdo con la OMS hasta mayo del 2021 se estima que el número de muertes por coronavirus son 2 o 3 veces superior a los 3,4 millones de fallecimientos notificados a la agencia. Lo que daría entre 6, 8 a 10 millones

Vale la pena señalar que al igual que el Sida, la pandemia del Coronavirus, dada la facilidad y rapidez de comunicación y traslado, esta enfermedad ha llegado rápidamente a todos los rincones del planeta.

Hoy es común ver en las calles, en los centros comerciales, talleres, restaurantes, centros de trabajo y prácticamente en cualquier parte donde se reúnen personas, el uso obligado de cubrebocas o micas que protejan de una posible infección del COVID-19. Esta indumentaria sanitaria que se antoja de película de ciencia ficción es parte de la nueva normalidad.

Desde mediados el 2020 se esperaba con ansias que las farmacéuticas pudieran producir una vacuna capaz de inmunizar a la población de esta enfermedad. Los que saben de esto decían que para generar una vacuna se requería de al menos de

1. INTRODUCCIÓN

año y medio de trabajo. Sin embargo, para fines del mismo año se empezaron a liberar las primeras vacunas. El problema ahora era producir vacunas por miles de millones para vacunar a toda la población del orbe. La tarea no era nada fácil.

Sin embargo, para mediados del 2021, en México mucha gente ya había sido vacunada. Prácticamente toda la población más vulnerable había sido ya vacunada, pero la vacuna no era la panacea, mucha gente ya vacunada enfermaron y muchas también murieron.

La vacuna no inmuniza, pero si disminuye la gravedad de la enfermedad, aunque no en todos los casos. Así que, aunque ya con vacuna se continuaron los protocolos de sanidad recomendados entre otros el uso del cubrebocas.

El virus, al igual que otros organismos, en especial los que se reproducen logarítmicamente tienen un gran potencial de mutación. Es decir, de cambiar su código genético. Algunos de los nuevos mutantes resultan más infecciosos y potencialmente pudieran llegar a ser más mortíferos.

A estos mutantes se les conoce como variantes alfa, delta, etcétera. Eventualmente estos mutantes pueden generar alguna forma de evasión del efecto de las vacunas.

Por otro lado, la agresión que hacemos a la naturaleza puede cobrarnos la factura. Así, por ejemplo, el efecto de invernadero a nivel mundial que se conoce como “calentamiento global”, que consiste en que la temperatura del planeta se está incrementando, tiene y tendrá efectos negativos sobre las condiciones del planeta.

Uno de estos efectos es el deshielo de los glaciares de los polos, con lo que se estima aumentará el nivel del agua de los

mares y océanos, que pueden cubrir y hacer desaparecer ciudades costeras.

Además de esto, como un efecto colateral del deshielo de los glaciares polares, se pueden liberar de sus gélidas tumbas virus prehistóricos desconocidos hasta la fecha, los cuales también podrían originar una serie de pandemias de resultados dantescos.

2. EL COVID LLEGÓ A MI CASA SIN SER INVITADO

2.1. El inicio de la pandemia

El coronavirus vino a cuestionar nuestras formas de pensar, de sentir, de ver el mundo y de relacionarnos con otros humanos y con la naturaleza. El coronavirus vino a ubicarnos en la consciencia de nuestra mortalidad y se hicieron presentes las preguntas existenciales básicas que en algún momento de nuestra vida nos hemos hecho y casi siempre evadido: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia?

Sin duda alguna el coronavirus, como la pandemia de inicios del siglo, ha impactado en todas las actividades humanas, las económico comerciales, las sociales, laborales, culturales, legales, incluso en las espirituales.

A finales del 2019 tuvimos conocimiento de una enfermedad nueva causada por un virus que se popularizó con el nombre de coronavirus o COVID-19. Se reportó como una neumonía atípica que empezó a aparecer en Wuan, población muy lejana geográficamente de nosotros, allá por el sur de China.

El avance de la infección creció rápidamente en China, al grado que la OMS el 30 de enero del 2020, a menos de dos

meses de su aparición, declaró la existencia de un “riesgo de salud pública de interés internacional”. Poco más de un mes después, la misma OMS, el 11 de marzo, declara que la enfermedad es ya una pandemia. Es decir que es una enfermedad de alcance global.

Por la facilidad y rapidez en las comunicaciones y traslados, sabíamos que esta enfermedad llegaría a México, todo era cuestión de tiempo. El 27 de febrero de 2020 en la ciudad de México se reportó la presencia de COVID-19. Llegó a nuestro país a través de unos mexicanos que viajaron a Italia.

A inicios de marzo del 2020 se reportó la presencia del virus en más de 175 países, México entre ellos. El 17 de marzo, en un corte a nivel global, mostró más de 182 000 personas infectadas y más de 7000 fallecidas a causa de esta enfermedad.

La enfermedad tuvo un crecimiento exponencial. Las autoridades sanitarias de todos los países tomaron diferentes medidas para prevenir la infección de una enfermedad que se calculaba infectaría un 70 por ciento de la población. La letalidad de la infección se estimaba en un 7 por ciento, aunque en algunas entidades esta cifra estuvo por arriba de esta estimación. De cualquier forma, saber que si te infectas tienes siete por ciento de probabilidades de morir no es nada tranquilizante.

Como parte de la estrategia mexicana para controlar la pandemia se categorizó arbitrariamente la infección por fases. La primera fase se refería a la etapa inicial, es decir, cuando la infección llegaba al país por alguien que se había infectado en el extranjero. La segunda fase contemplaba lo que se llamó como la infección primaria, es decir, los primeros infectados por contacto con los infectados de la fase uno. La tercera fase

implica la infección comunitaria, es decir, cuando la infección puede estar en cualquier amigo, vecino, familiar o conocido, esta fase implicaría un avance geométrico de la enfermedad.

Cuando el país entró a la tercera fase se tomaron medidas drásticas incluyendo el aislamiento, lo que implicó la suspensión de actividades sociales, culturales y productivas. Así, a nivel nacional se suspendieron las actividades académicas en todos sus niveles a partir del 20 de marzo del 2020. Las actividades artísticas, académicas y hasta los partidos de fútbol se suspendieron. Fue algo completamente inédito.

Cada día el gobierno de México a través de la Secretaría de Salud hacía un balance y anunciaba las medidas a tomar; con modelos matemáticos se hacían predicciones del comportamiento del virus, se avizoraba que un 70 por ciento de la población se contagiaría. “No hay manera de evitarlo” decían los voceros oficiales. Las medidas que tomó el gobierno fueron más que nada para evitar que el sistema de salud no se viera rebasado y colapsara. La apuesta del gobierno era tener capacidad de atender a todos los infectados cuando llegara el pico de la infección.

2.2. La conciencia de la mortalidad

Hasta finales del 2019 la vida transcurría con “normalidad”. En las escuelas, en los hogares y a través de los medios, cada día se instruía a niños y jóvenes para adaptarse al pensamiento dominante, un pensamiento único a una forma uniforme de sentir, de disfrutar y hasta del vestir.

2. EL COVID LLEGÓ A MI CASA SIN SER INVITADO

La actividad siempre frenética en todos los ámbitos de la actividad humana nunca paraba. Había poco o nada de tiempo para la reflexión, el análisis o “perder el tiempo” en pensamientos o acciones que le dan sentido a la existencia. Muy pocos humanos se atrevían a pensar o poner en duda si la loca carrera por el “tener” era la única o la mejor manera de vivir o si puede haber otra, donde el paradigma sea el desarrollo del “ser”.

Hasta antes del coronavirus prevalecía la mollicie, la trivía, el sueño del “*american way of life*”, el consumismo, el pan y circo, la desvinculación de la ciencia con la humanidad, la virtualidad de la vida en las relaciones sociales y económicas, el divorcio con la naturaleza entre otros componentes del pensar y hacer cotidiano.

En un adiestramiento global se nos había aturdido tanto que no nos atrevíamos a pensar diferente, a explorar otras maneras diferentes de vivir. Nos acostumbraron a que la vida se traduce en un proceso biológico donde se nace, crece y muere, nos enseñaron solo a sobrevivir, sin dejar huella y sin compliarnos más la existencia.

El coronavirus vino a cuestionar lo incuestionable, la economía, la política, las formas de relacionarnos con los semejantes y con la naturaleza, vino a cuestionar los valores de la vida moderna, incluso los paradigmas de la ciencia. El COVID-19 nos enseñó que la globalización no solo se da en la economía y en un solo modo de pensar y vivir sino también en la enfermedad y el temor. El coronavirus nos ubicó en la fragilidad y mortalidad de la naturaleza humana.

Cuando se toma conciencia de la mortalidad emergen las preguntas existenciales que las religiones, la filosofía han

tratado de responder: ¿quién soy?, ¿cuál es mi función en este mundo?, ¿a dónde voy?

Tenía apenas unos siete años cuando, con la muerte de mi perro y fiel amigo “el Hippy”, tuve conciencia de mi mortalidad, tuve conciencia de que mis padres, mis hermanos, mis amigos y yo somos finitos y un día todos vamos a morir. Esta toma de conciencia, confieso, fue muy difícil de entender y más de aceptar. Anduve algunas semanas taciturno, pensativo, incrédulo, temeroso, deprimido.

Casi todos los humanos en algún momento de nuestra vida, nos enfrentamos a la realidad de nuestra mortalidad, lo cual sucede por lo general cuando se vive alguna experiencia traumática. Esta conciencia nos ubica en nuestra dimensión humana.

La conciencia de nuestra mortalidad tiene el potencial de cambiar las formas de pensar y ver el mundo, de valorar la vida, su importancia y su sentido. Aunque por lo general, de nuevo, la vorágine de la cotidianidad hace que pronto se dejen a un lado las reflexiones y las intenciones de vivir en plenitud y trascender la mortalidad.

El coronavirus nos ha venido a ubicar en nuestra dimensión humana. Esta ubicación nos mueve a la solidaridad, al sentido de la justicia, la equidad, la tolerancia, a reconocer la interdependencia que tenemos con el resto de los humanos y no humanos, así como con la naturaleza no viviente.

Ante esta epifanía descubrimos que el sentido de nuestra existencia no son las posesiones, los títulos, el protagonismo, sino el libre ejercicio de nuestras facultades como humanos,

la armonía con el entorno, el arte, el espíritu, la expresión del amor en todas sus formas y dimensiones.

El desarrollo del “ser”, de lo humano, se ha limitado por modos de pensar, sistemas políticos, económicos, sociales y una visión del mundo que se nos ha impuesto desde hace ya muchos años de manera tan reiterada que hemos llegado a creer y aceptar que es la única manera de vivir.

En el contexto de estas reflexiones presentamos en forma narrativa como se vivió, cómo se vive desde la dimensión humana la presencia de esta pandemia que algunos consideran ya, como el cabalgar de uno de los jinetes del apocalipsis.

2.3. Lo que vivimos

En la segunda mitad del mes de diciembre del 2019, los mexicanos estábamos ya en plena celebración de las tradicionales posadas previas a la Navidad. Fue en esos días cuando en las páginas interiores de los diarios nacionales y en los cintillos de los programas noticieros de la televisión mexicana, apareció una nota que mencionaba una neumonía atípica en un lugar muy lejano, allá en China, en una región que nunca habíamos oído nombrar, Wuan.

Pronto llegó la Navidad y el fin de año con celebraciones alegres y muy cercanas con nuestros seres queridos como es la tradición mexicana. Un día después de los Reyes, el 7 de enero del 2020 se supo que se había identificado y aislado un virus que era causante de la enfermedad, un virus nuevo que recibió el nombre de de SARS-CoV-2 que se popularizó como COVID-19 o coronavirus. Los diarios ponían la noticia de la enfermedad

china cada vez en más columnas hasta llegar a las ocho, al igual que la radio y la televisión nacional dieron un espacio cada vez más relevante a la noticia.

Los diarios dieron ocho columnas a la noticia cuando, a mediados de enero del 2020, China reportó que se habían infectado 9692 personas, de las cuales 1527 estaban graves, luego se dio a conocer que la gente empezó a morir a causa de esta nueva enfermedad, no había medicamento para tratarla o prevenirla, quien se enfermara de COVID-19 tenía una probabilidad de un siete por ciento de morir. El escenario estaba muy lejos de casa al otro lado del mundo. Era una epidemia nueva que amenazaba a un lejano país asiático.

Las noticias hablaban de una enfermedad que se percibía muy lejana. La vida en México en enero del 2020 continuaba igual que otros años, con los mismos problemas y patrones, las compras de juguetes para el 6 de enero, la rosca de reyes, los tamales, la consabida cuesta de enero, etcétera.

Cada día las noticias de la enfermedad llamada popularmente coronavirus ocupaban más espacio en los diarios, la televisión y la radio. Se tenían evidencias de que el virus había cruzado ya varias fronteras, primero en países asiáticos, luego en los europeos, también en el cono sur de nuestro continente. La pandemia llegaría a todo el orbe, todo era cuestión de tiempo.

En febrero del 2020, se reportó el primer caso con COVID-19 en México. Un mexicano que había viajado a Italia importó el virus a nuestro territorio. Fue una noticia a ocho columnas, se dijo que para evitar la propagación de la infección se habían identificado y aislado a las personas con quienes había teni-

do contacto. El virus ya estaba en el país, había viajado miles de kilómetros y ya estaba aquí. Muchos llegamos a pensar que el gobierno iba a encontrar medidas para aislar ese incipiente brote.

En pocos días se sumaron otros casos que importaron el virus de Italia, España y Estados Unidos, para el 7 de marzo se informó de un séptimo caso, un ciudadano que no había viajado.

Se dieron a conocer los síntomas de la enfermedad, que de inicio eran similares a los de una gripe común. Se manejaba la idea de que el virus no sobrevivía a altas temperaturas, por lo que muchos pensamos que gracias a las temperaturas altas de primavera en muchas regiones de México nos mantendríamos a salvo. Hubo una amplia difusión de medidas para prevenir el contagio, parecidas a las que se tomaron en la incipiente epidemia de influenza que sufrió el país en el 2010.

Como una medida emergente y extrema, el gobierno de México, a través de la Secretaría de Educación Pública (SEP), adelantó las vacaciones de Semana Santa a partir del 23 de marzo, alargándolas hasta el 20 de abril. Esta medida abarcó todas las instituciones educativas del país desde preescolar hasta el postgrado. Se tenía la esperanza que en ese tiempo la enfermedad estaría controlada y todo volvería a la normalidad.

En estos días en la mayoría de las universidades del país el semestre estaba a la mitad, se consideró que, con el periodo vacacional adelantado, la ciencia, el gobierno, el sistema de salud, encontrarían algunas medidas para detener el avance de la enfermedad. Ingenuamente apostábamos a que se detendría el contagio.

Las actividades continuaban con la normalidad de costumbre. Muchas personas se hicieron de víveres para aguantar un posible desabasto por efectos de baja en la producción dado que por instrucciones de gobierno se suspendieron muchas actividades no esenciales primero parcialmente y luego de manera total.

El gobierno de México anunció el inicio de la fase dos el día 24 de marzo. Entre las medidas a tomar para frenar el avance de la enfermedad, se suspendieron muchas actividades económicas sociales, culturales al tiempo que se recomendó el aislamiento, en especial a las personas más vulnerables como los ciudadanos de la tercera edad, mujeres embarazadas y enfermos de diabetes, enfermedades cardíacas o respiratorias y más. Solo las actividades primarias continuaron, tales como salud, seguridad, energía y otros.

Quienes trabajaban en distintas dependencias como en nuestro caso en las universidades, se nos había dicho que las actividades continuarían al regreso de las vacaciones adelantadas, sin embargo, cuando llegó el lunes 20 de abril, fecha para el regreso a las actividades, las autoridades de las universidades decidieron que solo algunas oficinas con un mínimo de personal continuaran abiertas para atención a la comunidad estudiantil. Al día siguiente, el martes 21 se anunció el inicio de la tercera fase de infección. Por lo que se cancelaron las actividades no solo académicas sino en general todas las no esenciales en todo el país, tanto públicas como privadas.

Entre las medidas para frenar el avance de la pandemia, se inició la jornada de “sana distancia”, se difundió ampliamente el lavado frecuente de manos, no tocarse la cara, el uso del gel

antibacterial, el uso del cubrebocas se popularizó sobre todo al ver que otros países lo usaban, pues en México, el subsecretario de salud anunció que no había “evidencia científica” de que este aditamento protegiera contra el COVID-19. Muchos mexicanos lo empezamos a usar bajo un criterio de sentido común, aunque “no hubiera pruebas científicas” como lo señalaba en ese tiempo un jactancioso subsecretario de salud cuyo criterio era solo el científicista, discriminando otras formas de acercamiento a la realidad.

El subsecretario de salud, a través de sus conferencias vespertinas diarias, se volvió una figura popular, quien con su suficiencia científica ganó rápidamente la simpatía y credibilidad de la población quien seguía cada tarde por la televisión los avances y acciones para el control de la pandemia. El subsecretario era el protagonista quien cada tarde acrecentaba su popularidad, al grado que mucha gente pensó sería el más viable sucesor del actual presidente de México.

Aunque poco a poco su credibilidad que se sustentaba en la ciencia, en los modelos matemáticos, empezaron a fallar y con ello la confiabilidad de sus predicciones.

Primero dijo que, de acuerdo con sus modelos científicos, el pico de la pandemia se alcanzaría en el mes de mayo del 2020. Al llegar mayo y la curva no alcanzaba su pico, hizo un ajuste diciendo: “Empezamos en febrero, terminaremos en octubre y podríamos decir que a mitad de junio estaremos a la mitad del conjunto de curvas epidémicas”, cosa que tampoco se cumplió y la infección siguió incrementando el número de enfermos y también de muertes.

Al inicio de la pandemia el flamante subsecretario, siempre en base a datos científicos anunció que habría entre 6 mil y 8 mil muertos. A inicios de mayo, anunció que la pandemia estaba ya aplanándose pero que en el descenso de la curva podría haber 2000 o tres mil muertes causadas por el COVID-19.

El gobierno en sus plataformas matutinas, a inicios de julio, hablaba de que se había “domado” ya a la pandemia, cosa que avalaba el secretario de salud al mencionar que la enfermedad iba a la baja, aunque a fines del mismo mes cambió la estimación diciendo que las muertes serían entre 25 mil y 30 mil. En julio el secretario y vocero del gobierno dijo que ya se había alcanzado la meseta de la curva. Sus reiterados cambios de cálculo hicieron que cada día se fuera perdiendo la confiabilidad de sus predicciones, y se empezó a dudar de un método científico que estaba siendo rebasado también por la pandemia.

Al parecer la enfermedad vino a poner en jaque los paradigmas y los métodos de la ciencia. Las predicciones no acertaban el comportamiento de la pandemia. La ciencia se jacta de poder medir y predecir los fenómenos. Pero los modelos matemáticos no acertaban y no se dio el pico de la enfermedad en el tiempo esperado ni tampoco se aplanó la curva de acuerdo con las predicciones matemáticas la enfermedad no descendió, al contrario, siguió “*in crescendo*”.

En cuanto al uso del cubrebocas, el subsecretario menospreciaba esta medida toda vez que “no había evidencia científica” de que protegiera contra el virus, pero que lo debían usar solo los enfermos, aunque terminó por aceptar que, aunque no había una conclusión científica que lo avalara, el uso de este implemento era una medida auxiliar para reducir la infección.

2. EL COVID LLEGÓ A MI CASA SIN SER INVITADO

Al inicio de la pandemia solo un 20 o 30 por ciento de la población usaba cubrebocas, pero en la medida que la infección avanzó también la población en su mayoría uso esta protección, así como caretas de plástico. Para inicios del 2021, eran muy pocos los casos de personas que se negaran a usarlo.

Se anunció la paralización de las actividades no “esenciales” a partir del 18 de marzo del 2020 y concluiría el 17 de abril, aunque después se dijo que se alargaría hasta el 30 del mismo mes. Este anuncio creó una psicosis en la población, se avizoraba entre otras cosas un desabasto de básicos, por lo que los estantes con estos productos lucían vacíos. Los centros comerciales limitaron la venta de estos productos. También el alcohol, los cubrebocas, algunos medicamentos que se sugerían para tratar algunos síntomas de la enfermedad se escasearon, pues la población hacía compras de pánico.

No se sabe de dónde vino el anuncio de que el papel de baño escasearía, pero la gente empezó a comprar grandes cantidades de este producto, era como una forma paranoica de sentir que así podían de alguna manera protegerse del virus mortal que ya estaba en todas las ciudades, en todos los poblados del país. Los comercios tuvieron que limitar la venta de papel higiénico, la gente compraba todo lo que pudiera llevar.

Así, a consecuencia de la pandemia, se paralizaron las actividades económicas y productivas. Se cerraron restaurantes, talleres, fábricas, salones de eventos, centros turísticos, negocios grandes, medianos y pequeños, generando una crisis económica y social que afectó a toda la población, en especial a las clases más desposeídas.

Como parte de las medidas para protección contra el COVID, se sugirió que la población más vulnerable se pusiera en cuarentena total. Entre los vulnerables se consideraba a la población de la tercera edad por lo que no se les permitía acceso a muchos lugares, como las tiendas departamentales. Los asilos se volvieron cárceles. Los trabajadores de esta edad, como los “cerillitos” que ayudan a envolver mercancía en los supermercados, perdieron la oportunidad de ganarse unos pesos, ya no se les permitió trabajar.

La pandemia, ese jinete del apocalipsis que apenas unos meses atrás se veía muy lejano, cabalgaba libremente en las ciudades y poblaciones. Personas cada vez más cercanas enfermaban y morían por falta de oxígeno en sus pulmones.

Rápidamente nos familiarizamos con lo poco que hasta el momento se conocía de la enfermedad. Sabíamos que no había medicamento que pudiera curarla, que casi el siete por ciento de quien enfermaba en México estaba muriendo. El panorama no era nada halagüeño, el miedo, empezó a apoderarse de la población, se veía con recelo a cualquier persona con la que nos cruzáramos por la calle, si alguien tosía nos alejábamos de inmediato de la persona, cualquier vecino, o familiar era un posible riesgo de contagio. La mortalidad de la enfermedad nos angustiaba.

Cuando nos sometemos a una operación de mediano riesgo se sabe de un porcentaje entre tres a cinco por ciento de que algo no salga bien. En el caso del COVID-19 el riesgo era muy alto, a nivel mundial se estimaba en un siete por ciento. En México, en algunos estados como Morelos rebasaba el 10 por ciento. No era paranoia, había razón para esta angustia colectiva.

Aunque una parte de la población, tal vez como una forma de escape emocional, aunque también por ignorancia, negaba la existencia de la enfermedad. La señora que hacía el aseo me dijo que no creía en eso, que son inventos del gobierno, que era como lo del “chupacabras”, mito que estuvo en boga en México a mitad de los años 90 del siglo pasado.

Buena parte del pueblo, en especial la menos informada y con menos nivel de escolaridad, negaba la existencia del COVID-19, así se podía esquivar o enmascarar el miedo y la paranoia que la mayor parte de la población sentía.

Los enfermos y muertos cada vez estaban más cercanos, nuestros amigos, compañeros de trabajo, familiares, caían por todos lados no podíamos creerlo.

En mi experiencia, a inicios de la pandemia una exsuegra y su marido murieron; ya con la pandemia en pleno empezaron a caer compañeros de trabajo cercanos y muy queridos con quienes convivía y compartía ideas, proyectos, alegrías, el pan y la sal. Las esquelas de mi universidad anunciaban la partida cada semana de uno o más de nuestros colegas y amigos.

Dos primos con quienes viví las aventuras de la infancia también fallecieron como consecuencia de la pandemia. Un entrañable amigo y compadre con quien compartía al menos una vez al mes alegres reuniones bohemias, me avisó que no lo fuera a visitar pues su esposa y él tenían ya la enfermedad, su mujer tuvo pocos síntomas, pero él tuvo que estar en cama más de un mes y con oxígeno pues su oxigenación bajó (en estos días era difícil conseguir oxígeno medicinal, así como tanques y equipo de oxigenación. Estos equipos escasearon y se encarecieron).

No entendía cómo mi querido amigo se infectó pues es una persona muy responsable y precavida, siempre usaba cubrebocas, se lavaba las manos con frecuencia, seguía las indicaciones para su protección. Me contó que un hermano de su esposa los visitó y los contagió, el familiar era asintomático. La enfermedad había llegado hasta su casa. El virus estaba a nuestro alrededor, sabíamos que aun con todas las medidas de precaución estábamos expuestos a la infección.

Apenas a un poco más de un mes de que mi amigo se había recuperado y vuelto a sus actividades tuve una experiencia muy cercana con el coronavirus. Salía pocas veces de casa, mis tiempos los dedicaba a leer, escribir y atender un huerto familiar que inicié junto con la pandemia, de allí obteníamos desde zanahorias, tomates, calabacitas, fresas, hierbas aromáticas, etcétera. Confieso que disfrute mucho esta actividad.

Algunas veces iba de compras al supermercado cuidando la distancia, usando cubrebocas, y al llegar a la casa, había un tapete sanitario, se desinfectaba todo lo que se había comprado. Me sentía tranquilo al seguir medidas recomendadas al pie de la letra, además ya tenía la primera dosis y en unas semanas recibiría la segunda.

En esos días mi esposa fue unos días de visita con sus hijos, al regreso todo transcurrió con la misma rutina de cuidados. Pero esa tarde recibimos una llamada de uno de sus hijos anunciando que se había sentido un poco mal y se hizo una prueba para descartar una posible infección del COVID-19, había salido positivo, su hermano también. Mi esposa al día siguiente se hizo también la prueba, el resultado fue positivo. Los síntomas que presentó mi mujer fueron leves, pérdida del gusto, un

2. EL COVID LLEGÓ A MI CASA SIN SER INVITADO

poco de tos y cansancio un par de días y pronto evidenció recuperación. No había duda de que yo también estaría infectado, estaba seguro de ello, aunque no sabía si mis síntomas serían graves o ligeros. Tomamos las cosas con calma, ni siquiera nos aislamos en sendas habitaciones, seguimos nuestra vida con la mayor normalidad posible. Adquirimos un termómetro, un oxímetro y dos veces al día nos checábamos.

Esperé con un buen nivel de angustia 14 días para hacerme la prueba. En esos días en momentos, el temor me ganaba y hasta sudaba al pensar en que pudiera estar infectado. A los 14 días me hice la prueba rápida, salió negativa. No quedé conforme y me hice la prueba del PCR y afortunadamente el resultado fue negativo. El virus llegó hasta mi casa sin haberlo invitado. Pero creo que la vacuna y tal vez no tener enfermedades de morbilidad, además de llevar una vida sana física y anímicamente, permitieron que aun con todas las condiciones para la infección no me hubiera enfermado. Pero esos 14 días de angustia y de incertidumbre no se los deseo a nadie.

Estaban ya por finalizar las lluvias, se acercaba la festividad de muertos, los mexicanos por herencia prehispánica tenemos una concepción muy particular de la muerte considerándola no como un evento escatológico donde todo principio tiene un fin, sino como un evento cíclico donde la muerte es el reinicio de la vida. Por esta y muchas otras razones identitarias, esta festividad se celebra a nivel nacional y reúne a los miembros de la familia por dispersos que se encuentren.

Las autoridades científicas previeron que, ante la movilidad social con motivo del Día de Muertos, la infección se renovarían, habría una “nueva ola de infección”. También se consi-

deró que, con las próximas fechas de fin de año, dado nuestro carácter festivo, se bajaría la guardia en cuanto a las medidas de protección por lo que se estimaba que la infección retomaría nuevos bríos.

En preparación de nuevas olas de infección hubo una re-conversión de hospitales para recibir solo a enfermos de COVID-19, se contrataron a miles de médicos y enfermeras con este propósito. Debo expresar un reconocimiento a estos héroes de estos tiempos, toda vez que exponían su salud por ayudar a sus semejantes, aunque paradójicamente al inicio de la pandemia los hombres y mujeres de bata blanca eran rechazados y hasta agredidos por una parte de la población al considerarlos como potencial fuente de la enfermedad.

2.4. Las olas del COVID-19

La infección, al igual que muchos fenómenos sigue una curva la cual tiene un ascenso, luego una planicie y finalmente un descenso, de acuerdo con este modelo, en México se estima que ha habido a la fecha cinco olas de infección, siendo la segunda la más intensa y severa la que estuvo a punto de hacer colapsar todo el sistema de salud.

La primera ola de contagio en México se dio entre abril del 2020 a septiembre del mismo año fue una etapa de alarma, no había información suficiente para tratar el coronavirus, el personal de salud hacía lo que podía para salvar vidas exponiendo a la vez la suya. Muchos héroes y heroínas de bata blanca sacrificaron su vida en esta tarea.

En esta primera ola, la población considerada de más riesgo, la gente de la tercera edad, o la que tenía situación de morbilidad como diabetes, hipertensión, obesidad, es la que más enfermó y también la que más falleció.

La segunda ola fue la más agresiva. Tal y como se había estimado, esta segunda ola se presentaría después de las festividades del Día de Muertos y se recrudecería semanas después con las celebraciones decembrinas. El INEGI reportó 348 mil muertes asociadas al COVID-19 en el primer trimestre del 2021, fue esta segunda ola la que puso en jaque al sistema de salud nacional.

A poco más de dos meses de que la curva de la segunda ola evidenciara su descenso, en junio del mismo año, apareció una tercera ola que puso en semáforo naranja y rojo a buena parte del territorio nacional. Esta tercera ola se caracterizó entre otras cosas por la aparición de nuevas variantes del coronavirus identificadas por los científicos como variantes Alfa, Beta, Delta y Gama. De éstas se mencionaba que la variante Delta tenía un mayor potencial de infección.

Otra característica de esta tercera ola fue que la población adulta y de la tercera edad se vieron menos infectados en comparación con la población más joven menor de 29 años. La población más joven se empezó a infectar en mayor proporción. Sin embargo, el sistema hospitalario no colapsó, pues la mayoría de infectados detectados no mostraron síntomas graves y permanecieron en casa recuperándose en un promedio de 15 días. Los fallecimientos tampoco se vieron al alza.

Aunque oficialmente se reconoce hasta la fecha cinco olas de infección del COVID-19, algunas autoridades en la materia

consideran que nunca salimos de la primera ola como Michael Ryan, director de Emergencias Sanitarias de la OMS quien afirmó que “México, al igual que otros países de América del Norte, nunca salieron realmente de ese brote elevado de la primera ola.

A casi dos años del inicio de la epidemia y luego pandemia, el mundo ya no puede volver a la normalidad, se habla de una “nueva normalidad”. Esta nueva normalidad toma en cuenta las enseñanzas que ha dejado esta enfermedad que puso en tela de juicio las estructuras humanas más sólidas como la economía, la política, la normatividad y aun la ciencia misma.

Hoy estamos más concientes de nuestra fragilidad como humanos, de nuestra mortalidad, lo que nos conduce a entender y comprender al mundo desde nuevas dimensiones, desde otros modos de pensar y sentir, no solo desde el pensamiento único en que hemos sido instruidos desde hace varias generaciones.

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

3.1. La cotidianidad antes de la pandemia

¿Cómo era la vida en el planeta antes de la llegada del COVID-19? ¿Cómo fue que, en poco tiempo, esta enfermedad cubrió todo el orbe y puso en jaque a las estructuras más sólidas, así como todos los constructos humanos?

La presencia del “coronavirus” vino a modificar los cánones de la economía, las relaciones sociales, laborales, lúdicas, culturales, y en general todas las actividades a las que el hombre moderno se había acostumbrado.

Todavía, hasta inicios del año 2020, en México y en casi todo el orbe seguía la vida “normal” de una sociedad consumista a la que por muchos años se aleccionó con la idea de que lo importante en la vida es el “tener”.

Día a día se desarrollaba de manera casi inercial una hiperactividad frenética, aunque el grueso de la población no tenía una idea clara del porqué de esa hiperactividad. Por las mañanas todo mundo acudía presuroso a sus trabajos tras sortear un tráfico pesado y en la mayoría de los casos después de un largo trayecto.

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

Las fábricas, las instituciones educativas, gubernamentales, las empresas, los servicios, todos bajo un mismo patrón, cada día, cada semana, cada mes, cada año; igual que hace muchos años, tantos que las generaciones desde los 70, del siglo recién pasado no han conocido otro patrón de acción y/o de un pensamiento diferente.

Hasta el 2019 e incluso a inicios del 2020 el orbe vivía casi sin cuestionamientos una economía especulativa bajo una lógica de mercado que ya no se sustentaba en la producción, sino más bien se movía en función de eventos, suposiciones o anuncios, es decir, en función de la especulación.

La economía global, que no se sustentaba en la producción sino en una “virtualidad especulativa” justificadas con la construcción de “leyes” y “teorías” que respondían al pensamiento único consumidor, acumulativo y por consecuencia depredador de la naturaleza.

Bajo esa lógica, el respaldo del “dinero fiduciario”, el papel moneda (que, por cierto, también es una invención china), en sus inicios tenía un respaldo en los metales preciosos, oro o plata, pero hace unas seis décadas ese respaldo se fue perdiendo y en su lugar se propusieron las divisas como respaldo al valor del “dinero fiduciario”. Pero las divisas como el dólar estadounidense, igual es otra forma de moneda fiduciaria, que a su vez requiere un respaldo en metales preciosos o bien en productos que lo avalen.

Después de la segunda guerra mundial, el respaldo de las divisas se sustituyó por eventos especulativos. La economía mundial se encuentra vulnerable, los “mercados se mueven” por la especulación, no por la producción, un ejemplo es

la apuesta de México luego del descubrimiento de la zona de Campeche. El entonces presidente López Portillo, anunció a la población que debíamos estar preparados para administrar la riqueza que llegaría con la explotación petrolera.

Este entusiasmo decayó en pocos meses cuando los países de Medio Oriente empezaron a extraer más petróleo. Bajo la lógica de las leyes del mercado al haber más oferta los precios bajan. Y vaya que bajó el precio del barril de crudo, de estar en 110 dólares el precio se vino abajo hasta alrededor de 20 dólares. Así, con esta apuesta, el país no solo no pudo crecer a expensas de la industria extractiva del petróleo, sino que quedó con una enorme e impagable deuda.

En cuanto a la educación, ésta sigue el mismo patrón que viene repitiendo desde hace casi dos siglos, el de la universidad napoleónica que privilegió el estudio de la ciencia de manera parcelada, es decir, un estudio de los fenómenos a través de disciplinas, especialidades, perdiendo así la visión global y unitaria de la realidad. Se aprendió y se nos enseñó a estudiar e interpretar el mundo de manera fraccionada.

En ese estudio fraccionado, atomizado de la realidad, se inventaron las disciplinas, privilegiándose las de carácter práctico y eficientista. Las disciplinas formativas, como filosofía, formación de valores, éticos, cívicos y humanos bajo el paradigma del “tener”, son irrelevantes y no se privilegian o de plano se eliminan de la educación.

De esta manera, en las instituciones educativas, se ha venido capacitando para el mercado laboral, más que para el desarrollo del “ser” y de la vida. Este ha sido el enfoque de la educación superior en las últimas décadas.

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

En cuanto a la forma de relacionarnos con el resto de los humanos y los no humanos antes del COVID-19, ésta no se distinguía por su humanismo, por el contrario, la violencia se había vuelto tan cotidiana que ya no impactaba en la mente ni en el corazón de los humanos. La solidaridad es algo que se había olvidado o perdido.

En la política, la simulación de la democracia, los cotos de poder político, los acuerdos en lo oscuro que no favorecen al grueso de la población eran ya casi una forma de “estatus quo” ampliamente aceptado.

Pocas personas se atrevían a preguntar si las cosas que estábamos viviendo en la economía, la educación, la ciencia, la política y en todas las actividades humanas, que han conducido a una depredación social y ecológica, puede ser de otra manera.

Hemos crecido y vivido bajo la domesticación del pensamiento único que sigue usando el pan y circo romano (fútbol, “artistas”, modas, etcétera) para no cuestionar la deshumanización como nos relacionamos con los otros humanos y con el entorno.

Por eso se da tanta importancia, difusión y apoyo a los eventos futbolísticos y artísticos y de la trivia en menoscabo de los sociales, los culturales, los científicos o los humanitarios. Un futbolista, por ejemplo, gana tanto dinero que no puede gastarlo en toda su vida, además tiene un reconocimiento y popularidad que lo ubica como un prócer, como héroe nacional o internacional. Por otro lado, un científico que aporta productos para el mejoramiento de la vida o del planeta tiene

apenas para vivir de manera decorosa. Esos son los valores que se privilegian para poder sostener el pensamiento único.

Es en este contexto que hizo acto de presencia la pandemia conocida como coronavirus. ¿Cuál es el impacto de la pandemia sobre el pensamiento y las estructuras sociales, económicas, científicas y espirituales de quienes habitamos esta casa común?

La llegada intempestiva del coronavirus y su globalización viene a ser un parteaguas en la historia moderna que obligan a pensar en el nacimiento de una nueva “época histórica”.

El coronavirus ha venido a ser un parteaguas en las maneras de ver y vivir el mundo en las relaciones económicas, sociales, culturales, científicas, ambientales, éticas y espirituales. Así lo empiezan a entender tanto los organismos mundiales como los economistas, sociólogos, pensadores e incluso los políticos.

3.2. ¿Una nueva época histórica?

Una nueva “época histórica” está por nacer con dolorosa labor de parto, por cierto. Hace algún tiempo he compartido reflexiones sobre si los cambios casi vertiginosos que vivimos en todas las estructuras humanas se ubican en el contexto de una “época de cambios” o más bien en un “cambió de época”.

Entre las características que definen la gestación de un “cambio de época” está la vulnerabilidad en todas las estructuras humanas como la economía, la ciencia, etcétera. Un cambio de época presupone nuevos paradigmas y nuevas formas de ver y vivir el mundo.

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

De Souza Silva, a inicios del milenio (2001), mencionaba tres posibles escenarios, tres visiones del mundo que luchan por prevalecer en la “nueva época histórica” que está por nacer. Me permito compartir de manera muy resumida estas tres visiones del mundo con sus escenarios que analiza en su obra de Souza Silva con mucha amplitud.

1. Visión mecánica del mundo

Hace más de 300 años, junto con la ciencia moderna se estableció una “visión mecánica” del mundo. Sus implicaciones: reduccionismo, determinismo, linealidad y mono-causalidad. Junto con esta visión se consolidó el pensamiento duro, donde solamente los “hechos” cuantificables son válidos (positivismo).

Bajo esta visión, el mundo se concibe como una máquina sin sentimientos, por lo que se excluye la emoción humana y no hay espacio para valores morales ni principios éticos. La historia no es relevante para la máquina; el pasado y el futuro no están asociados a la idea de progreso, lo importante es la inmediatez, “el corto plazo”. El contexto corresponde a “la realidad objetiva” que existe independiente de nuestras percepciones, decisiones y acciones.

La tecnociencia sirve para aumentar la eficiencia de los procesos productivos. La especialización científica es descontextualizada de otras especializaciones y no se vincula con los valores humanos: “ciencia para la eficiencia”.

2. Visión económica del mundo

A finales de los años 70, dio inicio una revolución económica para formar un régimen de acumulación: corporativo, transnacional, informacional y global. La ideología dominante es el mercado.

El mundo en esta visión se constituye por proveedores, productores, intermediarios, procesadores, vendedores, industriales, intermediarios, banqueros, competidores, consumidores, clientes, inversionistas, etc.

La historia no existe para el mercado y el futuro, se restringe a las tendencias del mercado. El contexto es comprendido a través de las “leyes” de la oferta y demanda. La tecnociencia es un componente más del contexto comercial dirigida al lucro: “ciencia para la acumulación” es como la define de Souza Silva.

3. Visión holística del mundo

A mediados de la década de los años 60, algunos movimientos socioculturales cuestionaron la civilización occidental y la sociedad industrial de consumo, sugiriendo como alternativa una visión sistémica del mundo, bajo la idea de que todo está interconectado en la Tierra y en el cosmos.

Bajo esta visión, el mundo es un sistema complejo y dinámico con múltiples dimensiones y funciones interconectadas (espacial, temporal, ecológica, social, económica, política, institucional, ética, estética).

La historia es relevante, pues el pasado, presente y futuro están inevitablemente conectados. El contexto es el producto de las diferentes percepciones. Hay, por lo tanto, tantos “con-

textos" como realidades socialmente construidas, derivadas de diferentes percepciones de la realidad.

La tecnociencia es un sistema facilitador de cambio y desarrollo desde un compromiso con la totalidad que implica considerar el desarrollo como el encuentro entre sociedad, cultura y naturaleza: "Ciencia con conciencia" la define Edgar Morin.

Antes del "coronavirus" se sabía que ya estaba en gestación una nueva época histórica. Se esperaba que los nuevos paradigmas estuvieran orientados al desarrollo integral de lo humano.

¿Cuál visión del mundo habrá de prevalecer en la nueva época histórica después del coronavirus?

Aun cuando los estudios y las evidencias sobre la depredación de la naturaleza y el hombre nos indicaban que el planeta no aguanta más, sin embargo, no se tomaron decisiones efectivas para parar este orden de cosas ni la forma de pensar depredadora dominante. Un resultado del impacto negativo de las actividades humanas se evidencia en lo que se conoce como calentamiento global que hoy amenaza la vida de nuestro planeta.

"El calentamiento global", la depredación de la naturaleza, las crisis sociales, las económicas y políticas entre otros constructos humanos eran suficiente argumento para que el mercado y el sistema neoliberal cambiara por otro de más armonía con la naturaleza y el hombre.

El planeta urgía un cambio estructural en el pensar y en el actuar, eso lo sabíamos desde hace tiempo, aunque se antojaba como algo utópico pues no había voluntad política, cien-

tífica, social, económica, cultural y paradigmática para este cambio.

Las naciones más contaminantes y depredadoras ponderaban más la economía y las ganancias que el futuro del planeta y no firmaban los acuerdos globales o ignoraban su cumplimiento.

Hasta antes del COVID-19 era algo “normal” la vida de una sociedad cada vez más consumista a expensas de la depredación de la naturaleza bajo la idea de progreso, modernidad y desarrollo.

Muy pocos se cuestionaban si podía haber otra manera de pensar y vivir. Pensar en un cambio era muy complicado, era mejor el continuar en un aparente estado de confort al que se nos había acostumbrado por muchos años.

Este estado de cosas y de pensar derivó en las crisis ambientales, económicas, sociales y culturales y en general en todos los ámbitos de la actividad humana, al grado que algunos pensadores antes del “coronavirus” consideraron que el mundo estaba experimentando una “crisis civilizacional”. Se enuncian algunas evidencias que sustentan esta afirmación.

En lo ambiental, la crisis se evidencia entre otras cosas por el cambio climático como producto de la actividad industrial que ha generado un efecto de invernadero en la atmósfera.

Entre los efectos del “calentamiento global” se han registrado sequías cada vez más prolongadas y extensas; asimismo como efecto de este fenómeno se acelera la fundición de glaciares, por otro lado, en el clima del planeta se observa una mayor frecuencia e intensidad de fenómenos meteorológicos como ciclones, sequías, etcétera; se estima que el incremento

de la temperatura modificará los climas del planeta y se dará una disminución de las lluvias casi a la mitad de lo que actualmente precipita.

La crisis social se evidencia por una brecha cada vez mayor de desigualdad entre unos pocos que todo lo tienen y una inmensa mayoría que tiene poco o casi nada; la violencia generalizada, la pérdida de valores e identidad de las comunidades, entre otras.

La crisis económica se manifiesta al ponerse cada vez más en evidencia la falacia de la regulación de las “leyes” del mercado, así como un sistema económico soportado más en la especulación que en la producción.

Estas son algunas de las características de la crisis civilizacional que se vivía antes del “coronavirus”. Fue el “coronavirus” quien vino a poner en evidencia este estado de cosas, este pensar en el “*tener*” en lugar del “*ser*”.

Es muy difícil que el orbe retome su “normalidad” consumista, depredadora, deshumanizada, sin valores. Reitero que considero, junto con muchos pensadores, que una nueva época histórica está ya naciendo y con fuertes dolores de parto. La nueva época histórica deberá contemplar el desarrollo integral del humano bajo una nueva ética que implique la armonía con los demás habitantes del planeta, humanos y no humanos.

Acudiendo a los tres posibles escenarios que advierte de Souza Silva, la “visión holística” es la que debería prevalecer. En esta visión, la historia es importante y los contextos se construirán socialmente. La ciencia y la técnica serán un encuentro entre la sociedad, la cultura y la naturaleza bajo un enfoque

sustentable. La ciencia, a la manera de decir de Edgar Morin, será “Una ciencia con conciencia”.

3.3. Reconversión de las estructuras humanas

3.3.1. *¿Por qué las reconversiones?* El COVID-19 expuso las debilidades del sistema dominante, como el de salud, que fue pensado más como negocio que como derecho humano. Un comentarista nacional expresó la urgencia de que en la lucha contra el coronavirus se debía hacer una “reconversión industrial”.

Me llamó la atención esta propuesta por lo que primero busqué en el diccionario de la Real Academia de la Española (RAE), cuál es su significado. Encontré dos definiciones de este vocablo:

- 1.f. Acción y efecto de volver a convertir o transformar.
- 2.f. Proceso técnico de modernización de industrias.

Una “reconversión industrial” para responder a la pandemia del COVID-19 implicaría por ejemplo que las industrias cambien el giro de producción actual por productos e insumos para la atención de los millones de enfermos que se estima habría a escala mundial. La reconversión industrial implica cambio de teorías, tecnologías, equipamiento, capacitación, etcétera. Esta estrategia se ha aplicado durante las conflagraciones mundiales.

Durante la Primera y Segunda guerra mundial, la industria se canalizó a la producción de insumos bélicos: armas, municiones, equipamiento de guerra, etc. Una de las finalidades

de esta estrategia es “reactivar la economía” frente a las crisis. Por lo que la “reconversión industrial” pretende en una última instancia la adaptación de la industria a un nuevo momento histórico.

Cuando la realidad rebasa a las teorías se requieren respuestas emergentes con nuevas teorías y tecnologías; otras formas de pensar, nuevos paradigmas para responder a la nueva realidad. Esto es lo que sucedió con el COVID-19. La propuesta de la “reconversión industrial” para responder a esta situación inédita, no solo es lógica sino también necesaria e impostergable.

Después de las consideraciones anteriores, seguí reflexionando sobre si la “reconversión” debe darse solo en la industria, o ésta deberá abarcar las diferentes actividades esenciales de la humanidad.

Al mismo tiempo investigué sobre lo que se está haciendo para enfrentar la crisis económica que se avecina después del coronavirus. Los gobiernos, entre ellos, el nuestro, ante la inminente caída de la actividad mercantil y sus terribles consecuencias proponen algunas estrategias para la “reactivación económica”.

“Reactivación económica” es otro concepto con el que nos empezamos a familiarizar, el cual, en términos simples, tiene la intención de proteger a quienes pierdan su empleo y el apoyo a empresarios impactados por la crisis del COVID-19.

Gobiernos con gran reserva económica como Estados Unidos, Alemania, Inglaterra hacen uso de sus enormes reservas para reactivar su economía. Países con menos capacidad eco-

nómica como los latinoamericanos también tienen ya sus estrategias. Citamos algunos:

Panamá anunció que destinaría 50 millones de dólares para ayudar a establecimientos comerciales y a quienes pierdan el empleo se les otorgaría una “libreta” con una cantidad de dinero para la compra de alimentos y medicamentos. Perú alistó el mayor plan económico de América Latina con un estímulo a las empresas del orden de 25 mil millones de dólares (12% del PIB).

En México, López Obrador anunció acciones para generar 228 mil empleos; asimismo, a través del programa “Sembrando Vida”, 220 mil apoyos más y también un apoyo al Infonavit por 177 mil millones de pesos con lo que habría 270 mil empleos.

Así es cómo reaccionaron los países ante la evidencia de las debilidades y falacias del sistema económico financiero vigente que ha dejado descobijado al sistema de salud, entre otros. Ante estos hechos y el avance exponencial de la epidemia, preguntamos: ¿se requiere una “reactivación económica” o “una reconversión” en todos los sectores y ámbitos de la actividad humana?

Cuando los métodos, los instrumentos que tiene una sociedad ya no responden a la realidad, es el momento de cambiar teorías, métodos y paradigmas. El COVID-19 ha evidenciado que ese momento ha llegado.

“Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto nos cambiaron todas las preguntas” (Benedetti). Thomas Kuhn dice que cuando esto sucede en la ciencia, surgen

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

las “revoluciones científicas” y cambian las teorías y los paradigmas científicos.

Justamente es lo que está ocurriendo a nivel global con el advenimiento de la pandemia COVID-19, la humanidad con todo su desarrollo científico; sus estructuras económicas, sociales y culturales; sus paradigmas y formas de pensar, se quedó sin respuestas.

Ante esta crisis que amenaza la vida se hacen necesarias respuestas emergentes, bajo nuevas visiones del mundo, teorías y formas de pensar diferentes. Hasta inicios del 2020, la economía, los recursos y la Población Económicamente Activa (PEA) se ubicaba en el sector terciario, es decir en los servicios: transportes, hoteles, restaurantes y comercios.

Antes del coronavirus en México, en el sector terciario se ubicaba el 63.1 por ciento de la Población Económicamente Activa (PEA); 16.5 en el secundario (la industria y la transformación) y solo un 11.6 en el sector primario, que es el que produce las materias primas y la comida, la agricultura, ganadería y pesca. Esta misma tendencia ocurría en la economía mundial, sobre todo en los países más ricos.

La proporción de la población económicamente activa en las tres actividades económicas ha cambiado a lo largo de la historia en función de las prioridades del modelo económico vigente; por ejemplo, en México en 1910 casi el 70 por ciento se dedicaba al sector primario.

Los modelos económicos en México como el de “la sustitución de importaciones”, el del llamado “milagro mexicano”, y luego el de “libre comercio”, crecieron a expensas del sector

primario, que se pauperizó y disminuyó hasta los porcentajes actuales.

Ya desde los años 70 del siglo pasado, Theodore Schultz, ganador del Premio Nobel de la Economía, sostenía que el desarrollo de pueblos debe basarse en la producción, es decir en la actividad primaria, la producción de alimentos. Sin embargo, los gobiernos no solo de México sino del mundo, bajo la supuesta idea del progreso y del desarrollo, se sometieron al pensamiento único cuya meta es la acumulación sin medida, introduciendo en las mentes el consumismo que solo ha favorecido a los pocos dueños del dinero del mundo.

Bajo ese espejismo las naciones han enfocado sus economías en el sector terciario, el de los servicios, porque representaban las mayores ganancias, perdiendo de vista que lo que da soporte a la economía, al dinero, es la producción.

Con el arribo del coronavirus se pudo reconocer lo verdaderamente importante, lo esencial, por lo que las actividades no esenciales dejaron de tener sentido y empezamos a valorar las actividades esenciales para la vida. Las actividades primarias evidenciaron su importancia. La producción de alimentos a baja escala, por ejemplo, pronto se hizo popular en tiempos de la pandemia. Muchas personas en tiempos de aislamiento se dieron a la tarea de producir alimentos en macetas, en azoteas, en pequeños patios.

En la mente de los pueblos se empezó a dar una reestructuración y se empezó a reconocer que lo importante y esencial son: la salud, la alimentación y el desarrollo de las características humanas.

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

Hasta antes de la pandemia se vivía una economía de ficción basada en las especulaciones que “mueven los mercados”, como dicen los teóricos del sistema para justificar movimientos sin aparente rumbo de la economía, aunque la verdad que el rumbo lo marcan los intereses de los dueños del dinero quienes “mueven los mercados” a su antojo a través de la especulación.

Bajo este orden de ideas, reitero que el modelo económico de nuestro país debe sustentarse en la actividad primaria, pues ésta es la que da soporte a la economía y al valor del dinero. Esto pudiera ser uno de los pilares de la “reestructuración económica” en la nueva época histórica, en la nueva normalidad.

3.3.2. Reconversión del pensamiento. Ante la evidencia del debilitamiento y vulnerabilidad de las actuales estructuras humanas, es necesario repensar nuestro actuar y pensar para garantizar no solo una vida más vivible, sino la supervivencia de la especie.

La “reconversión industrial” que en la situación de emergencia que se vivió con la pandemia consistió en repensar y reenfocar las líneas de producción de insumos y productos hacia la lucha contra el COVID-19. Como una extensión del concepto, también hablamos de lo que pudiera ser una “reconversión de la economía” más que de una “reactivación” de la misma.

Entendemos que lo que se está gestando, a consecuencia de la llegada del “coronavirus”, es el surgimiento de una nueva época histórica, con lo que habrán de cambiar las estructuras de los sistemas económicos y sociales actuales por otros emergentes que respondan a nuevos paradigmas.

Durante mucho tiempo se nos ha hecho creer y pensar que lo importante de la vida es hacer dinero y con éste comprar prácticamente todo. Se nos ha engatusado con el garlito de la “*American Way of Life*” de suerte que, nuestro pensar y actuar se ha vuelto individual y egoísta.

Esta manera de pensamiento único en el que se nos ha instruido y casi domesticado por mucho tiempo, solo beneficia a los pocos dueños del dinero que nos entonan el canto de las sirenas para convertirnos en una sociedad consumista y depredadora.

Este modo de pensar dominante tiene como resultado la acumulación de las riquezas en pocas manos; el ensanchamiento de la brecha de desigualdades; la ausencia de valores como la solidaridad, la justicia, la equidad; el crecimiento de la inseguridad y la violencia; la depredación de la naturaleza, etcétera.

En resumen, el modo de pensar dominante que ha prevalecido nos ha llevado a la deshumanización y la pérdida del sentido de especie y por tanto a la explotación indiscriminada de la naturaleza hasta llevarla al límite en que ya no se puede sostener la vida con el estilo de vivir de los que nos llamamos “humanos”.

A lo largo de mi trabajo como investigador, pude comprender que no se puede resolver los problemas con los mismos métodos, instrumentos y objetivos que han conducido al problema.

Intentaré ejemplificar lo dicho: a través de un método científico, aséptico, objetivo, disciplinar, positivista, se intervino para elevar la producción de alimentos. Una de las pro-

puestas fue dejar de producir en “policultivo” como lo hace la naturaleza y en su lugar se inventó el “monocultivo”. Con este nuevo sistema se rompe un equilibrio natural. Entre otras consecuencias, los insectos se multiplicaron logarítmicamente y se convierten en plagas.

Las plagas empezaron a destruir cosechas. Ante este nuevo problema, la ciencia bajo una visión reduccionista inventó los insecticidas. No se consideró que, en las numerosas poblaciones insectiles, se estaba potenciando la expresión de mutantes que pudieran sobrevivir a los insecticidas.

La ciencia nuevamente respondió con dosis mayores y con nuevos venenos para controlar a los insectos. A su vez, las especies insectiles enfrentaron las mayores dosis y nuevos venenos con la expresión de nuevos mutantes que sobreviven a los nuevos pesticidas haciéndose cada vez más resistentes.

Esto mismo ha ocurrido con las enfermedades tanto de los cultivos como de los humanos y otros vivientes. Esto me recuerda el dicho popular “a veces sale más caro el caldo que las albóndigas”.

Es necesario repensar la ciencia bajo la premisa de una “ciencia con conciencia”, lo cual implica contemplar no solo el factor económico sino la realidad integral con toda su complejidad bajo un enfoque orgánico, multidimensional y sustentable. Por lo que se hace necesaria la “reconversión” de nuestra manera de pensar y actuar para lo cual se requiera incursionar en nuevas visiones del mundo, así como en formas de pensar que conduzcan al desarrollo del “*ser*” y la humanización.

Cambiar el actual pensamiento único, individualista, deshumanizado, sin valores ni ética que privilegia el “*tener*”, por

otro que promueva el desarrollo del “ser” y la convivencia armónica puede ser la oportunidad en esta crisis global.

En los ideogramas chinos, “crisis” y “oportunidad” son muy parecidos. Por lo que se ha popularizado la idea de que las crisis son también oportunidades y surgen dichos tales como: “mientras unos lloran ante las crisis, otros ven la oportunidad de fabricar pañuelos”.

Así, por ejemplo, ante la escasez de cubrebocas, algunas personas vieron una ventana de oportunidades, iniciando micronegocios con estos productos. Desde la lógica del mercado a la que se nos ha acostumbrado estos ejemplos inundan los espacios de las redes.

Pero no es esta lógica mercantil a la que me refiero al hablar de oportunidades. La oportunidad a la que hago referencia va más a fondo, va a la oportunidad de mejorar nuestra relación con la naturaleza, con los demás humanos y con nosotros mismos.

Se sabe que, durante las crisis, como las de las conflagraciones mundiales, la ciencia avanza aceleradamente y las patentes de inventos se multiplican. Se da un amplio desarrollo de las industrias, la medicina, la comunicación, etcétera.

Por experiencias personales sabemos que en las situaciones de crisis se desarrolla la imaginación, la inventiva para encontrar diferentes respuestas viables a los problemas.

Reitero que la oportunidad a la que me refiero no es de orden económico, sino de un orden primordial a la oportunidad de humanizarnos y dar sentido a la existencia. Durante las crisis, las realidades se tambalean pues las estructuras vigentes, las teorías, las creencias, los valores y los paradigmas se vuel-

ven vulnerables. Lo que dábamos por cierto deja de serlo, lo que nos daba seguridad se vuelve incierto.

Ante la crisis por el COVID-19, las estructuras económicas y políticas globales que han encumbrado y ensoberbecido a países y emporios hasta olvidarse de su esencia humana y finita, hoy se encuentran evidenciadas, cuestionadas y vulnerables.

Por ejemplo, bajo la lógica de mercado, “la ley” no natural sino inventada, de la “oferta y la demanda” se vio cuestionada cuando a consecuencia del coronavirus se redujo dramáticamente el aparato productivo mundial.

Uno de los resultados del “*break*” causado por el COVID-19, fue la baja del consumo de la energía fósil lo que originó una inédita sobreoferta de petróleo que amenazó con derrumbar la poderosa industria petrolera a nivel mundial. Los precios de las gasolinas en México bajaron hasta precios no imaginados bajo la premisa de la “normalidad” de tener un precio de unos 20 pesos en promedio, se podía adquirir en las gasolineras en unos 14 pesos o menos por litro.

Los grandes emporios del petróleo habían manipulado el mercado a su antojo a través de la ley “de la oferta y la demanda”, pero esta vez la naturaleza impuso su imperio y puso de rodillas a esta poderosa industria pues la oferta superó con creces a la demanda. Los emporios petroleros al mover los mercados a su antojo siempre salían ganando. Ante la crisis por la pandemia los emporios petroleros perdieron el control de los mercados.

En esta crisis no fue el gran capital el que ganó, entonces ¿quién salió ganando? Al descender la actividad industrial también disminuyó la emisión de gases de efecto invernadero

que a través de los tratados internacionales no se había podido lograr. En esta ocasión la naturaleza obtuvo un respiro.

Al evidenciarse con la crisis del COVID-19, la vulnerabilidad del pensamiento y estructuras del sistema neoliberal prevaleciente se tuvo la oportunidad de reflexionar y reconocer lo que es esencial para la vida. Esta crisis dio la oportunidad a la humanidad de reconocer que el pensamiento único, dominante, no es el único ni tampoco el mejor. Hay otras formas de pensar que humanizan y dan sentido a nuestra existencia.

Estamos por entrar a una nueva época histórica y tenemos la oportunidad de arribar a nuevas formas de pensar que privilegien el desarrollo del “*ser*”, de los valores humanos, la convivencia armónica y una relación sustentable con la naturaleza. Esta es una enseñanza que nos trajo el coronavirus y que puede ser la oportunidad para que la humanidad tenga una “reconversión del pensamiento” que arribe a formas más vivibles de relacionarnos con los humanos, los no humanos y con el resto de la naturaleza de manera armónica.

3.4. Legalidad en tiempos del coronavirus

Autoridades locales, estatales, nacionales tomaron una serie de medidas propias de momentos de excepción como toques de queda, cuarentenas forzosas, cierre de fronteras, establecimientos comerciales, etcétera.

En esos días, uno de mis hijos me comentó que los pobladores de uno de los Pueblos Mágicos ubicado en el estado de Morelos, Tepoztlán pusieron retenes para no dejar pasar a

su pueblo a nadie que no fuera habitante del lugar. Luego, en tono indignado, me dijo: “Eso no es legal, ¿verdad?”

Al respecto del retén de Tepoztlán, vi un video en las redes sociales donde un señor, que se decía licenciado y con influencias, reclamaba muy enojado el derecho de paso consignado en la Constitución nacional y tratando de ignorantes a los integrantes del retén.

Al revisar los mensajes de los whats del condominio donde viví recientemente, unas señoras comentaban sobre la disposición oficial de clausurar albercas y áreas de esparcimiento para evitar el contagio del “coronavirus”.

La disposición suscitó entre los condóminos nutridos comentarios, algunos muy molestos, diciendo que no era legal, pues se violenta la ley ya que el condominio es propiedad privada. Entre los comentarios, proponían colocar una cinta de “clausurado” para que lo vieran las autoridades si llegaban a revisar, aunque internamente se permitiera el paso y uso de la alberca, proponían algunas vecinas.

Las noticias en los diarios locales hablaban no solo de Tepoztlán sino de otros municipios de la entidad en los que se limitaba la entrada a sus comunidades a personas ajenas a éstas, con retenes ex profeso.

Los gobiernos de diferentes entidades del país ordenaron el cierre de playas, antros, bares, casinos, cines, gimnasios, cierre temporal de hoteles, tiempos compartidos, cancelación de eventos masivos incluyendo los religiosos, etcétera. Ante la contingencia, muchas naciones han adoptado medidas como el cierre de fronteras, toques de queda, cuarentenas obligatorias, suspensión de vuelos, etcétera.

Esta serie de medidas tomadas por los órganos de gobiernos locales, regionales o nacionales, bajo condiciones “normales”, son violatorias al derecho de libre tránsito, privacidad, y demás contemplados en los diferentes códigos estatales y en la misma Carta Magna. El “coronavirus” vino a cambiar el estado “normal” por un estado de excepción.

Estos hechos y comentarios motivaron la presente reflexión sobre el coronavirus y la legalidad. Para la convivencia de las sociedades es necesario el “Estado de Derecho”, de otra manera se viviría bajo la “ley de la selva” donde el más fuerte impondría su voluntad. Las normas son necesarias en la vida de una comunidad, mismas que en las sociedades más complejas se traducen en leyes.

El espíritu y la finalidad de las leyes es la convivencia pacífica, armónica y organizada de los seres humanos a través del respeto a los derechos humanos.

Para contextualizar esta reflexión es oportuno recordar que hay una estructura jerárquica en las leyes: así, la “Carta Magna”, define los lineamientos bajo los cuales deben normarse las leyes federales, las estatales, a su vez, las leyes menores como las orgánicas tienen que armonizar con la normatividad estatal, federal y constitucional.

Las leyes menores deben estar en armonía con las leyes superiores. De esta manera, una ley orgánica no puede contradecir una ley estatal por lo que armoniza sus artículos con las leyes estatales.

A su vez, un código estatal debe estar en el marco del constitucional. Por lo que todas las leyes del país deben estar en el marco de los 136 artículos y 19 transitorios de nuestra Carta

Magna. Pero la Carta Magna no es la última palabra en lo que a la legalidad concierne, pues a su vez, las constituciones deben salvaguardar los 30 derechos humanos consignados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). Las constituciones nacionales, también tienen que armonizarse con la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

En el artículo 11 de la constitución, se garantiza el libre tránsito, por ende, limitar el libre tránsito es un acto inconstitucional.

En el artículo tercero de los derechos humanos, se menciona el derecho a la seguridad y a la vida. El “derecho a la vida” está consagrado en los derechos humanos y si los derechos humanos son los grandes lineamientos que deba seguir cualquier norma, entonces podemos concluir que las acciones y medidas para garantizar este derecho son completamente legales y legítimas. Las medidas de emergencia que buscan cubrir los derechos humanos están completamente dentro de la legalidad.

Por otro lado, es oportuno reconocer que el coronavirus, al igual que en las guerras, vino a poner a las naciones, las ciudades y las comunidades en un estado de excepción. El coronavirus vino a trastocar las normativas expresadas en los códigos legales colocando a la sociedad en un estado de excepción.

3.5. Ignorancia que mata

Ante la contingencia provocada por el COVID-19, mucha gente buscó estar informada, consciente de la dimensión del problema, en tanto otros más no lo estuvieron y no tomaron medidas de protección para sí y para los suyos.

Cuando estudiaba los primeros años de la licenciatura, recuerdo que un colega que no había estudiado para el examen, a diferencia de quienes sí lo hicieron y se veían desvelados, él lucía tan fresco como lechuga recién cortada. Al preguntarle del porqué de su actitud tan tranquila, nuestro protagonista contestó sarcásticamente: “El que nada sabe, nada teme”.

Este dicho es muy cierto. Aunque casi todos los dichos populares tienen su réplica, como por ejemplo “Al que madruga, Dios lo ayuda”, su réplica: “No por mucho madrugar amanece más temprano”. Por lo que el dicho en mención se complementaría con otra máxima: “Pero la ignorancia no te exime del peligro”.

De acuerdo con estudios de la OMS, a mediados del año 2020, 9 de cada 100 mexicanos no creían que existiera el coronavirus. A través de las redes se habían popularizado una serie de teorías que negaban su existencia. Unos decían que era un plan del gobierno para distraer, otros que era un engaño más como el del “chupacabras”. Estas personas hacían caso omiso a las recomendaciones sanitarias exponiéndose y exponiendo al resto de la población a la enfermedad.

En plena pandemia pude observar en una de las colonias del norte de la ciudad donde viví en ese tiempo, habían instalado un tianguis donde la gente circulaba sin protección alguna, sin guardar la mínima distancia, se atropellaban literalmente en los estrechos pasillos para hacer sus compras.

En los primeros días de la pandemia, el gobernador de Puebla, con absoluto desconocimiento de causa y mucha irresponsabilidad, se atrevió a decir que el “coronavirus” es una en-

fermedad de ricos y que a los pobres no les pasaría nada, que los pobres son inmunes.

Un estudio que realizó una universidad sobre lo que piensa la gente sobre el COVID-19 reveló que un alto porcentaje no dimensiona la magnitud de la pandemia. El estudio también reveló una correlación entre baja escolaridad y este tipo de percepciones. Aunque, para ser honestos, este pensar no era privativo de gente con baja escolaridad, también se daba entre gente con mayor grado de estudios.

En los centros comerciales se empezaron a tomar algunas medidas como el permitir el acceso solo a una persona por familia, el uso de gel, esterilización de carritos, marcas de “distancias saludables”, en algunos se indicaba la dirección para andar por los pasillos, los empleados usaban cubrebocas o micas protectoras, etcétera, aunque no faltaba quien no respetaba las distancias ni las indicaciones de protección.

En las redes aparecían comentarios respecto a la importancia que se daba a la pandemia. Me llamó la atención un meme que decía más o menos lo siguiente: “A los italianos y españoles, la confianza los está matando, la soberbia y prepotencia está devastando a Estados Unidos, en México la ignorancia puede ser nuestra catástrofe”.

En los Estados Unidos de Norteamérica, el país con más recursos en el mundo llegó a ser el país que tenía el mayor número de infectados. En el marco de una campaña preelectoral, su presidente anunció el pronto regreso a las actividades económicas cuando no se tenía clara la evolución de la enfermedad en ese país.

Mucha gente a la que respetamos y reconocemos tenía que salir de su casa a realizar actividades esenciales, en el área de la salud, producción y venta de alimentos, transportes, seguridad, y también a quienes salían a buscar el sustento diario, que también es una actividad esencial.

Quienes no realizábamos actividades esenciales tuvimos que permanecer en casa para evitar el contagiarnos o contagiar, hacerlo era un acto moral y ético, un acto solidario con nuestros congéneres de especie. Solo así se podría aplanar la curva de contagios.

De no hacerlo nos poníamos en riesgo de arribar a una fase cuatro que vivieron algunos países europeos donde, a pesar de una fuerte infraestructura de salud y servicios, se vieron rebasados y llegó un momento en que por capacidad hospitalaria había la necesidad de tomar la decisión de a quién salvarle la vida.

Bajo estos momentos de crisis inédita, no podíamos dejar que la ignorancia, la displicencia, la falta de información, la irresponsabilidad literalmente nos matara. Informarnos y actuar en consecuencia era una responsabilidad que no podíamos evadir.

3.6. El amor en tiempos del coronavirus

El amor es un estado de la conciencia, irrealizante, irracional, algo mágico e inexplicable cuando refiere que “El otro, con su mirada, nos define, nos cosifica, nos quita la libertad; inexplicable desde el entendimiento humano” (Sartre).

“Amor” es un término ampliamente usado y estudiado desde diferentes y múltiples enfoques, aunque la compren-

sión desde su naturaleza más profunda e integral es pocas veces abordada. Para iniciar la reflexión sobre “el amor en tiempo del coronavirus”, es necesario primero entender y comprender un poco la naturaleza de este tema tan polifacético en sus significado y expresiones.

El amor ha sido estudiado desde muchos ámbitos como el filosófico, el científico, psicológico, religioso, espiritual, místico, mítico, etcétera, y sin embargo sigue siendo tan desconocido como misterioso.

La Real Academia de la Lengua, da 14 definiciones del vocablo amor, las cuales, desde mi particular apreciación son tan reduccionistas, que es difícil a partir de éstas, construir un concepto integral de este sentimiento y aptitud humana que algunos consideran de naturaleza divina. He aquí algunas de las definiciones que da la Real Academia Española (RAE) al vocablo “amor”:

1. m. Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.

2. m. Sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos complementa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear.

3. m. Sentimiento de afecto, inclinación y entrega a alguien o algo.

4. m. Tendencia a la unión sexual.

Las definiciones que da la RAE se quedan cortas para comprender los alcances y significados del amor. Acudimos por

tanto a sus raíces etimológicas para tener más elementos de conocimiento e interpretación.

El vocablo tiene sus raíces en el latín “*amor, amoris*” que a su vez viene del verbo “*amare*”. Su raíz más remota proviene del indoeuropeo “*am*”: madre, por lo que sus significados están asociados al cariño, el afecto, el cobijo materno. Los griegos usaban tres palabras para referirse al amor en sus diferentes expresiones: al amor erótico le decían “*eros*”, en tanto que al amor puro se le conocía como “*ágape*” y “*filia*” lo usaban para el amor que se tiene a las cosas.

Tras una amplia búsqueda, he llegado a la conclusión de que no existe una sola definición para la palabra amor. Casi todos los grandes pensadores han expresado su concepción sobre el amor del que se reconoce como la emoción que tiene el potencial de mover y transformar al mundo. Veamos algunas ideas que sobre el amor han expresado algunos filósofos y pensadores universales.

Posiblemente Empédocles fue el primer filósofo que hizo una interpretación del amor. Asumía que “el amor” y “la lucha” son los principios opuestos de unión y separación que explican el universo; podría añadir que es algo comparable a los opuestos ying y el yang orientales o los contrarios del concepto dual (Ometeotl) en el pensamiento mesoamericano que explican cada uno de diferente forma, aunque bajo un mismo concepto, la creación.

Platón, quien pudiera considerarse el filósofo del amor, asevera que el amor es el eje vertebrador de toda actividad humana por lo que hace referencia y descripción del amor en

cada una de sus obras. En el libro “Leyes” hace una clasificación de tres clases de amor:

1. el amor del cuerpo
2. el amor del alma y
3. una síntesis de los dos anteriores.

El mismo Platón, explica la subjetividad de este concepto, al afirmar que el amor se expresa en valores que solo puede ver o percibir quien ama; asimismo, menciona que, en la manifestación del amor “el cuerpo ama con el alma”, pues el amante ve en el cuerpo el reflejo del alma de su amado.

La religión tiene como uno de sus fundamentos estructurales al amor, la psicología igual intenta dar explicaciones a este fenómeno desde la subjetividad del mito o generando teorías a través de la organización de experiencias.

Para la religión el amor es un elemento estructural. En el cristianismo, el amor adquiere una importancia tal que asume la ecuación: “Dios es amor”, derivado del mandamiento nuevo, “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Juan 13:34). La misma iglesia católica retoma el concepto griego del “*ágape*” que tiene su mejor expresión en el amor desinteresado de Dios a los hombres al grado del sacrificio de su hijo en la cruz.

Los padres de la Iglesia, como San Clemente de la escuela de Alejandría, asumen que todo lo divino y la perfección se da en el amor. San Agustín asevera que la conjunción del amor divino y el humano se expresan en la “caridad”, entendida ésta, en el dar sin condicionamientos.

La psicología también tiene como uno de sus elementos estructurales al amor. Así, por ejemplo, Freud considera que el amor entendido como las pulsiones de conservación y sexua-

les (*Eros*) es el instinto de vida que se opone a las pulsiones de destrucción, el instinto de muerte (*Tánatos*).

En la alegoría de “Narciso”, como el amor y culto a sí mismo, Freud reconoce una desviación del instinto del amor, el egocentrismo (narcicismo) como una patología del amor. No quisiera caer en la tentación de dar ejemplos, pero sé que nuestro lector@s tienen en mente muchos personajes conocidos en diferentes ámbitos de la sociedad.

Robert Sternberg sugiere la “teoría triangular del amor”, asumiendo que las relaciones amorosas tienen tres componentes: intimidad (I), pasión (P) y compromiso (C) y explica que estos componentes son dinámicos y evolutivos, aunque cada miembro de la pareja puede percibir diferente.

El autor sostiene que la intimidad se desarrolla de manera gradual y poco a poco va creciendo; la pasión tiene un crecimiento rápido al inicio, aunque decrece hasta estabilizarse en niveles más moderados; y que el compromiso crece lento, sobre todo en sus inicios. Para Sternberg, la intimidad es el vínculo y la conexión que se da a través de la mutua confianza y apertura que lleva a revelación mutua de nuestras más profundas creencias, temores, pensares, historias exhibidas sin temores al sentir una mutua aceptación.

La pasión en tanto es la expresión de la necesidad del deseo sexual y romántico, un factor sin duda muy importante en cohesión y soporte en la vida de pareja. El compromiso es la construcción de un “nosotros” a nivel de pareja y también social. Este tercer componente implica una aceptación voluntaria de compromisos tales como la honestidad, transparencia, la fidelidad.

Este psicólogo considera que los diferentes tipos de amor o sus etapas se explican a través de las diferentes combinaciones y evolución de estos tres elementos.

Así, cuando predomina la “intimidad”, se da el cariño; cuando la “pasión”, el encaprichamiento, etcétera. El equilibrio de los tres elementos lo define como “amor consumado”, condición nada fácil de alcanzar y aún más difícil de mantener, explica.

Desde la ciencia se intenta entender el fenómeno conocido como “amor” y lo explica como un proceso bioquímico a través de la producción de neurotransmisores, hormonas, entre otros.

Bajo una posición positivista la ciencia tradicional, al estudiar y explicar el fenómeno del amor, concluye que éste es un proceso neurológico que se da en el hipotálamo, la corteza prefrontal, la amígdala, el núcleo accumbens y el área tegmentada frontal. En estas partes del cerebro se generan productos bioquímicos como los neurotransmisores, hormonas y feromonas que se liberan en el cerebro cuando nos enamoramos.

Desde la ciencia el amor se reduce a un mero fenómeno bioquímico. Así, en el estudio de la ciencia del amor, se ha llegado a hipotetizar que éste consta de tres etapas: el deseo, la atracción y el cariño, determinadas por la segregación de diferentes hormonas (Helen Fisher).

Desde la bioquímica, el enamoramiento es una forma de adicción donde, al igual que las drogas, inundan el cerebro con dopamina, provocando un círculo vicioso de euforia, deseo, dependencia y abstinencia (Centro de Neuroética de la Universidad de Oxford). El proceso del enamoramiento, de acuerdo con la explicación bioquímica, puede darse en cuestión de

segundos (el amor a primera vista). El cual en forma resumida se daría de la siguiente manera:

Al entrar en contacto con la persona sujeto y objeto de atracción, se liberan sustancias como la adrenalina, dopamina, serotonina, oxitocina y vasopresina, las cuales se liberan en el torrente sanguíneo. Esta liberación puede ser lenta o abundante en el torrente sanguíneo provocando que el corazón palpite con más frecuencia por efecto de la adrenalina. Por otro lado, la dopamina y la serotonina provocan un estado de satisfacción y placer que hacen centrar los pensamientos en la persona amada. Así sucede el “enamoramiento”.

Posteriormente la oxitocina y la vasopresina actúan haciendo más duradera esa emoción. Así, de una manera mecánica, la ciencia da una explicación del proceso del amor o enamoramiento.

Sin duda alguna el proceso del enamoramiento implica un proceso bioquímico, aunque sería una visión muy miope y reduccionista decir que esto explica al amor, como tampoco puede explicarse solo como un impulso sexual y de vida. El amor es eso y mucho más, es también, atendiendo a la religión, esa parte divina que nos asemeja con el Creador, aunque tiene también una parte mítica, mística e inexplicable a la luz del entendimiento humano. Quien lo ha experimentado sabe a lo que me refiero.

Pero el *amor* es más que un concepto, un sentimiento o una pulsión y no se limita solo al amor de pareja, implica el amor filial, paternal, el amor a los semejantes humanos y no humanos, así como a la naturaleza. El *amor*, por tanto, debe entenderse como una forma de vida. Me atrevo a decir que

3. CONTEXTO EN QUE LLEGA LA PANDEMIA

esta forma de vida es la que da sentido y la razón de ser a la existencia humana.

Una vez que hemos tenido un acercamiento a la complejidad del fenómeno conocido como *amor*, desde la religión, la filosofía, la psicología y la ciencia, invito a reflexionar sobre “el amor en tiempos del coronavirus”.

El encierro por la cuarentena en muchos casos se convirtió en una crisis del amor, aunque en otros fue una oportunidad de conocer y crecer a través del otro al predominar la visión del amor.

Teniendo como antecedentes las diferentes maneras de conocer y entender al fenómeno del amor, veamos cómo se expresa éste en los tiempos de crisis como la que vivimos con la pandemia del COVID-19.

El amor se menciona, es desinteresado, generoso, entregado. Ejemplos que certifican esta verdad son las cotidianidades en sus diferentes expresiones: amor de pareja, filial, altruista. Un ejemplo: hace años, durante un fuerte sismo, los miembros de una familia almorzaban cuando de pronto la tierra empezó a sacudirse violentamente. Todos buscaron la salida, se apretujaban en la puerta para salir primero. Mientras todos buscaban la salida, un hombre, con cara de angustia, trataba de ingresar. Empujó y entró corriendo hasta una de las recamaras. Su hijo estaba allí dormido, lo tomó en brazos y buscó la salida.

Alguien dijo: “que valentía entrar a sacar a su hijo en medio del temblor mientras todos salían”. La verdad no creo haya sido un acto de valentía, más bien fue un acto de absoluta generosidad, un acto de amor llevado al extremo bajo condiciones críticas.

A través de las redes se puede uno dar cuenta de cómo el distanciamiento social afecta la convivencia después de largos periodos. He leído “memes” jocosos como uno que decía: “¿el aislamiento significa encerrarme por semanas con un cuarentón?” También vi un video donde un hombre manda mensajes sigilosamente diciendo: “Auxilio, mi mujer me tiene haciendo los quehaceres de la casa y me tiene como objeto sexual”.

Al tiempo de estos memes jocosos, también nos enteramos por estos medios de cómo el encierro afecta la convivencia de parejas en forma negativa. Así, por ejemplo, las estadísticas muestran que la violencia intrafamiliar ha crecido. Es una verdadera crueldad vivir con el enemigo.

He leído estudios hechos en algunos países como España donde se anunciaba una oleada de divorcios sin precedente después del encierro forzoso de varios meses a causa de la pandemia. ¿El amor entra en crisis por la convivencia continua y permanente en espacios reducidos? ¿Tanta cercanía evidencia que somos unos desconocidos? ¿Nuestra naturaleza responde así ante situaciones de angustia y estrés constantes? Se pueden generar miles de preguntas para intentar explicar esta “crisis del amor” en tiempos del coronavirus.

En lo particular, creo lo que hace mucho tiempo aprendí: “un vaso con agua hasta la mitad puede verse de dos formas: medio lleno o medio vacío”. Depende de la perspectiva será la actitud ante un hecho. De aquí que un mismo fenómeno puede verse como una oportunidad o como una amenaza.

La convivencia diaria y permanente con quienes amamos nos conducen a conocer sus diferentes formas de ver, pensar

y actuar ante un hecho insólito, angustioso e incierto como el que vivimos. Convivir en estas circunstancias no es sencillo.

El amor implica entender al otro desde sus particulares perspectivas, “caminar desde sus sandalias”. Esta parte conocida como la “otredad” permite un mejor conocimiento de nosotros mismos a través del otro. Terminando por fundirse y entender que el otro soy yo.

Se que suena muy teórico y abstracto. Quisiera ejemplificar lo dicho: al ir conociendo o reconociendo al otro (pareja, hijos, padres...) con quien por necesidad estrechamos nuestra convivencia forzada por el COVID-19, al grado de perder espacios de comunicación con nosotros mismos, aparecen las “contradicciones” y de allí los conflictos.

Estas contradicciones pueden llevar a distanciamientos, maledicencias, enfados y más. Los gestos se vuelven adustos, la comunicación se limita, se interrumpe. El otro y yo entendemos e interpretamos las contradicciones desde nuestras perspectivas, desde nuestros temores, angustias y ponemos una barrera como autodefensa. Cuando el amor prevalece, el enojo, las actitudes de defensa del otro se pueden ver como lo que son: formas de preservar nuestra identidad, o como una expresión de temores no expresados.

Entender al otro así hace comprender nuestros temores, nuestras propias autodefensas. Una sonrisa sincera, una palabra atenta, una caricia, un “lo siento”, un abrazo, abren otra dimensión al conflicto, surge el diálogo, la mutua comprensión y todas las demás expresiones de cariño y amor que luchan por expresarse. El amor nos hace entendernos en el “otro” como nuestro espejo, como la otra parte de nuestro “yo”.

El COVID-19 nos puso a prueba, a una prueba de amor, que muchos superaron fortaleciendo su relación, aunque otros muchos no superaron la prueba lo cual se evidenció en una ola de divorcios que iba al parejo con la ola del COVID.

4. LA NUEVA NORMALIDAD

¿Cómo entender la “nueva normalidad”? concepto que se acuñó para establecer las nuevas condiciones de vivir en el planeta después de la pandemia del COVID-19. La pandemia vino a trastocar desde sus cimientos las estructuras sociales, económicas, jurídicas, científicas, culturales, paradigmáticas y espirituales. Los valores, las costumbres, las maneras de creer, ser y pensar prevalecientes evidenciaron su vulnerabilidad, pues no pudieron responder a la realidad de la pandemia.

Se hizo necesario minimizar la movilidad social, se estableció una cuarentena obligada que duró más de 100 días, al tiempo que se cerraron de manera parcial o total muchas actividades productivas y comerciales con consecuencias inéditas que repercutieron tanto en la macroeconomía como en los bolsillos de los ciudadanos. A estas alturas, los gobiernos del mundo veían como inminente riesgo el derrumbe de la economía mundial, tanto a nivel de las grandes empresas como en los bolsillos de las familias. Esto podría derivar en conflictos sociales de mayor impacto que el mismo COVID-19. Los gobiernos pensaron en una “nueva normalidad”.

Aunque la curva de infección seguía en ascenso, para evitar mayores problemas sociales, económicos y políticos a nivel local, regional, nacional y global, se construyen escenarios y condiciones de una “nueva normalidad”.

Antes de continuar veamos que se entiende como “normalidad” para comprender lo que es “la nueva normalidad”. La RAE da seis definiciones, de las cuales cuatro se refieren al tema en mención:

1. adj. Dicho de una cosa: Que se halla en su estado natural.
2. adj. Habitual u ordinario.
3. adj. Que sirve de norma o regla.
4. adj. Dicho de una cosa: Que, por su naturaleza, forma o magnitud, se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano.

A partir del “coronavirus”, se ha acuñado el concepto de “nueva normalidad” para significar el regreso a las actividades económicas y sociales por etapas, aunque no de la forma en la que estábamos acostumbrados. Al menos esto es lo que se desprende de los comunicados que hacía el gobierno a través de la Secretaria de Salud y sus informes diarios del estado que guardaba la pandemia en el país.

Debemos tener muy claro que la referencia a esta “nueva normalidad” se ubica en el ámbito de la actividad que la promueve, es decir, se refiere básicamente a la “nueva normalidad” en la economía. Como se menciona al inicio de este apartado, el impacto del coronavirus como pandemia no solo afectó la economía sino a todos los ámbitos de la actividad humana.

Por lo que la nueva normalidad se reconstruye a partir de la deconstrucción de la normalidad vigente hasta fines del 2019. La “nueva normalidad” tendrá que referirse a una “normalidad civilizacional” en la que incluya todas las actividades humanas.

Acudiendo a la historicidad, al hablar de nueva normalidad, estamos hablando literalmente de una nueva época histórica.

El COVID-19, se convirtió muy rápido en una pandemia. La rápida movilidad y la instantaneidad en las comunicaciones que se había constituido en una fortaleza y oportunidad conocida como “globalización”, ante el cabalgar de uno de los jinetes del apocalipsis, se convirtió en una amenaza y una debilidad.

El COVID-19 puso en cuarentena a las sociedades de todo el orbe, paralizando las actividades económicas y sociales “no esenciales” como una estrategia de frenar el avance de la infección a nivel global. Ninguna sociedad puede sostenerse sin la actividad social y económica. En México, la cuarentena tuvo más de tres meses de duración dejando sentir los estragos de esta parálisis tanto en la pequeña como en la mediana empresa, así como en los bolsillos del ciudadano común. Era necesario reiniciar actividades productivas. Volver a una “nueva normalidad”.

A partir de informes gubernamentales, de la OMS, de análisis de empresarios, pensadores, analistas, así como los nuestros, inferimos algunas características de la “nueva normalidad” en el ámbito económico.

Frente a un balance salud-economía, la segunda resultó prioritaria para la vida social y económica, por lo que, aún con los semáforos en naranja o incluso en rojo, se empezó abrir la economía bajo nuevas e inéditas reglas como una forma de ingresar a “la nueva normalidad”.

Sin tener una bola de cristal, pero acudiendo a las tendencias, los informes oficiales, los comunicados de la OMS, los análisis y propuestas de pequeños y medianos empresarios, así como las opiniones de analistas y los nuestros propios, hicimos un esbozo de cómo sería la “nueva normalidad” en la economía.

4. LA NUEVA NORMALIDAD

En términos generales se puede adelantar que el patrón de la “nueva normalidad” tendría que ver con dos criterios: la “cultura sanitaria” para evitar contagios y el retomar las “actividades esenciales” de la economía.

La administración federal propuso cuatro principios para la “nueva normalidad”: privilegiar la salud y la vida; una economía moral y eficiencia productiva; responsabilidad compartida (pública, privada y social), y la solidaridad y no discriminación.

En este contexto, en el ámbito económico, las ventas virtuales se vieron favorecidas; se privilegiaron desde los trabajos desde la casa (*home office*) cuando la naturaleza de la actividad económica lo permitiera.

El sector terciario (hotelería, esparcimiento, transporte, turismo), que previo al COVID -19, fue la más favorecida por las políticas y los recursos, al grado de que en este sector se ubicaba más del 50 por ciento de la PEA (Población Económicamente Activa). Bajo la lógica de la “nueva normalidad”, el sector terciario vería disminuida su actividad toda vez que no se ubica dentro de las actividades “esenciales”, además de que, al disminuir los usuarios, los costos se ajustarían al alza.

El turismo, como lo entendimos, bajo la normalidad previa al COVID-19, era una actividad cada vez más elitista. Una oportunidad después de la crisis vivida es la posibilidad de una reconversión hacia el turismo ecológico y social, tanto por el “distanciamiento” como por un menor costo.

La pandemia puso en evidencia que algunas actividades como las del sector primario, el de sanidad y la salud deben ser prioritarias por obvias razones. La producción de alimentos debiese favorecerse con más inversión y políticas fiscales que las

estimulen toda vez que esta actividad ha sido y seguirá siendo esencial. Con la nueva normalidad es deseable que se privilegie la producción de alimentos sanos, inocuos, limpios y de manera sustentable.

El Gobierno Federal propuso, para el inicio de la nueva normalidad, la capacitación obligatoria en temas de seguridad en el ambiente laboral, la readecuación de espacios y procesos productivos (sana distancia, filtros de ingreso, la sanitización de áreas de trabajo, etcétera). Estas medidas estarán vigentes al menos hasta en tanto se tuviera una vacuna que inmunice.

Atendiendo a la lógica del equilibrio en la naturaleza, sabemos que ésta busca mecanismos que regulen los crecimientos de las poblaciones cuando rebasan los límites de sostenibilidad del planeta. La población humana ha crecido logarítmicamente cuadruplicando su población en menos de 100 años. Algunos investigadores estiman que la pandemia del COVID-19 es solo la punta del “iceberg” por lo que, “la nueva normalidad” sería la nueva cultura con la que tendremos que vivir.

¿Cómo será la nueva sociedad y cuáles serán los patrones culturales en “la nueva normalidad” a partir de las enseñanzas del COVID-19? Algunos pensadores consideran que después de la pandemia, en “la nueva normalidad” seremos más “resilientes”; es decir, “con más capacidad de vivir una experiencia traumática, superarla y salir, además con más aprendizajes y recursos”.

Por lo que “la nueva normalidad” más que, como una amenaza, debe verse como una oportunidad de reflexionar y repensar nuestro actuar y la forma como nos relacionamos con el medio y con los otros vivientes (humanos y no humanos). “La nueva normalidad” puede verse como amenaza y debilidad o

bien como una oportunidad y una fortaleza para la construcción de una historia donde se privilegie la solidaridad humana, la armonía con la naturaleza, el desarrollo humano.

La historia ha evidenciado que la oportunidad de construir una mejor sociedad se da después de las crisis, toda vez que es el momento más propicio para reflexionar sobre nuestro actuar y de allí reconfigurar la historia.

Durante las crisis la creatividad se acentúa para salir de éstas y mejorar. “La nueva normalidad” es una oportunidad de construir una sociedad solidaria, justa, equitativa, honesta, incluyente, tolerante, pacífica y en armonía con la naturaleza. Las ideas aquí expresadas son una visión positivista de quien ve el vaso medio lleno en lugar de verlo medio vacío. Considero que la construcción de “la nueva normalidad” es la oportunidad de arribar a una nueva sociedad más vivible, más humana. Creo firmemente en la posibilidad de la construcción de esta utopía.

Antes de continuar es necesario tener un consenso sobre lo que se debe entender como “nueva normalidad”. La RAE da la siguiente definición de normalidad: “Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.”.

La cultura por otro lado implica la sumatoria de bienes materiales e inmateriales de un grupo social que orientan el pensar y el actuar social e individual. Entre los bienes inmateriales se incluye la lengua, las formas de pensar, creer y de relacionarse con el mundo, los valores, costumbres, tradiciones, arquetipos, así como la suma de los saberes científicos y tradicionales que se heredan de generación en generación.

Hasta antes del COVID-19 en el concepto de “cultura” se implicaba una contradicción ante la naturaleza. Hasta antes de la pandemia, a través de un consumismo patológico, se dio un divorcio con la naturaleza que llevó a una depredación tal que ha puesto en peligro la vida misma del planeta. Para los antiguos griego y latinos, la cultura tenía el sentido de una armonía con la naturaleza.

Si asumimos las enseñanzas de la pandemia, éstas nos darían oportunidad de reflexionar y repensar nuestro actuar, para construir una sociedad más solidaria, la cultura de “la nueva normalidad” debería tener entre sus componentes la alteridad. Los pensadores contemporáneos consideran que el nuevo concepto de cultura deberá ser desde una nueva visión del mundo desde la perspectiva del otro.

Por lo que creo que en la construcción de “la nueva normalidad” deberán estar presentes dos componentes: 1. La armonía con la naturaleza y 2. La alteridad entendida como el entendimiento del mundo desde la perspectiva del otro, como un espejo de nosotros mismos.

4.1. Educación en un mundo emergente

El COVID-19 también vino a poner en evidencia no solo la forma, los contenidos y las estrategias de la educación sino sobre todo su finalidad, sus propósitos y su historicidad. Algunos pensadores, pedagogos y filósofos antes del coronavirus venían haciendo ya algunas propuestas emergentes que hoy, en la nueva normalidad, son más que pertinentes por lo que en la tarea de repensar la educación presento las siguientes reflexiones:

Hace casi 20 años la UNESCO, a través de Edgar Morin, propuso *Los Siete Saberes Necesarios para la Educación del Futuro* que debería tener la educación del futuro.

Para entrar en un análisis de cómo podría o debería ser la educación después del “coronavirus”, me voy a referir a un documento de la UNESCO firmado por Edgar Morin: “los siete saberes de la educación del futuro”. Edgar Morin plantea “siete saberes” fundamentales para la educación del futuro que debieran asumirse en cualquier cultura, en cualquier lugar del mundo. Enunciamos a continuación estos siete saberes:

1. “Reconocer la ceguera del conocimiento: el error y la ilusión”. En términos más coloquiales, el título hace referencia a la conciencia de la falibilidad de todos los constructos humanos, entre ellos el conocimiento y la ciencia. El autor asevera que la educación deberá mostrar que “no hay conocimiento que no esté, en algún grado, amenazado por el error y por la ilusión, toda vez que un conocimiento no es el espejo de las cosas o del mundo exterior”.

Afirma, por otro lado, que las teorías son el fruto de una traducción y reconstrucción de nuestras percepciones, por lo que las ideas o teorías no solo están sujetas al error, sino que también protegen errores inscritos en ellos.

En otras palabras, podemos entender que con interpretaciones diferentes se pueden generar teorías distintas, e incluso antagónicas a las vigentes. Por lo que con razón se dice que las “teorías tienen fecha de caducidad”.

Si no estamos conscientes del error y la ilusión del conocimiento, lo “inesperado” nos sorprenderá “porque nos hemos instalado con gran seguridad en nuestras teorías, en nuestras

ideas y, éstas no tienen ninguna estructura para acoger lo nuevo” asevera Morin.

Por lo que debemos estar preparados siempre para nuevas teorías, paradigmas, nuevos retos que plantea la realidad a la que no siempre podrán responder las teorías o los paradigmas científicos vigentes. La pandemia del COVID-19 es una muestra más que evidente de esto.

Thomas Kuhn, en su obra *Estructura de las revoluciones científicas*, nos muestra que cuando los paradigmas, las teorías no pueden ya responder a la realidad, el conocimiento se hace vulnerable, surgen las “revoluciones científicas” con nuevas formas de pensar, de entender la realidad.

Por otro lado, Morin menciona que “la racionalidad es el mejor pretil contra el error y la ilusión”, aunque en ocasiones la racionalidad se llega a pervertir en “racionalización”. “La racionalización se cree racional porque constituye un sistema lógico perfecto basado en la deducción o la inducción; pero ella se funda sobre bases mutiladas o falsas y se niega a la discusión de argumentos y a la verificación empírica” nos dice el autor.

Morin menciona que la racionalidad se ha pervertido y se ha convertido en un racionalismo que ignora los seres, la subjetividad, la afectividad, toda vez que la racionalidad debe reconocer el afecto, el amor, el arrepentimiento. Es decir, la racionalidad debe contemplar el componente humano que ha sido el talón de Aquiles del pensamiento cartesiano.

“La verdadera racionalidad conoce los límites de la lógica, del determinismo, del mecanismo”. Por lo que la racionalidad, al pervertirse en racionalización es otro componente de la ceguera, del conocimiento que conduce al error y la ilusión.

Por otro lado, explica que las creencias y las ideas, aunque son productos de la mente, también son seres mentales que tienen vida y poder que pueden poseer y domesticar a los individuos y las sociedades.

Por estas razones, entre otras que cita en su trabajo, Morin considera que, en la educación del futuro, se debe estar consciente de los engaños a que puede conducir el conocimiento por lo que hay que estar siempre preparados para no caer en la ilusión y el error del conocimiento.

En el contexto de la complejidad, Morin propone como segundo conocimiento para la educación del futuro, “los principios de un conocimiento pertinente”. Al considerar cómo articular y organizar los conocimientos que reconozcan los problemas del mundo, hace el siguiente cuestionamiento: ¿cómo percibir y concebir el Contexto, lo global, lo multidimensional, lo complejo?

Estas preguntas surgen ante la disyuntiva actual de una educación que imparte saberes divididos, compartimentados y una realidad que presenta problemas cada vez más multidisciplinares, transversales, multidimensionales, transnacionales, globales, planetarios.

En su trabajo, Morin afirma que para tener una educación que responda a la complejidad se requiere de una educación que considere tres componentes de la realidad o las realidades:

- a. El contexto. Una palabra, para que tenga sentido, debe ubicarse en un contexto. Por ejemplo, la palabra amor cambia su sentido en un contexto religioso a un profano.

- b. Lo multidimensional. Las unidades complejas, como el ser humano o la sociedad, son multidimensionales; así el ser humano es a la vez biológico, psíquico, social, afectivo, racional. Las sociedades comportan dimensiones históricas, económicas, sociológicas, religiosas...
- c. Lo complejo. En la complejidad los elementos diferentes que constituyen un todo (como el económico, el político, el sociológico, el psicológico, el afectivo, el mitológico) son inseparables en las sociedades.

El autor nos deja entender que la educación debe superar los saberes y conocimientos dispersos, desunidos, generados por una educación que ha privilegiado “la especialización que a menudo quebranta los contextos, las globalidades y las complejidades”.

Morín afirma que (la educación actual) ha dislocado lo humano; así su dimensión biológica, incluyendo el cerebro, está encerrada en los departamentos biológicos; en tanto que sus dimensiones psíquicas, social, religiosa, económica están relegadas y separadas en los departamentos de las ciencias humanas, la literatura y la poesía. No es posible que la educación siga con la inercia de la “disyunción entre las humanidades y las ciencias y la separación de las ciencias en disciplinas hiperespecializadas concentradas en sí mismas”.

Morin recalca que la inteligencia parcelada, compartimentada, mecanicista, disyuntiva, reduccionista, rompe lo complejo del mundo en fragmentos separados, fracciona los problemas, separa lo que está unido.

Por estas y muchas otras razones nos enseña Morin que en el contexto de la “nueva normalidad para la educación”, será requisito “*sine que non*”, el conocimiento pertinente que reconozca el contexto, la multidimensionalidad y la complejidad de la realidad.

Lo humano, su naturaleza, potenciales y su desarrollo, deberá ser otro de los componentes de la educación en “la nueva normalidad”. Morin afirma que la educación del futuro deberá estar centrada en la condición humana, reconociendo lo común de la humanidad, así como la diversidad cultural inherente a lo humano y recalca que “conocer lo humano” es situarlo en el universo al tiempo que separarlo de él.

Reitero la posición que he asumido sobre la concepción de lo humano, desligándola de la idea antropocéntrica que posiciona al humano como centro y dominador de la creación, pues asumo, bajo el concepto del “hombre especie”, que el hombre, el humano, es una especie más que habita un espacio común, la Tierra.

Morin considera que hablar de lo humano significa ubicarlo en el planeta y en el universo toda vez que el humano es parte del planeta, pero jamás separado y me atrevería a agregar que tampoco bajo un malentendido antropocentrismo donde la naturaleza está bajo su dominio.

Este filósofo asevera que no es posible concebir la unidad compleja de lo humano con un pensamiento disyuntivo que separa la materia física del espíritu, pues ambos son componentes de lo humano. Por lo que el concepto de hombre tiene un doble principio: un principio biofísico y otro psico-sociocultural.

En su obra, Morin analiza el posible origen de la vida desde la lógica físico-cósmica, la génesis y desarrollo del hombre desde un enfoque químico biológico hasta arribar a la compleja evolución del homínido. El homínido después de un (largo) proceso social espiritual se humaniza, afirma el autor para en seguida hacer un análisis conceptual de qué es “lo humano de lo humano” partiendo de una premisa: la “unidualidad de lo humano”, es decir, para hablar y entender “lo humano de lo humano” se deber partir de la idea de que éste “es un ser plenamente biológico y cultural”.

Desde lo biológico puede expresar “de manera hipertrofiada las cualidades egocéntricas y altruistas del individuo, alcanza paroxismos de vida en el éxtasis; es en esta hiper vitalidad que el homo sapiens es también “homo demens” sostiene Morin.

Luego afirma este autor que “El hombre es pues un ser plenamente biológico, pero si no dispusiera plenamente de la cultura sería un primate del más bajo rango”. De aquí que lo humano, Morin lo explica a través de una triada bioantropológica, cerebro-mente-cultura. A su vez el cerebro también tiene una triada: razón-afecto-impulso que es resultado de las etapas evolutivas donde se integra la animalidad y finalmente un proceso de humanización del homínido.

Finalmente explica que hay una relación de triada: individuo sociedad y especie donde se dan interacciones entre individuos que producen la sociedad y ésta sobre los individuos por la misma cultura.

En un intento de síntesis, podemos decir que en la complejidad de lo que se conoce como humano, interactúan de manera complementaria, sinérgica o antagónica como componentes de

lo humano, la parte animal, la razón y el espíritu. Por lo que enseñar lo humano, su naturaleza, sus potenciales, su desarrollo, deberá ser otro de los saberes del futuro, es decir deberá ser uno de los componentes de la educación en la “nueva normalidad” después del “coronavirus”.

4.2. Una educación de calidad en la nueva normalidad

En el contexto del cambio de época y de la “nueva normalidad” que hoy vive la humanidad, la educación estará en coincidencia con la visión del mundo que prevalezca en la nueva época histórica. La humanidad vive la génesis de un “cambio de época”, lo cual se manifiesta en cambios drásticos en todas las construcciones sociales del hombre. El rumbo de la educación en la nueva época histórica estará en función de la visión del mundo que se adopte. De Souza Silva asume tres visiones para la educación:

La visión mecánica asume una educación “racionalista” en la que se educa para alienar a los ciudadanos “adiestrados” como “recursos humanos”, como piezas del engranaje productivo. La educación bajo esta visión no tiene espacio para la dimensión emocional, ecológica ni la social.

La visión económica concibe a la educación como un proceso de domesticación de ciudadanos “capacitados” para ejercer diferentes roles económicos. Los egresados, en su rol de “productos”, se consideran como “capital humano”.

La visión holística entiende a la educación como sinónimo de transformación. Los estudiantes, bajo esta visión, se forman como “talentos humanos”. Yo agregaría que es bajo

el contexto de la visión holística se hacen ciertos los objetivos que propone la UNESCO para la educación: “aprender a conocer”, “aprender a hacer”, “aprender a convivir”, todo lo cual se sintetiza en “aprender a ser”.

Estos objetivos integran tanto el componente de conocimientos que ha prevalecido en la educación superior como también otros componentes, como habilidades motrices, actitudes, valores y aptitudes emocionales con miras a una formación integral como humanos que han sido relegados a un segundo término en la educación escolar.

Bajo este contexto, es impostergable repensar la educación, ajustar sus modelos educativos con pertinencia a la nueva normalidad; redefinir la concepción de educación, su misión y visión en función de la construcción de una nueva utopía social, asumiendo como reto la “educación de calidad” que es un concepto social dinámico y en permanente construcción.

Por tanto, el concepto tiene diferentes enfoques y definiciones. No es posible construir calidad de la educación en abstracto, necesariamente debe vincularse a una sociedad concreta. La calidad de la educación debe contextualizarse en el marco de las realidades nacionales, regionales y locales. La calidad como construcción histórico-social adquiere significado y pertinencia en la medida que se contextualiza.

Son las condiciones históricas, geográficas y sociales del país las que definen el concepto de calidad, es decir definen el por qué, el cómo y para quien es la calidad la cual adquiere significado en la medida que ésta responde a los retos que se presentan para el desarrollo del país en sus diferentes ámbitos.

4.3. Repensando los objetivos de la educación

En el momento histórico que vivimos es impostergable repensar los objetivos de la educación, de suerte que ésta sea pertinente a los problemas y el contexto del nuevo milenio. Federico Mayor, director general de la UNESCO, al referirse a las incertidumbres del futuro, asume la construcción de un futuro viable donde la clave sean la democracia, la justicia social, la paz y la armonía con nuestro entorno para lo cual propone reformas en la educación con una mirada a largo plazo.

Bajo este orden de ideas nos preguntamos: ¿Cuáles son los enfoques de la educación superior en México? Ornelas Delgado en el 2004, explicaba la existencia de dos enfoques: “el social” o “populista” y el “modernista” o “productivista”.

“El social” pone énfasis en el carácter social de la educación, no sólo en la función reproductora y conservadora, por lo que asume que la educación es un instrumento para el desarrollo de la sociedad. La calidad bajo este enfoque se traduce en la mayor pertinencia con las necesidades de los sectores mayoritarios de la sociedad. Desarrolla en el estudiante la responsabilidad social, la satisfacción de necesidades prioritarias, la solidaridad social y ambiental, así como la formación de ciudadanos críticos, reflexivos y nacionalistas.

“La modernista” dice Ornelas, se define como racional y eficaz en la distribución de recursos y responde a las necesidades del mercado de trabajo. Liga la enseñanza superior con las funciones productivas. La calidad, por tanto, se da a través de la mayor conectividad con los procesos productivos.

Quienes hemos trabajado por décadas en Instituciones de Educación Superior (IES), sabemos que la formación de los nuevos profesionales ha privilegiado la pertinencia y respuesta a los requerimientos del aparato productivo.

Desde la visión contextual del mundo, la educación no puede responder sólo al aparato productivo. La educación del tercer milenio debe responder a las necesidades sociales y por tanto a la construcción de una sociedad más vivible, más justa, equitativa, sustentable y en paz. Por lo que la educación debe tener como uno de sus objetivos la formación integral del estudiante.

En la visión contextual del mundo, José de Souza en el 2002, considera una serie de características que definen la generación del conocimiento que pueden considerarse como criterios en la redefinición de los objetivos de la educación y de sus funciones:

De Souza Silva asume que los objetivos de la educación no solo tienen una dimensión práctica, sino también la dimensión ética. Lo cual implica el conocimiento complejo en el contexto de la dinámica de problemas actuales (cambiantes) y en los problemas futuros (en construcción).

De aquí que debe prevalecer un pensamiento transdisciplinar que interactúe entre disciplinas, como entre conocimientos el científico (codificado) y el conocimiento local (los saberes).

Los nuevos enfoques para la construcción del conocimiento enfatizan la importancia del contexto y la generación de nuevas estrategias por lo que, entre los retos de las universidades, está el construir un conocimiento que vincule la academia con la sociedad y con su tiempo.

4.4. Estrategias para una educación de calidad

La calidad en la educación es un requisito indispensable para la formación de los estudiantes que no solo aplica para un mercado laboral, sino sobre todo para la formación de seres humanos en su sentido más amplio.

Hace algún tiempo, en un ejercicio académico colegiado, presentamos una serie de reflexiones para la mejora de la calidad de la educación agrícola superior, que considero son pertinentes para cualquier eje disciplinar en el nivel de la educación superior.

Las estrategias propuestas en ese trabajo surgieron tanto del consenso de un claustro de profesores, sustentados en buena medida en los planteamientos filosóficos de E. Morin, la UNESCO, así como en los nuevos marcos teóricos y paradigmas de la educación en los albores del tercer milenio.

La transdisciplina

Una estrategia es la “transdisciplina”. La universidad napoleónica dejó atrás el enciclopedismo y privilegió la parcialización, la fragmentación del conocimiento, dando lugar a la formación disciplinar y la especialización.

En la universidad napoleónica, que es la que ha privado en México, los fenómenos se ven desde el enfoque de disciplinas, por ejemplo, un problema de producción agrícola se ve desde su genética o desde su fisiología o de la relación con el suelo y el clima, o bien desde los parásitos o las enfermedades, la economía,

la sociología, etcétera, son muchas las disciplinas para abordar el tema.

En un tratamiento disciplinar se pierde de vista la dimensión global de los problemas que son holísticos y orgánicos (lo que afecta a una parte del organismo afecta a toda la unidad). Se puede decir bajo el lenguaje popular “se ven los árboles y se deja de ver el bosque”

Lo cierto es que la realidad es compleja y orgánica, no fragmentada. Así, por ejemplo, cuando se pretende abordar la actividad agrícola, es necesario no solo contemplar el factor genético que determina el potencial de rendimiento sino también los factores que propician la expresión de dicho potencial tales como el factor climático con sus elementos de temperatura, humedad, vientos y presión atmosférica; el factor edáfico en sus aspectos físicos y químicos; el factor biótico y sus componentes, malezas, plagas y enfermedades y también los factores social, económico, cultural e histórico, entre otras muchas variables.

Por lo que algunos pensadores como Edgar Morin, consideran la necesidad de la “transdisciplina”, es decir un dialogo entre las disciplinas donde estas pierden su identidad en una visión integral de los fenómenos.

Una estrategia con miras a la “transdisciplina” se puede dar a través de planes de estudio con generalización de conocimientos que sustituya a la especialización temprana para así responder a una realidad diversificada, compleja y unitaria. La realidad requiere conocimientos integrales con una visión holística y orgánica.

En el contexto histórico y cultural en que vivimos, donde priva la complejidad de los fenómenos, la “transdisciplina” debe

entenderse como un “diálogo de saberes”, el cual va más allá del diálogo “transdisciplinar” pues el diálogo de saberes involucra a los “saberes locales” con los que nuestros ancestros respondían, y aun responden a los problemas cotidianos.

El estudiante deber tener claro que, en la realidad, los problemas son complejos y orgánicos y para instrumentarse académicamente para su solución, es necesario un equilibrio entre las disciplinas de especialización junto con las socioeconómicas y humanistas en los planes de estudios, en especial en los primeros semestres curriculares.

La “flexibilidad” como estrategia.

Una estrategia que debiera contemplarse en la calidad educativa superior es la “flexibilidad” de los programas para que el alumno sea el protagonista y se comprometa con su formación profesional.

La flexibilidad deberá comprender tanto los contenidos como los tiempos y espacios. La evolución de los sistemas educativos después de la pandemia debe tener entre sus características modelos flexibles que se adapten a las condiciones de un aprendizaje individualizado.

La flexibilidad permite “construir” programas de estudio con enfoque en un área específica del conocimiento acorde al interés de cada estudiante, donde éste es quien participa y se compromete en la “construcción” de su formación académica.

Con un plan “flexible” el estudiante marca sus tiempos y metas de acuerdo con sus necesidades y tiene la opción de concluir los créditos en un periodo de tres a cinco años. La flexi-

bilidad deberá permitir acumular créditos tanto dentro y fuera de la institución.

Aprender haciendo

Otra de las estrategias para mejora de la calidad de los futuros profesionales lo marca la UNESCO como uno de los cuatro pilares de la educación: “aprender haciendo”. En la práctica esto se puede lograr si los programas de estudio contemplan al menos un 50 por ciento de actividades de carácter práctico, realizadas preferentemente en lo que será el ámbito laboral.

La propuesta pedagógica es el equilibrio de la teoría con la práctica. Por lo que las horas de práctica deben quedar explícitas en los contenidos curriculares y con igual valor en la calificación que el contenido teórico.

Se sugiere también que el contenido práctico de los créditos del programa pueda cumplirse a través de estancias en los ámbitos de su futura actividad profesional.

Los “espacios clínicos” que es un requisito “*sine qua non*”, de quienes estudian en el ámbito del sector salud es un ejemplo claro de la estrategia “aprender haciendo”, que debiera generalizarse con las características específicas “*sui generis*” de cada ámbito profesional.

El autoestudio es un instrumento que no se contempla sistemáticamente en los planes curriculares. Históricamente han acudido al “autoestudio” autodidactas que no tienen oportunidad de acudir a un aula. Hoy se constituye como una estrategia de mejora de la calidad educativa.

En la llamada Declaración Delors, de la UNESCO (1996): *“La educación encierra un tesoro”* se dan a conocer los cuatro pilares para la educación del siglo XXI. Uno de estos pilares es el “aprender a aprender”. Para hacer realidad este objetivo y mejorar la calidad de la educación se debe privilegiar y fomentar el “autoestudio”.

Aunque las redes electrónicas que se han globalizado geográfica, social y culturalmente en el mundo han privilegiado una información icónica, gráfica, y con mensajes cortos y superficiales, será necesario romper algunas inercias de la modernidad para volver los ojos a la lectura, al estudio.

El estudio y la lectura han sido instrumentos para incursionar en las profundidades del pensamiento y arribar al análisis y la reflexión transformadora. Por lo que el “autoestudio” hoy en día se constituye en una herramienta pertinente para mejorar la calidad de la educación.

En los inicios del tercer milenio, se requiere responder a los cambios vertiginosos en materia de ciencia y tecnología que rebasan rápidamente las técnicas y conocimientos actuales, haciéndolos obsoletos. Lo que implica la formación permanente y la actualización, por lo que es necesario el desarrollo de las capacidades y habilidades de “aprender a aprender para toda la vida”, como se menciona en el ya citado informe “Delors”.

Vinculación investigación-docencia.

La vinculación de la investigación científica con las actividades académicas es una manera de elevar la calidad educativa a través del “tutoraje” y el acompañamiento directo de los expertos,

los investigadores con los estudiantes. Este acompañamiento facilita el aprendizaje y la formación en los procesos, así como la dinámica de la investigación y del conocimiento.

El acompañamiento en la educación es una forma de mejorar la calidad de la educación. Este sistema de “tutoraje”, por cierto, a través de mis investigaciones en comunidades rurales pude identificar que es la forma de educación que prevalece en las comunidades rurales de México.

En la década de los años 60, del siglo pasado, se divulgaron en Latinoamérica los trabajos de Lev Vygotsky (1896-1934) cuya tesis sustenta que el entorno sociocultural es determinante en el desarrollo cognitivo. Es decir, la educación se entiende como un proceso colaborativo de la sociedad. Vygotsky concretiza estas ideas en lo que él denomina como Zona de Desarrollo próximo (ZDP).

De manera muy sintética la tesis del ZDP sostiene que el desarrollo cognitivo y la formación se generan a través del apoyo, la colaboración que prestan los compañeros más avanzados, los adultos o los tutores, direccionando y apuntalando el proceso de aprendizaje.

Esta teoría ha dado lugar en nuestro sistema educativo al concepto de “tutorías” como una estrategia para la mejora de la calidad educativa, aunque aún no ha permeado completamente en el sistema educativo y los protagonistas, los profesores, muchas veces lo entienden como una acción administrativa más a cumplir.

En la investigación científica, este proceso “tutorial” de acompañamiento y formación de los candidatos a investigador, se lleva a cabo en los laboratorios y en el campo desde hace mu-

cho tiempo. Los investigadores tradicionalmente eligen ayudantes, estudiantes o tesisas que se van formando y aprendiendo en los bagajes de la investigación bajo la custodia y tutoría del investigador. Sin embargo, esto es un proceso que se da a muy baja escala, pues son pocos los estudiantes que trabajan bajo la tutela de un investigador.

Es oportuno mencionar que la mayor parte de la investigación científica que se hace en el país se realiza en las universidades y que CONACYT es la institución que genera las políticas y finanzas de investigaciones en las universidades.

Los responsables de realizar esta función sustantiva de la universidad, los investigadores, hacen esfuerzos individuales para alcanzar y mantenerse en el Sistema Nacional de Investigadores “SNI”, Becas al desempeño, pero no tienen como prioritaria la actividad tutorial.

En las políticas de apoyo a los investigadores, a través del Sistema Nacional de Investigadores, la vinculación investigación-docencia tiene poca relevancia. La mayor carga crediticia para el ingreso al SNI y su permanencia se da por otros elementos, tales como las publicaciones científicas en revistas especializadas.

Es necesario que, en las políticas de CONACYT para financiar proyectos, el ingreso y permanencia en el SNI, se privilegie de manera sistemática y generalizada la vinculación directa de la investigación con la academia.

Pertinencia y Formación de valores.

El incluir en el currículum académico del nivel superior programas y contenidos acordes con las necesidades y prioridades nacionales, se constituye como una estrategia institucional para mejorar la calidad de la educación superior. La pertinencia es un requisito para la calidad, partiendo de la premisa que no puede haber calidad sin pertinencia

Es importante aclarar primero a qué nos referimos con el concepto “pertinencia” en la educación. Su origen etimológico proviene del vocablo latino “*pertinens*” que significa pertenecer, concernir. La Real Academia Española da tres definiciones de esta palabra:

1. adj. Perteneciente o correspondiente a algo.
2. adj. Que viene a propósito.
3. adj. Der. Conducente o concerniente al pleito.

La pertinencia de la educación se relaciona con las respuestas que se da a los problemas concretos de la sociedad a través de la educación. Así, por ejemplo, un conocimiento pertinente para una comunidad rural será aquel que le permita resolver sus problemas de producción, alimentación, salud, etcétera bajo un contexto específico conformado por su cultura, cosmovisión, saberes.

Por lo que, en la creación o revisión de los programas de estudio a través de figuras institucionales colegiadas como academias de área, se debe tener una vinculación estrecha con los protagonistas de la realidad nacional, es decir, con los usuarios y demandantes de los futuros profesionales del país

entendiendo en esto no solo a los empleadores sino también a los protagonistas sociales.

La intención es que los programas de enseñanza superior tengan contenidos con más significado y “pertinencia” para responder a las necesidades sentidas de nuestro país en sus diferentes escenarios bajo un paradigma de sustentabilidad.

La “pertinencia” de los programas debe preocupar a los organismos responsables de la educación superior. Estos organismos deben instrumentar mecanismos para que, en la evaluación y certificación de los programas, sea un requisito “la pertinencia” de los programas con la realidad nacional.

La formación de valores

Por otro lado, una estrategia para la mejora de la calidad en la educación superior tiene que ver con dos de los pilares de la UNESCO para la educación del milenio: “aprender a ser” y “aprender a convivir”, nos referimos a la formación de “valores”.

Se comparte la idea de que una educación de calidad debe buscar la formación integral del estudiante en todas sus dimensiones: cognoscitivas, afectivas, actitudinales y de valores.

“La formación de valores” es otra importante estrategia que incide en la mejora de la calidad educativa en general y de la educación superior en particular. Sin embargo, resulta difícil de explicitar y en su caso evaluar en un plan de estudios si partimos de la premisa de que los valores y las actitudes no se enseñan, se practican y como decían mis ancestros: “Se enseñan con el ejemplo”.

Se propone fomentar valores universitarios o universales tales como la tolerancia, la responsabilidad, la puntualidad, la justicia, la equidad, la solidaridad, la libertad, la democracia y la paz, y actitudes como iniciativa, respeto al medio, la creatividad, el trabajo en grupo etc.

La “calidad” como construcción histórica y social es un concepto que requiere contextualizarse históricamente en un tiempo y un espacio para darle significado y pertinencia. Por lo que es el contexto económico, social y cultural el que define la calidad educativa superior, es decir, definen para qué y para quien la calidad.

En este contexto, la calidad en la educación Superior adquiere significado en la medida que responde a los retos que se presentan para el desarrollo del país. La calidad de la educación superior responderá, por tanto, a los mismos retos que presenta la problemática nacional en sus diferentes escenarios.

4.5. Cuatro pilares de la educación

La educación comprende la formación integral de los seres humanos. La educación formal (la escuela) ha privilegiado el aprender a conocer el bagaje cultural de la humanidad que es un bien social. Este bagaje se ha organizado en disciplinas. Sin embargo, pensadores contemporáneos consideran que la educación tiene que ver, sobre todo, con todo el desarrollo del “*ser*”.

Al buscar una definición y/o conceptualización del vocablo “educación” encontramos múltiples connotaciones que van desde las más simplistas como las de la Real Academia Española que la define como:

4. LA NUEVA NORMALIDAD

1. f. Acción y efecto de educar.
2. f. Crianza, enseñanza y doctrina que se da a los jóvenes.
3. f. Instrucción por medio de la acción docente.
4. .f. Cortesía, urbanidad.

Por lo limitado de estas definiciones, incursionamos en la búsqueda del constructo “educación” que han hecho algunos estudiosos del tema:

Julián Pérez Porto afirma que “La educación es un proceso de socialización de los individuos. Al educarse, una persona asimila y aprende conocimientos. La educación implica la concienciación cultural y conductual, donde las nuevas generaciones adquieren los modos de ser de generaciones anteriores”.

“Educación, se entiende como la Formación destinada a desarrollar la capacidad intelectual, moral y afectiva de las personas de acuerdo con la cultura y las normas de convivencia de la sociedad a la que pertenecen” sostiene un colectivo académico.

Anibal León por su parte sostiene que la Educación es la formación para inquirir y buscar con sabiduría e inteligencia, aumentar el saber, dar sagacidad al pensamiento, aprender de la experiencia, aprender de otros. Es el intento humano más importante para transformarse y mantenerse unidos siendo parte uno del otro en la estructura de la cultura”.

La UNESCO, líder mundial en materia de educación, considera en la Declaración de Buenos Aires (2017), que la educación debe contribuir a la eliminación de la pobreza, la reducción de las inequidades y el cuidado del medioambiente a través de una educación de calidad inclusiva y el aprendizaje a lo largo de la vida.

De lo anterior, se desprende que la educación implica dos tipos de formaciones: una para la adquisición de conocimientos acumulados históricamente por la sociedad, y la otra para formar en valores y cultura para la vida. De aquí que podemos afirmar que la educación tiene dos grandes enfoques, uno formal (escolar) y otro informal (social y familiar).

Tradicionalmente la escuela ha fomentado la instrucción y adquisición de conocimientos, casi siempre con una finalidad utilitaria, es decir para el trabajo, lo cual es la prioridad de la actual educación formal.

La parte formativa en valores culturales regionales y universales como la justicia, la equidad, la solidaridad, el respeto a los semejantes y al medio, etcétera, se dejaba a la familia. Este binomio funcionó relativamente bien hasta los años 60 del siglo pasado.

Quienes rebasamos más del medio siglo, recordamos como en la familia, nuestros mayores, pero en especial nuestras madres, nos inculcaban valores como el respeto a los semejantes, en especial a los mayores y a la naturaleza; la honradez, la disciplina, la solidaridad, el cariño a la tierra, el mantenimiento de nuestras tradiciones y cultura, etc.

En la escuela se enseñaba a conocer el bagaje científico y cultural universal a través de disciplinas como geografía, historia, civismo, matemáticas, español, la biología, etcétera. En niveles superiores la educación formal adquiere un enfoque utilitario a través de la formación para el trabajo.

La UNESCO, al reflexionar sobre la educación del tercer milenio, considera que ésta no solo debe servir para el conocimiento de las experiencias sociales expresadas en las dife-

rentes disciplinas, así como el saber hacer, sino que tiene como prioridad la formación para el desarrollo integral del ser humano.

La UNESCO desglosa el espíritu de los cuatro pilares de la educación de la siguiente manera:

Aprender a conocer.

“Aprender a conocer” es el primer “pilar de la educación” a que hace referencia la UNESCO. Aunque la idea es más bien, aprender a aprender para toda la vida. Este es el primer “pilar de la educación” que se enuncia en el informe *La educación encierra un tesoro* que coordinó Jaques Delors en 1994.

Vale la pena considerar que el espíritu de la educación tiene que ver con sus raíces etimológicas provenientes del latín: “*educere*” (guiar, conducir) y “*educare*” (formar, instruir). Al respecto de su etimología, Elena Martín Cabañas analiza lo siguiente:

Educere: “implica la acción del docente al apoyar la construcción del aprendizaje propio del alumno. Es importante señalar que cada individuo aprende de manera particular”.

La anterior afirmación adquiere certeza cuando entendemos que los conocimientos no se “transmiten”, sino que se “construyen”. Los alumnos “construyen” su conocimiento a partir de sus potenciales cognitivos individuales. Esa es la razón por lo que la nueva pedagogía se centra en el aprendizaje “porque cada uno aprende de manera particular”. “*Educare*”, por su parte, asume que la función del docente es indispensable, es decir, la persona necesita que la instruyan. Es la versión que asume la “escuela tradicional”.

“Aprender a conocer” ha sido la prioridad de la educación formal desde que nuestros abuelos asistían a la escuela hace muchos años, casi hasta nuestros días. La UNESCO menciona algunas características del “aprender a conocer” que presentamos a continuación de manera breve.

- a. “Aprender a conocer” asume dos vertientes: como “un medio” o como “un fin”. Como “un medio”, el estudiante aprende a comprender el mundo que lo rodea para vivir con dignidad, desarrollar capacidades profesionales y comunicarse con los demás
- b. Como “un fin”, “aprender a conocer” asume el placer de comprender, conocer, descubrir, aunque la vertiente como “un fin”, en la práctica se ejerce muy poco, toda vez que la tendencia es “conocer” conocimientos útiles.
- c. Explica que el incremento del saber despierta la curiosidad intelectual, estimula el sentido crítico y permite descifrar la realidad, adquiriendo al mismo tiempo una autonomía de juicio
- d. Señala que es imposible “aprenderlo todo”, pues la producción intelectual y científica es inmensa. La UNESCO propone un equilibrio entre la generalidad de los conocimientos y su especialización cuando dice: “en nuestros días una mente verdaderamente formada, necesita una amplia cultura general al tiempo que tener la facilidad de estudiar a fondo un pequeño número de materias. Se debe favorecer la simultaneidad de ambas tendencias”.
- e. Considera que “aprender a conocer” en un mundo de tanta información, la memoria deja de tener una uti-

- lidad práctica, de suerte que los niños dejan de practicarla. Por lo que es necesario ser selectivos en lo que memorizamos y se debe cultivar “la memoria asociativa” como una facultad humana.
- f. Al aprender a conocer, debe desarrollar el pensamiento a través de la articulación entre lo concreto y lo abstracto y el uso del pensamiento deductivo y el inductivo.
 - g. El documento, cierra el apartado de “aprender a conocer” diciendo que “aprender a conocer” no concluye nunca y que el éxito del trabajo escolar se evidencia cuando se aporta el impulso y las bases para seguir aprendiendo durante toda la vida.

Aprender a hacer

“Aprender a hacer” es otro de los pilares de la educación cuya interpretación y puesta en acción ya no es tan simple en un mundo que amenaza con sustituir el trabajo humano por la automatización de máquinas más “productivas” y con “menor costo” bajo una lógica acumulativa.

La educación formal, la que se adquiere en las aulas, bajo una lógica utilitaria, prioriza el “aprender a conocer” casi a la par que el “aprender a hacer”. Esta es la razón por lo que, en paralelo a las horas de teoría, se llevan también horas de laboratorio, o trabajo de campo en espacios clínicos o empresariales, bajo el supuesto de que esta es una manera de “aprende a hacer”.

Estos dos pilares de la educación son indisolubles y están estrechamente vinculados con la formación profesional. Estas dos columnas tienen un carácter utilitario. Su intención: preparar al alumno para el mercado laboral.

En una de mis visitas a la Ciudad de México que realicé con mi hijo menor, no llevé carro pues no me gusta manejar en esa urbe tan atestada. Al abordar el Metrobús, tuvimos que vérnosla con una máquina y siguiendo sus instrucciones, nos dio un pase de abordar con una cantidad preestablecida, luego otra máquina reconoció el pase y nos permitió el ingreso a los andenes.

Más tarde, al pagar unas nieves, el dependiente me dijo que el dinero se lo tenía que dar a una máquina, pues él solo sirve la nieve. Los trabajos que antes hacía un empleado con quien podías aclarar dudas, platicar y compartir una sonrisa, ahora lo sustituye una máquina que no entiende de emociones, que no responde a tu saludo ni a tu sonrisa.

La UNESCO hace una reflexión al respecto. En resumen, habla de que “el saber hacer” ya no es tan objetivo y simple. La ciencia del zapatero, del panadero, del herrero, en la actualidad, se encuentra amenazada toda vez que la tecnología, los robots, las máquinas, los softwares, están rápidamente reemplazando el trabajo humano por el de una máquina.

También los abogados, los pilotos, médicos, contadores, etcétera están en riesgo de ser sustituidos por la inteligencia artificial. Michel Osborne y Carl Frey de la Universidad de Oxford, al estudiar 700 trabajos actuales, encontraron que en los próximos 10 a 20 años el 47 por ciento de éstos, estarán sustituidos por máquinas inteligentes.

La lógica del pensamiento dominante, deshumanizado, depredador de la naturaleza y del hombre, sólo busca una mayor acumulación y justifica la sustitución del trabajo humano por las máquinas, argumentando que éstas son más “productivas” y “tienen un bajo costo”.

“Aprender a hacer”, como uno de los cuatro pilares de la educación, bajo la lógica depredadora y acumulativa del pensamiento neoliberal, tiene grandes retos que asumir.

Las instituciones que buscan solo preparar para el empleo, como los tecnológicos, tienen que redefinir sus objetivos toda vez que las competencias profesionales para las que preparan a sus egresados las puedan realizar mejor y a un menor costo las máquinas.

La función de la universidad pública no sólo es el preparar para el mercado laboral, sino también para la formación integral del estudiante de suerte que pueda transformar la naturaleza y la sociedad en beneficio del hombre (especie), de tal manera que sea capaz de participar en la construcción de la historia con miras a construir un mundo más vivible.

Aprender a vivir juntos

“Aprender a vivir juntos” es otro de los pilares de la Educación que propone la UNESCO. Este pilar, hoy, se hace más pertinente en un mundo donde la violencia se ha empoderado de prácticamente todos los espacios y dimensiones de la vida. Vivimos en un mundo donde prevalece la violencia en todos niveles, desde el familiar, comunitario, nacional hasta el internacional.

Los índices delictivos crecen cada vez en frecuencia y en una crueldad que raya en la barbarie. Los medios nos informan a diario de niveles de violencia que se expresa en masacres, temor, incertidumbre y migraciones. Bajo este contexto nada favorable, “aprender a vivir juntos” como uno de los pilares de la educación, es más que pertinente, se hace necesario.

La UNESCO al reconocer esta violencia tan generalizada a la que nos hemos acostumbrado al grado que ya no nos impacta, a no ser que ocurra dentro de nuestro círculo más cercano. Aunque también crea un estado de paranoia generalizada por el temor de en algún momento ser una víctima más.

Ante el reconocimiento de esta situación dramática que vivimos, la UNESCO acepta que la educación ha hecho poco para modificar esta situación y dice que: “una educación debiera permitir solucionar los conflictos de manera pacífica, fomentando el conocimiento de los demás, de sus culturas y espiritualidad”.

Para “aprender a vivir con los demás”, no es suficiente enseñar la “no violencia”, es necesario trabajar en las siguientes dos vertientes:

a) En el descubrimiento gradual del otro.

En cuanto al descubrimiento del otro. Filósofos, antropólogos, psicólogos, sociólogos han dado a esta idea el concepto de la “otredad”. La “otredad” trata del reconocimiento del “otro” como un individuo diferente que no forma parte de la comunidad propia. La otredad sostiene que, al reconocer la existencia de un “otro”, la propia persona asume su identidad.

Aunque por mucho tiempo el concepto del “otro” se entendía bajo una dimensión negativa con connotaciones racistas, xenofóbicas, misóginas u homofóbicas. El nuevo concepto de “otredad” lo plantea Jean Paul Sartre quien usa el concepto para estudiar la existencia de uno mismo a través de la mirada del otro. Sartre considera que la otredad se encuentra presente en cada persona a través de la empatía, el rechazo, la tolerancia, la simpatía, etcétera.

Octavio Paz, el poeta de la otredad, concibe la idea de otredad como la necesidad de encontrar lo perdido y de buscar un complemento del que fue separado. La cultura maya tenía bien claro este concepto, el cual se expresaba en su lengua como “*In lak ech a lak en*” (tu eres yo y yo soy tu).

De aquí que “el otro” no debe entenderse como el rival, el contrario, sino más bien como esa parte de nosotros mismos que nos complementa y enriquece. Quisiera ejemplificar esto:

En mi juventud disfrutaba el debate para hacer valer mis puntos de vista y evidenciar al “otro”, el resultado era la incomodidad, la molestia, el enojo del “otro”. Confieso que mientras debatía, solo pensaba en como contradecir los argumentos de mi contraparte buscando en mi mente los mejores argumentos.

Obvio, al hacer esto, perdía la oportunidad de conocer “otra visión del mundo” que ampliaría mi horizonte. Con el tiempo aprendí que las “otras” visiones del mundo son tan válidas y ciertas como la mía, pues la realidad tiene múltiples aristas y una sola persona no puede contemplar todas.

Al dejar de contradecir, aprendí a escuchar, a entender porque el “otro” veía las cosas de manera diferente a la mía.

Hoy reconozco que los puntos de vista del “otro” han enriquecido de manera sustantiva mi visión del mundo y mi vivir.

b) El aprender a realizar proyectos en común

La otra estrategia que enuncia la UNESCO para “aprender a vivir juntos” es la construcción de objetivos comunes a través de proyectos motivadores. La UNESCO sugiere para esta estrategia “proyectos donde se supere los hábitos individuales y se valoren los puntos de convergencia”. La experiencia nos muestra que el deporte, las actividades culturales, sociales, de servicio comunitario son estrategias ideales para este propósito.

Aprender a ser.

“Aprender a ser” es el cuarto pilar de la educación que plantea la UNESCO para cualquier proyecto educativo. Es en este “aprender a ser” donde se concretan, se resumen y adquieren sentido los otros tres pilares: “Aprender a conocer”, “Aprender a hacer” y “Aprender a convivir”.

El cuarto pilar de la educación del documento de la UNESCO condensa y resume la intención y el espíritu de la educación. La educación adquiere sentido en tanto que contribuye al desarrollo integral del individuo como persona y como ser humano en sus dimensiones cognitivas, emocionales, sociales y espirituales.

“Aprender a ser” implica el desarrollo de la mente, el cuerpo, el corazón y el espíritu de manera integral. Sin embargo,

esto no ha sido así, pues se ha privilegiado el “aprender a conocer” y el “aprender a hacer” bajo un enfoque utilitario.

Muchos proyectos educativos tienen un enfoque utilitario como una formación para el trabajo, para el mercado laboral, considerando obsoletas y hasta inútiles la formación en ética, filosofía, humanidades, civismo que priman el desarrollo del “*ser*”.

El pensamiento dominante privilegia el “*tener*” y se olvida del “*ser*”. Promueve la cultura acumulativa como proyecto de vida. Así, si hay una televisión en la sala de la casa, la lógica consumista del neoliberalismo obliga a tener dos, tres o más a consumir más, más siempre más, por lo que los bienes y productos son cada vez más desechables.

Los celulares son un ejemplo claro tienen una caducidad cada vez más corta, pues el mercado los hace obsoletos; se imponen tendencias y modalidades que promueven el consumo de marcas caras como una forma de “estatus”. Mucha gente, en particular los más jóvenes, compran la idea y el producto, obviamente.

Por otro lado, poco ha avanzado la educación en cuanto al desarrollo de la cultura, de los valores universales y locales, del disfrute de las cosas más bellas y sencillas de la vida, las que dan sentido a la existencia humana.

“Aprender a ser” implica no solo el desarrollo cognitivo o de habilidades y destrezas, implica también el desarrollo de las mejores emociones y sensaciones humanas al escuchar una obra musical, al asistir a una obra de teatro o danza, al sentir el éxtasis de un amanecer o un atardecer. Pareciera que este desarrollo del “*ser*” es una “pérdida de tiempo” en el contexto acumulativo del neoliberalismo.

“Aprender a ser” nos lleva al desarrollo del valor estético de la naturaleza y del hombre a través del arte en todas sus expresiones; el desarrollo de los valores que nos hacen humanos, como la solidaridad, el sentimiento de justicia, de armonía; el disfrute de una pareja, la familia, los amigos, etcétera.

“Aprender a ser” implica aprender a dar valor y vivir plenamente todo lo que da sentido a la existencia humana, “perder el tiempo” en lo que le da el sentido a nuestra existencia.

En este contexto, la UNESCO sugiere que la educación debe permitir que cada persona desarrolle y nutra un pensamiento crítico, de juicio propio. Es decir, el desarrollo de todos los potenciales de la persona. Por lo que se desprenden algunos objetivos del “aprender a ser”:

- a. Un ejercicio de libertad de pensamiento autónomo, crítico para establecer sus propios juicios y por ende de libre determinación y acción.
- b. El desarrollo de sentimientos, así como de la imaginación para construir utopías de mundos mejores.
- c. Potencia la creatividad en todos los ámbitos y la innovación para el bienestar de la sociedad al considerar el conocimiento y sus productos como un bien social.
- d. Promueve la cultura universal en el contexto de la cultura local que da identidad y compromiso.
- e. Implica el desarrollo de principios y valores tales como la solidaridad, la justicia y el amor.

Por lo que, podemos afirmar que la educación adquiere sentido en tanto que permite el desarrollo integral del ser humano y no solo se convierte en un instrumento o una “maquina” más que prepara a los jóvenes para el mercado laboral.

En la “nueva normalidad” se hace impostergable hacer realidad estas cuatro columnas de la educación.

4.6. La universidad napoleónica

Para dar respuestas a los fenómenos de una realidad caracterizada por su complejidad, las universidades han acudido a una estrategia “disciplinar”, es decir, estudian la realidad solo desde una de las aristas de ésta, desde una disciplina. Para conocer, explicar, interpretar y responder a la complejidad de los fenómenos naturales y sociales, muchos pensadores consideran la necesidad de estudiarla desde una visión integral, holística, solo así se puede responder a la complejidad de los fenómenos.

Desde las últimas décadas del siglo y del milenio pasado, vivimos un mundo donde los problemas a los que se enfrenta la humanidad son cada vez más complejos. La realidad es un poliedro de múltiples aristas. Los problemas no pueden abordarse o entenderse desde una arista, desde una visión disciplinar. Un ejemplo muy claro de esto es la enfermedad del COVID-19 que vino a trastocar las estructuras más sólidas de la civilización moderna.

Esto ha dado pie a una nueva visión del mundo, a generar un nuevo paradigma en la comprensión de la realidad, Edgar Morin hace una propuesta desde el pensamiento complejo, desde la “teoría de la complejidad”.

Morin retoma el concepto de la “transdisciplina”. Bajo este nuevo concepto, los problemas se contemplan desde un enfoque holístico donde las disciplinas entran en un diálogo per-

diendo su identidad y haciendo sinergia en la solución de los problemas del mundo en el tercer milenio.

En las universidades del país, y en general de Latinoamérica, se problematizan y solucionan los problemas de la naturaleza o del hombre a través de una visión disciplinar. La fragmentación del conocimiento en disciplinas es una característica de la “universidad napoleónica”.

La universidad napoleónica fragmenta el conocimiento universal en disciplinas, carreras, especialidades, es decir, se asume una visión fragmentada de la realidad aun cuando la realidad es un todo integral y sistémico.

Valga el siguiente ejemplo para explicar la visión disciplinar vs. la transdisciplinar: cuando la agricultura dejó de ser una actividad de autosuficiencia alimentaria y se convirtió en una mercancía más, fue necesario incrementar la producción bajo una visión de mercado.

Para responder a una lógica de mercado se dejaron de usar los sistemas tecnológicos locales como “la milpa” donde se siembra en policultivo (a semejanza de los ecosistemas naturales) sustituyéndolos por el monocultivo. La lógica era incrementar la producción.

Al no considerar el fenómeno de manera “integral” y a largo plazo, la práctica del “monocultivo” favoreció el crecimiento exponencial de insectos que antes convivían hasta simbióticamente con las plantas y se convirtieron en plagas.

Cuando esto sucedió, de nuevo, bajo una lógica y visión disciplinar, se optó por aplicar pesticidas para combatir los insectos. No se consideró que los insectos, como parte de su proceso evolutivo, sufren constantes mutaciones. Las mutacio-

nes en poblaciones masivas como las insectiles incrementan su frecuencia logarítmicamente. Así, algunos de los miles de millones de mutaciones insectiles, logran sobrevivir a las condiciones del insecticida, haciéndose “resistentes”.

Para responder a la “resistencia” de los insectos al plaguicida, de nuevo, bajo una visión disciplinar, la respuesta fue aplicar una mayor dosis o generar otro pesticida. Ante lo cual las poblaciones insectiles, gracias a sus mutantes, vuelven a adaptarse una y otra vez a los nuevos pesticidas o mayores dosis convirtiéndose en una carrera sin fin.

En el ejemplo dado, al aplicar insecticidas, no se tomó en consideración el comportamiento insectil, los mecanismos genéticos de la evolución y la supervivencia de las especies, como tampoco los factores sociales, culturales, y ahora de salud, pues con la constante aplicación de insecticidas mueren insectos benéficos como los polinizadores, se contamina el suelo, los productos y el consumidor.

El resultado de las respuestas solo disciplinares, a la larga, como en el ejemplo, conducen al incremento del problema. Existen múltiples ejemplos de cómo al responder desde una visión fragmentada, disciplinar, los problemas se agrandan y llegan a niveles inconmensurables como sucede con el actual calentamiento global.

4.7. Una universidad postCOVID-19

A lo largo de la historia han surgido diferentes modelos de universidad. Cada modelo responde al pensamiento dominante de la época y sus productos también. En este inicio de milenio

es necesario repensar un modelo de universidad que responda al pensamiento complejo que priva en la naturaleza y en las actividades humanas.

El enciclopedismo francés del siglo XVIII buscaba conjuntar todo el conocimiento de su época en un solo tratado. Bajo este modelo, los pensadores de la época adquirirían un conocimiento casi integral de los diferentes ámbitos del conocimiento, desde las ciencias exactas, las ciencias naturales, así como de las ciencias de la naturaleza humana, la filosofía y aun la teología.

Hemos visto en el apartado anterior cómo la visión disciplinar, derivada de la universidad napoleónica, nos presenta una visión fragmentada de la realidad, por lo que sus productos muchas veces generan problemas mayúsculos, que los problemas a los que pretende dar solución.

Sirva como un ejemplo más, a la anterior afirmación, el caso de la introducción de conejos para entretenimiento de cazadores en Australia en 1859. En este país, esa especie no tenía enemigos naturales por lo que se reprodujeron libremente y se multiplicaron de manera geométrica. Para 1950 había 600 millones de estos roedores que depredaron los pastos y bosques, causando la extinción de especies nativas. Terminar con este problema requirió el trabajo de muchos especialistas de diversas disciplinas trabajando en conjunto.

Otro claro ejemplo de la complejidad de los problemas a los cuales no se puede dar respuestas parciales y reduccionistas, es el tratamiento que hemos dado a la naturaleza en diferentes ámbitos de la actividad humana que hoy se han traducido en el llamado “calentamiento global”.

4. LA NUEVA NORMALIDAD

El uso de fuentes de energía se ha basado principalmente en hidrocarburos, los cuales al quemarse liberan gases que se incorporan a la atmosfera por miles de millones de toneladas sistemáticamente cada año, dando lugar al llamado “efecto invernadero”.

El efecto invernadero se ejemplifica cuando estamos al interior de un auto con los vidrios subidos. Aun cuando el exterior esté fresco, en el interior la temperatura es más cálida. Eso mismo, pero en escala inmensamente mayor ocurre en la atmosfera cuando se acumulan gases que hacen las veces de los vidrios en el auto, incrementando la temperatura.

Los efectos del incremento de la temperatura a escala global son dramáticos y amenazan la vida del planeta. Por lo que la FAO y otros organismos internacionales han puesto toda su atención al problema, buscando mecanismos para limitar o revertir este proceso.

Estos son sólo algunos ejemplos, de los resultados a largo plazo, generados bajo una lógica disciplinar de responder a los problemas.

Otro modelo de universidad es el de la universidad alemana o de Berlín donde se privilegia la investigación, de suerte que los maestros tienen que ser principalmente investigadores de su área y tema.

Un modelo muy extendido en la actualidad es el modelo “norteamericano” con su propuesta “departamental”, que no precisamente es la respuesta a la complejidad del mundo que vivimos, pues si bien agrupa varias disciplinas o programas similares, no se da el “diálogo” entre disciplinas diferentes que

permita una visión integral de los problemas y en ese contexto abordarlos.

Se hace necesaria la construcción de un modelo “*ad hoc*”, un modelo transdisciplinar donde quepan todas las visiones disciplinares a la par con los saberes tradicionales emanados de culturas milenarias, a través de las cuales se ha respondido tradicionalmente a la realidad.

5. CULTURA Y SOCIEDAD

5.1. Vulnerabilidad de los constructos humanos

Antes de la aparición del COVID-19 en el planeta ya se evidenciaba una crisis que pudiera denominarse civilizacional por la amplitud de los ámbitos que abarcaba. Esta crisis se contextualiza en el marco de un “cambio de época” histórica, en cuya génesis todos los constructos humanos entran en conflicto y se vuelven vulnerables.

En todo el orbe y en particular en México, hace poco más de medio siglo, los cambios en la vida cotidiana y en las instituciones apenas eran evidentes. La paridad del peso frente al dólar, por ejemplo, fue de 12.50 pesos por más de 20 años; los estrenos de las películas eran cada dos o tres meses; nos enterábamos de lo que ocurría en otras latitudes por la radio, la televisión o los diarios, varios días después de ocurridos; las comunicaciones personales eran a través de cartas que tardaban a veces semanas para llegar a su destino. Los cambios eran prácticamente imperceptibles.

A partir de los años 90 del siglo pasado, los cambios empezaron a darse de manera muy acelerada en todos los ámbitos: en la economía, la ciencia, la tecnología, en los fenómenos sociales, las comunicaciones y más.

El internet marcó un parteaguas en la economía, la industria, la comunicación, los cambios empezaron a ser más y más rápidos y globalizados.

Los cambios fueron tan generalizados e impactantes que trastocaron las formas de relacionarnos con nuestro entorno, con los otros humanos, con la familia, con los demás vivientes y en general con la naturaleza.

Esta vorágine de cambios dio pie a que algunos pensadores, como José de Souza Silva, se cuestionaran sobre si lo que estamos viviendo es una “época de cambios”, o más bien, lo que se está gestando, es un “cambio de época”.

¿Qué caracteriza a un “cambio de época”? ¿Cuál es la visión del mundo que habrá de prevalecer en el próximo cambio de época? La historia reconoce “épocas”, las cuales determinan nuevos paradigmas, modos de producción, así como las formas de relacionarnos los humanos entre sí y con el entorno.

La revolución neolítica dio origen a una “época agrícola” que propició el establecimiento de poblaciones, la diferenciación del trabajo, etcétera. La Revolución Industrial dio origen a una “época industrial”, con el surgimiento de nuevos paradigmas que determinaron nuevas relaciones sociales, económicas de la humanidad. Cada “época histórica” ha tenido su origen en una revolución de carácter global.

Para algunos pensadores como de Sousa Silva, las características que definen la gestación de una nueva época histórica son dos: cambios acelerados en todas las actividades humanas y una alta vulnerabilidad de todas las estructuras humanas.

La vulnerabilidad social se manifiesta en el deterioro del tejido social a través de relaciones dispares, violencia, crisis de la vida democrática, etcétera.

La vulnerabilidad ambiental se pone de manifiesto en el calentamiento global que amenaza la vida del planeta.

Incluso la ciencia uni-metódica, positivista y objetiva se encuentra hoy cuestionada por su reduccionismo al no contemplar todo el universo de la realidad pues su objeto de estudio es sólo el mundo objetivo dejando fuera el subjetivo que es también otra parte de la realidad.

Toda esta rapidez en los cambios, así como la vulnerabilidad de los constructos humanos, evidencia el nacimiento de una nueva “época histórica”.

¿Cuáles serán los paradigmas que habrán de caracterizar a la nueva época histórica que está por nacer? de Souza Silva explica que esto depende de la visión del mundo a la que apunte la nueva época histórica.

Independientemente de cuál sea la visión del mundo que prevalezca en la nueva época histórica, ante la vulnerabilidad y las crisis institucionales, están surgiendo “propuestas emergentes” toda vez que los paradigmas vigentes ya no responden a la complejidad de los problemas del presente.

5.2. ¿Qué son las revoluciones tecnológicas?

Sin duda alguna las tecnologías han sido un factor determinante en el desarrollo de la humanidad bajo la idea antropocéntrica del dominio del hombre sobre el resto del planeta. La historia registra al menos cinco revoluciones tecnológicas.

En reiteradas ocasiones, he tenido que pedir a mi hijo adolescente que deje su celular ya que a todas horas del día recibe y contesta mensajes o informaciones de las redes, que consulta y responde con rapidez.

Debo reconocer que siempre hace caso a mi petición, aunque a la media hora casi automáticamente sigue con su aparato, haciendo las consultas y respuestas a increíble velocidad.

Tanto él como yo sabemos que esa actitud es ya una forma de adicción que al parecer es colectiva en una gran parte de los jóvenes, pero también en los no tan jóvenes e incluso en niños de primaria y hasta preescolar.

Se tienen estudios sobre el uso adictivo de estos aparatos smart, que evidencian trastornos de la personalidad, déficit de atención, aislamiento social, adicción a los “likes”, obesidad por dejar de realizar las actividades deportivas y recreativas que antaño se realizaban, entre otros muchos efectos.

La automatización de muchos trabajos, con el consiguiente desplazamiento de mano de obra, que acentúa la pobreza, hace más grande la diferencia entre unos pocos que todo lo tienen y una inmensa mayoría que poco o nada tiene, entre otros muchos efectos económicos y sociales de la modernización cibernética.

Lo anterior me llevó a iniciar una reflexión sobre las tecnologías, su desarrollo exponencial sobre todo desde la última década del siglo pasado y el pobre desarrollo de lo humano.

Para iniciar esta reflexión veamos qué son y cómo han influido en la historia las revoluciones tecnológicas. Veamos primero que se entiende por “revolución” y qué por “revolución tecnológica”.

“*Revolutio*” es la raíz latina de la palabra revolución, y significa “revolver”, de esta etimología parte la Real Academia española para hacer su primera definición de este término: acción y efecto de revolver o revolverse.

La segunda definición de este mismo diccionario dice que revolución es un “cambio generalmente violento en las estructuras políticas y socioeconómicas de una comunidad nacional”.

Algunas revoluciones tienen un carácter global e impactan con nuevos paradigmas en los ámbitos social, económico, cultural, ambiental y espiritual, tal es el caso de las revoluciones tecnológicas.

Sin duda, la tecnología ha sido el factor de transformación más importante en la historia de la humanidad, desde la invención del fuego y la rueda. Además de que las revoluciones tecnológicas determinan en buena medida las relaciones sociales, económicas, culturales, el actuar y el pensar de una sociedad.

Algunos autores refieren cuatro y hasta cinco revoluciones tecnológicas sucesivas, todas ellas derivadas de la llamada Revolución Industrial en el siglo XVIII.

Aunque, se debe reconocer que la primera revolución tecnológica de impacto global fue la revolución “neolítica” hace unos 10 mil años, con el nacimiento de la agricultura con lo cual los humanos dejan de ser cazadores trashumantes y se establecen en poblaciones iniciándose la división del trabajo y un rápido desarrollo de la especie “homo sapiens”, en detrimento de las demás especies del planeta.

5.3. Las revoluciones industriales en la historia

Las llamadas “revoluciones tecnológicas” inician con la revolución neolítica. Estas revoluciones han cambiado las relaciones económicas y sociales de los pueblos bajo una lógica de mayor productividad, aunque también han propiciado impactos negativos sobre el medio.

Algunos autores consideran el inicio de las revoluciones tecnológicas a partir de la llamada “Revolución Industrial” en las postrimerías del siglo XVIII.

El invento de la agricultura se conoce como la “revolución neolítica”. Hace cerca de diez milenios, los hombres eran cazadores y se desplazaban grandes extensiones en busca de la caza, que representaba el sustento de las entonces pequeñas poblaciones nómadas de humanos.

Las mujeres se quedaban en las aldeas para la crianza de los hijos, el curtido de las pieles, y labores que podríamos considerar de carácter doméstico.

La mujer, con la curiosidad nata que las caracteriza, se dio cuenta que las plantas tiraban semillas al suelo y que de éstas surgía una nueva plantita. También descubrieron que algunas semillas y frutos eran comestibles y alimentaban con éstas a sus vástagos durante las largas ausencias de los hombres.

Con esa curiosidad femenina pudo descubrir que podía reproducir lo que la naturaleza hacía y hasta con más eficiencia. Así empezó a recoger semillas para luego depositarlas en el interior del suelo, pues así la humedad del subsuelo facilitaba la germinación. Aprendieron a sembrar.

Con esa curiosidad e investigación innata que caracteriza a la mujer, aprendió los cuidados básicos del crecimiento y desarrollo de las plantas hasta su producción. Así establecieron la primera parcela agrícola con la que se podía garantizar la alimentación de la familia.

Con este descubrimiento, los hombres ya no dependieron de la caza para su sustento. Se inició la época de la cultura agrícola que se fue desarrollando cada vez con nuevas y mejores tecnologías.

Esta tecnología dio pie al establecimiento y desarrollo de la población humana que fue creciendo en población y complejidad hasta organizarse en ciudades.

Esta revolución tecnológica también dio las condiciones para que los humanos favorecieran el crecimiento de las plantas de utilidad alimentaria en detrimento de otras plantas consideradas no útiles, con lo que se inicia una modificación de los ecosistemas naturales.

Las sociedades agrícolas fueron el soporte del crecimiento social y económico de la población humana hasta 1771, cuando surgió en Inglaterra el descubrimiento tecnológico de la hilandería, dando así inicio a la “Primera Revolución Industrial”.

La aparición de las máquinas de vapor a inicios del siglo XIX marcó el inicio de la “Segunda Revolución Industrial” con un fuerte impulso a la comunicación terrestre, mayor producción y el desplazamiento de los productos artesanales.

Algunos autores coinciden en que la “Tercera Revolución Industrial” se encuentra ligada con la era del acero, la electricidad y la ingeniería pesada en las postrimerías del siglo XIX.

Todas estas revoluciones tecnológicas industriales se caracterizan por la mayor productividad, el desplazamiento de la mano de obra, el abandono de las actividades primarias, la acumulación de las riquezas en pocas manos en detrimento de la mayoría de la población, la trabajadora y por una depredación de la naturaleza cada vez en mayor escala.

5.4. Revoluciones tecnológicas contemporáneas

Las bondades de las revoluciones tecnológicas han favorecido y mejorado la acumulación de las riquezas en sólo el uno por ciento de la población mundial.

Ante esta evidencia nos preguntamos: ¿nuestro planeta requiere más desarrollo tecnológico o más desarrollo humano? Antes de intentar una respuesta veamos cómo se da y qué caracteriza a la llamada cuarta revolución tecnológica.

La cuarta revolución se caracteriza por la energía del petróleo y la industria automotriz, así como por la telecomunicación alámbrica e inalámbrica en telefonía, telégrafos que marcan nuevos paradigmas en las relaciones económicas sociales, y ambientales en el planeta.

Estas cuatro revoluciones tecnológicas logran procesos cada vez más eficientes en cuanto a la producción de bienes, pero también generan una mayor demanda de insumos provenientes de la naturaleza por lo que la depredación se agudiza en cada nueva revolución tecnológica.

Como consecuencia de una mayor eficiencia productiva debido al desarrollo tecnológico global, también se da un mayor desplazamiento de la mano de obra humana y, en conse-

cuencia, el incremento de la pobreza, aunque paradójicamente también una mayor acumulación de la riqueza en pocas manos.

“El crecimiento económico solo ha beneficiado a los que más tienen, el resto, en especial los sectores más pobres, se están quedando al margen de la reactivación económica” (OXFAM) [Oxford Committee for Famine Relief].

Este organismo internacional también reporta que apenas el uno por ciento de la población mundial posee más de la riqueza que el resto del planeta y que tan solo ocho personas acumulan el 50% de la riqueza de la población mundial.

Mención aparte merece la quinta revolución tecnológica, la de la informática y las telecomunicaciones con tecnologías como la microelectrónica, computadoras portátiles, comunicación digital, el internet, las redes electrónicas, entre otras.

Con estas tecnologías se ha automatizado más la manufactura, así como muchos servicios. Esto cambia radicalmente la estructura del empleo, impactando aún más las relaciones sociales y económicas.

La quinta revolución tecnológica también impacta al medio ya que el paradigma se basa en un desarrollo energívoro y consumista de casi ocho mil millones de seres humanos, que para el 2050, se calcula alcance los 10 mil millones.

Algunos de los resultados de esta revolución tecnológica son: la masificación de la información, automatización de muchos procesos, acortamiento de distancias, nuevas formas en el proceso de enseñanza-aprendizaje, etcétera.

Como una contraparte negativa se dan cambios en la personalidad de los usuarios como adicciones y diversas patolo-

gías de tipo psicosocial, tales como el aislamiento, terrorismo, ciberacoso, vulnerabilidad de la privacidad, estafa, piratería, y una mayor brecha entre la pobreza y la opulencia, etcétera.

Las revoluciones tecnológicas de la época industrial y postindustrial se caracterizan por una mayor eficiencia y productividad que debiera traducirse también en mejores niveles de vida de todos los humanos.

La lógica y paradigma del uso de estas revoluciones tecnológicas, tiene que ver con el “tener”, con el “poseer”. Este espejismo se vende a la población desde la utopía del “sueño norteamericano”. Aunque en los hechos las bondades de las tecnologías benefician a una parte muy pequeña de la población mundial, en detrimento de la mayoría que cada vez se empobrece más.

La misma educación participa en el fortalecimiento del paradigma acumulativo y depredador. Las políticas educativas se dictan a nivel mundial (internacionalización). Así, el PISA (Programme for International Student Assessment) dicta parámetros e indicadores de la educación y mide el rendimiento en matemáticas, ciencia y lectura, pero olvida la cultura, las artes y el desarrollo del talento humano.

En este contexto, se hace más pertinente e impostergable que la educación se enfoque a aprender a “*ser*”, como pilar de la educación.

Estimamos que más que desarrollo tecnológico, que beneficia a los dueños del dinero, nuestro planeta requiere una nueva sociedad donde el nuevo paradigma sea el desarrollo del “*SER*”. Solo así nuestra casa común y la especie “*homo sapiens*” podrá sobrevivir. Después del “*coronavirus*”, el desarro-

llo de lo humano, del ser asume la mayor pertinencia. Desde mi perspectiva considero que así debería concebirse la nueva normalidad.

5.5. Lenguaje simbólico en la nueva normalidad

Importancia del “símbolo” en la “nueva normalidad” posterior a la pandemia. En la cotidianidad, con frecuencia se acude al lenguaje simbólico toda vez que muchos pensamientos, emociones, conceptos o ideas no se pueden expresar a través del lenguaje. ¿Cuál es la naturaleza del símbolo y su importancia en la vida social del hombre?

El lenguaje escrito y verbal, de la lengua española, es uno de los más ricos, sin embargo, muchas ocasiones no es suficiente para decir y expresar todo sobre nuestro pensamiento o nuestras emociones más profundas. Con frecuencia nos quedamos con la sensación de que nos quedamos cortos en nuestro decir.

A través del arte como la pintura, la música, la escultura, la literatura, algunos seres humanos privilegiados son capaces de crear otros lenguajes no escritos que exploran los significados más recónditos de la mente y del alma.

Por esta razón, nuestros ancestros decían de los artistas de la palabra, la escultura, la pintura, de los plumajes preciosos cuando realizaban sus creaciones se “entoltecaban”, que en el lenguaje simbólico nahuatléco quiere decir se “endiosan” cuando crean una obra de arte.

En nuestra comunicación cotidiana usamos de manera espontánea y continua el lenguaje simbólico para expresar muchas cosas que las palabras no alcanzan a expresar.

Las religiones acuden al lenguaje simbólico para explicar al pueblo conceptos filosóficos y esotéricos que solo los iniciados comprenden, así, por ejemplo, se usa el símbolo trinitario en casi todas las religiones, el de la madre virgen, la cruz, el pez, el alfa y omega...etcétera.

Tal es el uso de lo simbólico en todos los ámbitos de la vida del hombre, que hay pensadores que afirman que en lugar de considerar al hombre como “homo sapiens”, debiera considerarse como “homo symbolicus” toda vez que sus arquetipos y sus pensamientos y sentimientos más profundos se expresan a través de símbolos.

Y es que una comunicación profunda requiere de símbolos, los cuales pueden transmitir información y significados más allá del objeto descrito.

El símbolo, de acuerdo con García Guzmán, tiene una representación física que se denomina significado exotérico, pero también tiene un significado que va más allá porque un símbolo es la forma abreviada de algo más grande y complejo “significado esotérico”.

El lenguaje simbólico es mucho más rico. Carl G. Jung dice a este respecto que, como hay innumerables cosas más allá del alcance del entendimiento humano, usamos constantemente términos simbólicos para representar conceptos que no podemos definir o comprender del todo.

Los símbolos universales y también algunos locales se heredan y pertenecen a lo que llamaba Jung el “inconsciente

colectivo”. Jung los asocia con “arquetipos” o “imágenes primordiales”.

La palabra arquetipo proviene del griego (αρχή, ‘origen’, y τυπος, ‘modelo’). Un arquetipo es un patrón, un modelo ejemplar que subyace a la conducta individual o colectiva que hace responder de manera espontánea, casi automáticamente, sin una aparente explicación lógica a las personas o a los grupos sociales.

Los arquetipos definen muchas de las actitudes y acciones sociales. Estas respuestas sociales responden a un código no escrito. El código al que responde un arquetipo es el lenguaje simbólico.

Incursionemos en algunos simbolismos que se han convertido en arquetipos, los cuales, desde la lógica cartesiana, resultan inexplicables. Sin embargo, estos arquetipos son la explicación a muchos de las conductas individuales y sociales que pudieran no tener una explicación lógica.

A través del símbolo se expresa el inconsciente colectivo, generando arquetipos o patrones de conducta que mueven a la acción, a las sociedades sin que estas respuestas pasen por el filtro de la razón.

Carl Jung considera que a través de los símbolos se llega a representaciones fundamentales en la experiencia del hombre y con ello al sentido de la existencia. Para Carl Jung el símbolo permite un acercamiento al inconsciente. El lenguaje está lleno de símbolos a través de signos o imágenes que no son estrictamente descriptivos. El símbolo es una unidad sintética que expresa lo “oculto” detrás de lo manifiesto.

“Los símbolos se pueden diferenciar entre naturales y culturales”, expresa C. Jung. Los símbolos culturales permiten expresar verdades eternas y universales, tales como el pensamiento trinitario, la madre virgen, etcétera.

Trataré de ejemplificar el sentido y el impacto del símbolo como arquetipo, es decir, como modelo que mandata al inconsciente colectivo para mover a las sociedades humanas.

En una reflexión que hice en mi libro “Pero nunca nos conquistaron...” mencioné que en Morelos se celebran cuatro festividades durante la “Cuaresma”. Estas festividades convocan a muchos miles de peregrinos de Morelos, México y Guerrero.

Son cuatro ferias en honor al hijo de Dios según la tradición católica. Curiosamente los lugares donde se realizan estas ferias se corresponden con cuatro centros ceremoniales donde se veneraba a los cuatro Tezcatlipocas, los cuatro hijos de Ometeotl (dios principal del centro de Mesoamérica).

Los cuatro Tezcatlipocas se representan por los colores del maíz, por lo que consideramos que son una representación simbólica del “Tlayol”, el “Maíz”, material con el que fue creado el hombre de estas latitudes.

El quinto viernes de “Cuaresma” es la festividad del “Señor del Calvario” en Mazatepec. Un anciano del poblado me confesó que los peregrinos no venían adorar al hijo de Dios que estaba arriba (en la iglesia) sino, al “Tezcatlipoca” enterrado debajo de la Iglesia.

Presento otro ejemplo de un símbolo que en México paraliza prácticamente las actividades del país, el símbolo de la “Tonantzin”, “la madrecita tierra”, a quien nuestros ancestros

veneraban en el cerro del Tepeyac, hoy santuario de la Guadalupana.

Millones de mexicanos dejan sus actividades para venerar y festejar a la “Tonantzin”, “la madrecita tierra”, “la Morena”, “la Guadalupana” el 12 de diciembre.

Los símbolos culturales se convierten en arquetipos que mueven a la acción colectiva. Los símbolos nos hacen actuar de manera espontánea sin pasar por el filtro de la razón.

La política ha echado mano de los símbolos. Los colores de la bandera, por ejemplo, son usados por el partido más antiguo de México, quien se apropió de este símbolo y tiene un voto duro muy significativo, principalmente en el campo donde mucha gente vota por los “colores de la bandera”.

En 1989 se fundó el PRD y adoptó como logo el símbolo el “Sol Azteca”. Esto, creemos, generó todo un arquetipo que derivó en la respuesta de un inconsciente colectivo, que se tradujo en que un partido recién fundado obtuvo una votación que no puede ser explicada por una plataforma política.

Los símbolos se gastan si el arquetipo no encuentra su correspondencia en la realidad. Así el símbolo del “Sol Azteca” dejó de tener su fuerza simbólica.

Un nuevo símbolo en el ámbito de la política que ha impactado al inconsciente colectivo es el símbolo de la MORENA, pues sugiere la imagen de la “Tonantzin”, la “MORENA” de México, un símbolo con mucha fuerza como generador de arquetipos.

5.6. ¿La historia determinismo o construcción?

¿Cómo vemos la historia, con una lógica determinista o como una lógica constructivista? En función de la respuesta a esta pregunta, la historia se puede constituir como un elemento estructural en la construcción de una nueva sociedad después del COVID-19.

La historia no solo es “el relato de lo que han hecho y sufrido los humanos”, como decía el filósofo griego Aristóteles. De aquí surge el cuestionamiento sobre cuál es la finalidad de la historia, considerando a ésta como el conocimiento de la humanidad y su devenir.

Empecemos por definir el concepto de la historia para entender esta disciplina como una herramienta del desarrollo y mejoramiento de la humanidad. La palabra historia, en el diccionario de la RAE, tiene diez definiciones. Transcribo aquí tres de éstas que se acercan más al objeto de nuestra búsqueda

1. f. Narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados.
2. f. Disciplina que estudia y narra cronológicamente los acontecimientos pasados
3. f. Conjunto de los sucesos o hechos políticos, sociales, económicos, culturales de un pueblo o de una nación.

Estas definiciones se quedan muy cortas para entender el significado, el sentido y la finalidad última de la historia del Hombre.

Etimológicamente, la palabra historia se deriva del vocablo griego “ἱστορία” (historia) que se traduce como investigación o información. En base a su etimología, Heródoto (padre

de la historia) la define como: “el proceso de indagar, buscar, preguntar, reflexionar sobre el pasado, cuya finalidad es dar una explicación objetiva de los sucesos”.

En el portal académico del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, el profesor Juan Brom presenta los conceptos de lo qué es la historia para algunos filósofos y pensadores en diferentes tiempos. Veamos algunos de éstos:

Para Rousseau, la historia son acontecimientos determinados por principios éticos y morales. Así, la historia debe ser estudiada basándose en las acciones de los hombres para comprenderlas y poder actuar de “mejor” forma en el presente.

Hegel, por su parte, considera que la historia está en constante movimiento (dialéctica), por lo que, analizó a las sociedades en permanente estado de contradicción, observó que éstas tienen como fin buscar soluciones que les permitieran llegar a mayor libertad y progreso.

Carlos Marx considera que la historia, no es un cúmulo de datos, sino un instrumento para entender la explotación de los sectores sociales privilegiados sobre los trabajadores, éstos últimos deben analizar el pasado para asumir su papel histórico como agentes del cambio, con el fin de construir una sociedad más igualitaria.

Como puede evidenciarse en estas definiciones, la historia tiene una finalidad, la cual va desde un mejoramiento ético, el progreso, el ejercicio de la libertad hasta la de construir una sociedad más equitativa.

Una visión determinista de la historia.

A partir de las consideraciones antes señaladas, se infieren dos corrientes o enfoques de la historia: el “determinismo histórico” sugiere que la historia es algo cíclico por lo que el devenir está ya determinado, y el de la “construcción de la historia”, que implica la libertad que tiene el hombre para decidir y construir su futuro.

Hace ya algunos años, un insigne y muy querido amigo, el Doctor Gabriel Baldovinos de la Peña (ya finado) me comentó que la historia tenía un propósito: “Enseñarnos los errores del pasado, para no volver a repetirlos”. Asumiendo así a la historia como una enseñanza.

Coincido con mi finado amigo en que la historia tiene como uno de sus propósitos la enseñanza. Sin embargo, considero, además, que tiene otro propósito fundamental que no tiene que ver solamente con lo ya acontecido, sino con lo que está por acontecer.

Bajo esta lógica, me tomo la libertad de categorizar la visión de la historia a partir de dos corrientes de pensamiento, teniendo como criterio las “contradicciones dialécticas” de la historia: con una visión determinista, por un lado, y la del ejercicio de la libertad por el otro.

La visión “determinista” sugiere una historia casi fatalista, mientras que la otra es una visión que puede considerarse como de la esperanza: *la construcción de la historia* en el marco de la libertad y el libre albedrío que tiene el ser humano. Es decir, el ejercicio de la libertad, la libertad de construir su propio futuro.

El determinismo es la teoría que sostiene que todos los fenómenos se encuentran determinados por algún motivo, la realidad es una consecuencia directa de una causa.

Bajo esta lógica, por ejemplo, Friedrich Ratzel propuso la teoría del “determinismo geográfico” que sostiene que el espacio geográfico determina nuestra existencia humana (cultura, economía, raza, etc.).

Esta teoría sirvió como justificación a las enormes desigualdades entre los países desarrollados del hemisferio norte y el subdesarrollo de los del hemisferio sur, como algo fatalmente “predeterminado”.

La tesis marxista asume el concepto del “determinismo histórico”. Aunque, a decir verdad, la tesis marxista no se refiere a un determinismo de la historia en sí, sino más bien un determinismo de la causa. Es decir, la historia se determina en función de las condiciones materiales prevalecientes (del modo de producción) en la vida de los actores, de los hombres.

Así, por ejemplo, si la humanidad está viviendo una serie de circunstancias sociales, económicas, culturales y ambientales casi catastróficas, sugeriría que estas condiciones estarían “determinando” una historia futura fatalista.

En la tesis marxista se reconoce que las condiciones o circunstancias materiales están ya determinadas y presentes, pero que estas condiciones son a su vez un producto de la práctica social de los hombres.

Las condiciones actuales son un constructo humano. En consecuencia, las condiciones generadas por los mismos hombres pueden modificarse y cambiarse a través de la misma actividad humana por otras nuevas. Por lo que se puede afirmar

que el determinismo histórico marxista no necesariamente sostiene una visión fatalista.

Una visión constructivista de la historia.

La otra visión del mundo, la “constructivista”, sugiere que el ejercicio de la libertad permite la construcción de una historia deseable a partir de las acciones individuales y colectivas de los actores del drama de la historia.

La ciencia, para su estudio, puede tomar dos rutas metodológicas: la deductiva y la inductiva. La primera se sustenta en las regularidades (constructos, teorías y leyes). A partir de las cuales se pueden explicar e incluso predecir los fenómenos.

En las ciencias sociales, las regularidades inician como constructos que eventualmente pueden llegar a ser teorías. Es difícil tener una regularidad casi absoluta, una “ley”, en las ciencias sociales, como ocurre en las ciencias de la naturaleza. En las ciencias sociales no se tienen leyes infalibles como, por ejemplo, la ley de la gravedad.

Sin embargo, se han mal denominado en las ciencias sociales como “leyes” algunas regularidades, como las llamadas “leyes del mercado” (la oferta y la demanda) que más bien son una manera de ver el mundo desde el pensamiento dominante.

Si el pensamiento dominante llega a cambiar por otro pensamiento emergente, las leyes de la oferta y la demanda dejan de tener vigencia. Por tanto, estas “leyes del mercado” no se pueden considerar como leyes “*in strictu sensu*”.

La historia como una ciencia social no se sustenta en leyes que determinen un comportamiento, por lo que tampoco

se pueden predecir la ocurrencia de los fenómenos históricos de manera unívoca e inequívoca. Desde luego que existen algunas regularidades como constructos y teorías, mismas que como hemos discutido en otro apartado, tienen fecha de caducidad.

De aquí que la predictibilidad de la historia es una falacia. A lo sumo, pueden contemplarse posibles escenarios. Es por esta razón, que, desde un análisis muy personal, se infiere que queda abierta la posibilidad de que la humanidad forje su propio destino y pueda construir una sociedad más igualitaria, justa, sustentable y en paz.

Podemos imaginar la historia que queremos. El mundo ontológico, el mundo de la realidad, surge de nuestra concepción mental, es por eso por lo que Emanuel Kant, cuando distinguía entre el “fenómeno” y el “noúmeno” (o cosa en sí), afirmaba que, la realidad no se encuentra fuera de quien la observa, sino que en cierto modo es construida por su aparato cognitivo.

Isaiah Berlin resume el pensamiento de muchos filósofos que consideraban que son los hombres quienes hacen su propia historia. La tesis de Isaiah Berlín, sostiene que la historia es el resultado del quehacer libre de los individuos, de sus ideas, creencias, decisiones y responsabilidad moral. Este autor, como el panegírico de la libertad, parte de la tesis de que la historia del hombre es en esencia una historia de la libertad.

Tengo la firme convicción de que, aunque estamos viviendo un momento histórico de profunda crisis civilizacional, la cual se manifiesta en los ámbitos social, económico, ambiental y también en los valores humanos, es posible la construc-

ción de una sociedad más vivible a partir de nuestras acciones individuales y colectivas.

Hagamos nuestra la utopía de Tomás Moro de hacer realidad una sociedad más justa, equitativa y en paz, haciendo uso de la facultad humana de la libertad, y construyamos colectivamente la historia que queremos heredar a las futuras generaciones.

En visión de la historia después de las enseñanzas del coronavirus, esta debería tener un enfoque constructivista, la esperanza de un mundo mejor no solo es deseable sino también viable.

5.7. Lo científico como dogmatismo y oscurantismo

Bajo la “nueva normalidad” es necesario desmitificar a la ciencia entendiendo a ésta como a todos los constructos humanos desde su naturaleza histórica en un constante cambio, así como también finita y falible.

“Está comprobado científicamente” es una locución muy usada por gobernantes, políticos, comunicadores y en general, la gente del pueblo para terminar una discusión. Esta locución tiene un carácter dogmático. Decir que algo es científico implica que lo dicho tiene que aceptarse sin más preguntas, aunque no se sepa explicar el porqué es científico. Lo científico es una verdad que no se discute.

Ante este dogmatismo, nos hacemos la siguiente pregunta: ¿cuál es la naturaleza de lo científico? Con riesgo de ser considerados como apostatas del dogma de la ciencia, intento dar respuesta a esta pregunta. La intención de esta reflexión es

desmitificar lo “científico” a partir de comprender su naturaleza, es decir, de comprender “qué hace científico a lo científico”.

Hace ya un tiempo, asistí a un debate donde participaba un renombrado científico en el área de la genética. El tema giraba en torno a las bondades y amenazas de los transgénicos en México. El debate debía hacerse con actores que difieren del uso de los transgénicos en el país. El científico en cuestión aceptó participar en ese debate con la condición de que la discusión estuviera siempre en el ámbito de lo científico.

Todos los días escuchamos declaraciones de líderes de opinión, de nuestros gobernantes, desde el presidente de la república hasta el presidente del más recóndito municipio, sosteniendo, con aires de suficiencia, la naturaleza científica de un hecho, lo cual, una vez asumido como tal, ya no puede ser objeto de discusión, pues “está científicamente comprobado”.

Esta locución es la última palabra. Casi un dogma que se acepta a pie juntillas como verdad absoluta e infalible. No hay posibilidad de cuestionar algo “comprobado científicamente”. Hacerlo sería una herejía de la nueva religión global.

Cuando estudiaba el sexto grado de primaria, escuchaba a mi maestro, que, con indignación nos hablaba de una época de oscurantismo en la edad media. En esos tiempos, nos decía, no podían ponerse en duda las verdades de la Iglesia, la teología era la única forma de acercamiento a la verdad, no había otra manera.

En esa época, nos decía ese maestro rural, se vivió en un oscurantismo. Nadie osaba a preguntar o dudar de las verdades teológicas. Eran dogmas, no había necesidad de pregun-

tarse el por qué, ni el cómo, solo se debían aceptar esas verdades incuestionables, un grupo de iluminados, los teólogos, lo habían consensado.

“Está comprobado científicamente” es el argumento irrefutable por excelencia que se ha convertido en el nuevo dogma, aunque igual que en la edad media, el pueblo, los comunicadores y los gobernantes, en su mayoría no sabe por qué ni el cómo de lo científico.

Si en la edad media eran los teólogos, los iluminados, los responsables de conocer el porqué y el cómo de las verdades teológicas, en la actualidad, son los científicos los responsables, los iluminados, quienes definen las verdades científicas. Si durante la edad media había un oscurantismo teológico ¿no estamos ahora viviendo un oscurantismo científico?

5.8. Las revoluciones científicas

La ciencia es una construcción humana y como tal, también es un hecho histórico en permanente cambio. Para incursionar en esta afirmación y sus consecuencias, acudo a la filosofía de la ciencia a través de uno de los estudiosos contemporáneos que más ha influenciado en el estudio de la naturaleza de la ciencia: la epistemología, Thomas Kuhn, en su libro “*Estructuras de las revoluciones científicas*”.

Thomas Kuhn, uno de los más prestigiados epistemólogos, filósofos de la ciencia y contemporáneos, explica que la ciencia no es algo estático, sino más bien un proceso histórico y por tanto en permanente cambio. Los cambios (en la ciencia) se originan en lo que llama como “revoluciones científicas”.

Kuhn explica que la ciencia se caracteriza por paradigmas que legitiman los problemas en los que trabaja una comunidad científica. En una explicación casi narrativa, dice que todo va bien en la ciencia y en las comunidades científicas hasta que los métodos, hasta que el paradigma legitimador, se tambalean, entra en duda, y ya no pueden resolverse los problemas desde el paradigma prevaleciente.

Thomas Kuhn nos habla de la aparición de irregularidades que no pueden explicarse en el contexto de las teorías científicas vigentes. Este filósofo, denomina como “anomalías” a las irregularidades que no pueden ser explicadas desde las teorías, desde el paradigma dominante. Cuando esto sucede, el paradigma científico dominante entra en crisis y tiene que aparecer un nuevo paradigma explicativo, una nueva forma de ver y entender el mundo.

Las comunidades científicas comparten elementos comunes que les permite una relativa uniformidad en su juicio profesional. Por lo que, cuando entra en crisis un paradigma, la comunidad científica entra en confusión, entra en crisis, pues su episteme, es decir, su criterio de verdad que unifica a la comunidad se encuentra amenazado.

Vale la pena mencionar que el método científico más empleado por las comunidades científicas tiene dos caminos o métodos, uno es el deductivo a través del cual se busca la explicación de los fenómenos a partir de una teoría, es decir, se estudian las particularidades en función de las generalidades. El otro es el inductivo en el cual, a partir de fenómenos particulares, se construyen las regularidades.

Las regularidades científicas, a la manera kantiana, se pueden categorizar en tres grupos: los constructos, las teorías y las leyes.

Paso para intentar explicar las características de cada una de estas tres categorías científicas, los constructos, las teorías y las leyes, así como el alcance de sus regularidades.

Las teorías tienen fecha de caducidad.

La ciencia es un producto humano, como tal es histórica y por tanto en constante cambio. Las teorías para explicar los fenómenos cambian y son sustituidas por nuevas teorías. Las teorías tienen fecha de caducidad.

Las teorías, así como todas las generalizaciones, son productos emanados del consenso de comunidades científicas, de hombres que se dedican a la ciencia, por tanto, no son infalibles ni permanentes.

Como se comentó antes, las regularidades científicas se organizan en tres grupos: constructos, teorías y las leyes. Estas regularidades científicas se alcanzan a través de un proceso de consenso entre los miembros y entre las comunidades científicas, por lo que podemos reconocer que la ciencia y sus productos es, en última instancia, una gestión de consensos.

Los “constructos” son generalidades no suficientemente comprobadas ni consensadas en el ámbito de las comunidades científicas. Es, por decirlo de alguna manera, la génesis en la construcción de una generalidad científica a partir de eventos particulares.

En una segunda categoría, se ubican las “teorías” que son generalidades probadas una y otra vez por una comunidad científica específica en diferentes contextos espaciales y tem-

porales. Cabe aclarar, que las teorías como proceso de consenso pueden ser sustituidas por nuevos consensos, generando una nueva teoría para explicar la realidad.

Finalmente, están las generalidades por antonomasia: las “leyes”. Estas han sido ampliamente consensadas por diferentes comunidades científicas en tiempos y espacios distintos sin que se observe la más mínima irregularidad. Tal es el caso de la ley de la gravedad o las llamadas leyes de Mendel.

En síntesis, la ciencia, como todo producto humano, es histórica y por tanto en constante cambio, en función de nuevas circunstancias. De aquí que las teorías para explicar los fenómenos pueden cambiar y ser sustituidas por otras nuevas.

Así que, cuando volvamos a escuchar la frase “está comprobado científicamente” usada por nuestros gobernantes, políticos y comunicadores, estaremos conscientes que no es un dogma, que no es la última palabra, que la comprobación científica está sujeta a verse desde otra teoría que incluso compruebe lo contrario de la teoría en vigencia.

El desarrollo de los productos científicos, de sus generalidades, es decir el quehacer de la ciencia tiene que ver con un proceso de consensos de las comunidades científicas. Consensos que pueden ser nuevamente consensados sustituyendo y aboliendo los consensos vigentes. Es decir, sustituyendo las teorías a la luz de otras dimensiones y análisis.

Las “revoluciones científicas” han logrado el avance de la ciencia, haciendo colapsar estructuras y paradigmas científicos dominantes, y construyendo nuevos paradigmas con una nueva visión del mundo.

Desde esta perspectiva consideramos que es necesaria una revolución científica donde el paradigma no sea ya el desarrollo tecnológico para facilitar la vida del hombre ni tampoco un instrumento de acumulación de las riquezas en pocas manos.

Es necesario un nuevo paradigma que incida más en el desarrollo del “*ser*”, más que del “*tener*” y privilegie, sobre todo, el desarrollo de lo humano. A partir de estos análisis, ésta debiera ser la visión de la ciencia y lo científico después de la experiencia del “coronavirus”

5.9. La producción de alimentos

El COVID-19 nos vino a evidenciar que es necesario apuntalar la estructura del sector primario y que se deben canalizar más recursos para la producción de alimentos. La autosuficiencia alimentaria se hace hoy más pertinente ante los vaivenes de los mercados, la disminución de las superficies cultivables, así como por el engrosamiento del sector terciario en detrimento del primario que se ha venido dando hasta antes del “coronavirus”.

México después de ser un país autosuficiente y hasta exportador de productos primarios, hasta la década de los años 40 del siglo pasado y hoy con avances tecnológicos en materia agropecuaria, dependemos de otros países para satisfacer nuestra demanda alimentaria.

Durante más de 15 años tuve el privilegio de compartir proyectos de investigación con don Gabriel Baldovinos de la Peña, primer doctorado en agronomía del país, con postdoc-

torado en Harvard, asesor de presidentes de la república, secretario de Desarrollo Agropecuario en el estado de Morelos, catedrático, conferencista, filósofo y escritor.

En una de esas pláticas que sostuvimos en el cubículo de investigación que compartimos, me dijo algo muy sabio, que, en el contexto de la crisis económica actual, cobra una dramática vigencia: “Un pueblo que no produce sus propios alimentos es un pueblo que vive de rodillas”.

México hasta 1950 fue autosuficiente en materia de producción alimentaria. Incluso durante la segunda conflagración mundial, cuando los jóvenes “*farmers*” estadounidenses se fueron a pelear al viejo continente, nuestro país exportó hacia los Estados Unidos productos primarios.

En esa época, México producía sus alimentos bajo sistemas tradicionales heredados de los abuelos desde cientos de años antes de la conquista, como el sistema de la “milpa” cuyas características productivas y sustentables he abordado en el libro, *Pero nunca nos conquistaron*, editado por la UAEM en el 2022.

A inicios de los años 40 del siglo pasado, toda vez que la demanda de productos primarios de los Estados Unidos era muy alta, enviaron a un grupo de científicos norteamericanos a “enseñarnos” un modelo de producción de gran escala para el mercado. Esto se dio en 1943 a través de la Oficina de Estudios Especiales (OEE) que se estableció en nuestro territorio.

Bajo este modelo, se privilegió la siembra en “monocultivo” en detrimento de la siembra en “policultivo” propia del sistema milpa; el uso de variedades mejoradas genéticamente, desplazando las variedades criollas regionales; el uso masivo

de agroquímicos y maquinaria agrícola a diferencia de los sistemas autóctonos donde privan el control biológico de plagas, enfermedades y la nutrición orgánica.

Se privilegió la agricultura empresarial, que encontró mayores ganancias en la producción de productos industriales, las flores y las hortalizas que en los granos básicos como el maíz y el frijol básicos en la dieta nacional.

De esta manera se descuidó la autosuficiencia alimentaria, por lo que actualmente importamos gran parte de los productos que consumimos, incluido el maíz, el grano básico de la alimentación de los mexicanos, en sus cientos de diferentes presentaciones culinarias que van desde la tortilla, los tamales, el pozole, los acorazados, sopes, chilaquiles, enchiladas, panuchos, por citar solo algunos.

De acuerdo con el Grupo Consultor de Mercados Agrícolas (GCMA), se estimó la importación de maíz en México para el 2020 en unos 18 millones de toneladas. Los mexicanos consumimos en las diferentes presentaciones de este grano alrededor de unos 30 millones de toneladas.

El maíz representa una cuarta parte del total de las importaciones agropecuarias que se importa principalmente de los Estados Unidos, que es el primer productor a nivel mundial de este cereal.

México es el principal importador de maíz de los Estados Unidos, a pesar de que nuestro país es el lugar de origen de este cereal y por tanto el lugar del planeta con mayor biodiversidad de esta especie con más de 60 razas y unas 15 mil variedades que se adaptan a todas las condiciones del país.

El trigo es otro de los alimentos de alto consumo en el país, principalmente en forma de pan. Se importan más de siete millones de toneladas de trigo para cubrir la demanda interna.

En lo referente a productos pecuarios como los lácteos, México está entre los primeros cuatro importadores de América Latina. Casi toda la leche, quesos y yogures que consumimos provienen de otras latitudes.

Raúl Pérez Bedolla, secretario general de la Alianza Campesina del Noroeste (ALCANO), asegura que México tiene una dependencia alimentaria del 50 por ciento, la cual sigue en aumento.

Esta dependencia alimentaria que hoy tenemos tiene que ver en buena medida con los “modelos económicos” a los que han apostado nuestros gobernantes.

5.10. ¿Un nuevo modelo económico?

Antes de proponer la construcción de un modelo “*ad hoc*” para el momento histórico de nuestro país después de haber padecido una pandemia de muy larga duración que inició en el 2020 y que a inicios del 2023 no se le ve aun término, es oportuno hacer una revisión de los modelos económicos que se han instrumentado en México para su desarrollo.

Después de la segunda guerra mundial y de la “Gran Crisis”, los gobiernos mexicanos han implementado diferentes modelos económicos para el desarrollo económico y social del país. Se reconocen al menos cuatro modelos a través de la historia contemporánea de México: el de sustitución de im-

portaciones (1940-1960), el de desarrollo estabilizador (1960-1976), el de la industria extractiva (1976-1982), sin embargo, algunos autores no reconocen este modelo debido por su corta duración, y el modelo neoliberal 1982 a la fecha.

Nuestros gobernantes han implementado, a veces por adopción o imitación algunos modelos que han funcionado en otras latitudes como el de la industrialización que fue un éxito en el viejo continente para superar la crisis económica de la postguerra. La industria fue todo un éxito en la Europa de la postguerra.

Países latinoamericanos, entre ellos México, adoptaron este modelo para su desarrollo, bajo el nombre de modelo de “sustitución de importaciones”.

El modelo de “sustitución de importaciones” tuvo vigencia de 1940 a 1960. Vale recordar que el mundo recién había salido de la “Gran Depresión” (1929-1940) y de la Segunda Guerra Mundial.

A causa de la Segunda Guerra Mundial, creció la demanda de bienes mexicanos hacia los Estados Unidos. Esto, a su vez, elevó la tasa de empleo. Por otro lado, Ávila Camacho (1941-1946), al prometer indemnizar a los ex dueños de la industria petrolera mexicana, estimuló la inversión extranjera en manufactura y el comercio. Además, el estado ofreció incentivos económicos y un sistema arancelario que atrajo la inversión nacional y extranjera.

La idea básica del modelo de sustitución de importaciones tenía como meta el desarrollo y crecimiento de la industria local que empezó a producir los bienes que antes importábamos.

Entre las estrategias que implementó el estado para hacer viable este modelo, estaban los subsidios a la industria local, las barreras arancelarias a las importaciones, se promovió la exportación, el acceso a créditos y se abarataron los costos de compra de insumos y maquinaria del extranjero sobrevaluando la moneda nacional.

Como resultados de estas estrategias, se evidenció un aumento del empleo, mejoró el bienestar de los trabajadores, hubo desarrollo de pequeñas y medianas industrias, y se incrementó el consumo.

Una de las metas de la sustitución de importaciones, además de generar empleos y reducir demanda de divisas, era lograr la autosuficiencia alimentaria.

El modelo de sustitución de importaciones se popularizó en las décadas de 1950 y 1960, su objetivo era convertir la actividad secundaria y la industria en eje del desarrollo económico y pasar de una economía agrícola a una industrial.

Un tiempo se vivió un auge económico, en particular en regiones del norte y noroeste de la república, logrando la autosuficiencia, aunque solo se benefició a un sector de productores, marginando a la mayoría de los campesinos. Esto trajo como consecuencia una fuerte migración del campo a las zonas urbanas y a los Estados Unidos.

Antes de concluir el modelo de sustitución de importaciones se hizo un ajuste a dicho modelo, dando origen a un nuevo modelo conocido como “desarrollo estabilizador”, dando lugar a un periodo de auge económico que abarcó a la clase trabajadora. Este periodo se conoce como el “Milagro Mexicano”.

El Milagro Mexicano

Entre los años 1954 a 1970, el modelo económico prevaleciente en el país fue el del “desarrollo estabilizador”, conocido como el “Milagro Mexicano”. El desarrollo y crecimiento de este modelo fue sostenido por el sector primario quien se descapitalizó lo que fue una de las debilidades de este modelo.

El desarrollo estabilizador inició en el periodo de Adolfo Ruiz Cortínez. Este modelo tenía como propósito el impulso de la economía en base a la industrialización, a fin de evitar la devaluación de la moneda y una acelerada inflación. Entre sus objetivos, estaba el elevar la calidad de vida de la población en general, en especial de los campesinos y obreros.

Se dieron facilidades a la iniciativa privada para el impulso de la industria interna, para lo cual el estado implementó algunas estrategias, tales como limitar su intervención en la economía, una política de control de precios, el impulso a la producción de productos básicos a través de una agricultura moderna basada en semillas mejoradas y paquetes tecnológicos “*ad hoc*” (revolución verde) y el fortalecimiento del mercado financiero, entre otros.

Es importante señalar que la industria tuvo una sobre protección del gobierno, lo cual, a la larga, limitó su competitividad en el exterior y por ende las exportaciones. La producción de la industria nacional tenía como mercado el consumo local.

Se evidenció un desarrollo en el sector secundario y una mejora económica en las ciudades, cosa que no sucedió en el campo en general y en particular al campesino tradicional,

el que siembra las variedades de maíz y frijol originales, con técnicas ancestrales como el sistema “milpa” y bajo condiciones de temporal. Este campesino que produce para la autosuficiencia alimentaria no pudo incorporarse a la agricultura moderna.

La industrialización dio un fuerte impulso al sector terciario, el de los bienes y servicios, que se convirtió en una de las actividades más dinámicas durante este periodo. En 1970, la mitad de la población trabajaba en el sector terciario. Había un auge económico, sustentado en la descapitalización del campo quien soportó el crecimiento industrial.

A manera de síntesis, para que se diera el “Milagro Mexicano”, el sector primario tuvo un papel estratégico pues éste sostuvo la autosuficiencia alimentaria de una población que empezó a crecer a tasas muy altas; sostuvo también el crecimiento industrial con materias primas a bajo costo, por lo que la industria no tuvo que acudir a la importación.

El campo también apoyó a la industria con mano de obra barata. Al final de este periodo se dio una fuerte migración del campo a la ciudad al evidenciarse la pauperización del sector primario. El Milagro Mexicano estuvo financiado por los excedentes del campo que sufrió los efectos de la descapitalización.

La producción agrícola empezó a disminuir pues no resultaba ya sostenible. Empezó a sentirse la escasez de alimentos y se inició la importación de los alimentos que consumimos, aun el básico: el maíz.

Esto marcó la caída del “Milagro Mexicano” junto con la incapacidad de la industria local para competir y exportar al

exterior debido, entre otras cosas, a la sobreprotección del estado que no dejó mejorar sus procesos, técnicas y producción a nivel competitivo.

Luego vino un modelo económico de corta duración, el de la “industria extractiva”, para dar lugar al modelo hoy vigente, el “neoliberal”.

Modelos económicos 1970-1982

Durante los dos sexenios de 1970 al 1982, no se tiene un modelo económico definido, sino más bien dos intentos para soportar la economía nacional, una llamada “desarrollo estabilizador” y una segunda soportada en la industria extractiva de petróleo.

En el periodo de 1970 a 1982, en el primer sexenio que correspondió a Luis Echeverría, se mantiene la inercia del “desarrollo estabilizador”. En el siguiente sexenio con López portillo, la economía se soportó en la industria petrolera, al tiempo que se sentaron las condiciones para que en 1982 se diera el modelo más depredador que tenga conocimiento la historia “neoliberal”.

El soporte financiero en ambos casos fue el gasto público federal, acentuando la inversión y el endeudamiento externo.

El PIB (Producto Interno Bruto) en los años 70, creció a una tasa anual del 6.6. Como era de esperarse, el sector secundario fue el más privilegiado, que creció a una tasa del 7.2 por ciento, el terciario en un 6.7 por ciento en tanto que el agropecuario solo un 3.4 por ciento, toda vez que este sector soportó el crecimiento del resto de la economía.

La aparente bonanza de la década de los 70 se sustentó en un sobreendeudamiento que creció geométricamente llegando a fines de la década, al contraer una deuda impagable sobre todo por la contraída para el desarrollo de la infraestructura de la industria petrolera.

Después de un largo período de crecimiento con baja inflación y sobrevaloración de nuestra moneda, se evidenció el arribo de una aguda crisis provocada por la fuga de miles de millones de divisas del país que generaron una devaluación de nuestra moneda cercana al 100 por ciento en 1976.

Al evidenciarse la crisis financiera en 1977, el FMI (Fondo Monetario Internacional) condicionó a López Portillo a fijar topes salariales, limitar la participación del estado en la economía, liberar el comercio exterior, reducir el endeudamiento público. Con esto se sentaron las bases para el ingreso a México del modelo económico conocido como neoliberalismo.

El sueño de la abundancia que el mismo López Portillo había anunciado con su célebre frase “preparémonos para administrar la abundancia” se volvió una pesadilla, pues la deuda ahora sería impagable y una crisis mayor se avecinaba para el país.

Se avecinaba la llamada “crisis del petróleo del 82”. La apuesta a una economía dependiente del petróleo endeudó más al país y como se descuidó el sector primario, en especial el encargado de producir los básicos que consumimos, se continuó la compra de los productos agrícolas y pecuarios, nuestra comida, a mayor escala.

Estaban dadas las condiciones para el inicio de un nuevo modelo económico, el modelo “neoliberal”.

El modelo neoliberal

El “neoliberalismo” se ha caracterizado por generar un fuerte deterioro en los niveles de vida de las clases media y popular, empobreciendo a los trabajadores fabriles, campesinos y también por un fuerte impacto en el medio ambiente.

Entre 1971 a 1976, se dio un exceso de endeudamiento externo. Dicho endeudamiento, en el fondo, fue para responder a la demanda de divisas del sector privado, el cual sacó el dinero del país convertido en divisas. Es decir, el crédito comprometido del país financió la fuga de capital de este periodo. Esta fuga agravó aún más la economía del país.

La cual al inicio de 1970 era de 21 mil millones de dólares y para 1976 llegó a los 76 mil millones de dólares. La deuda casi se cuadruplicó. Lo anterior, aunado a la llamada la crisis petrolera de 1982 dio las condiciones para el arribo del modelo económico, el modelo “neoliberal”.

Garzón Espinoza, en el 2010, afirma que el neoliberalismo se encuadra en el capitalismo y que este modelo es más un concepto ideológico que teórico y político, más que económico.

Entre las propuestas del neoliberalismo están la disminución del estado en la regulación de la economía, la privatización de los servicios y empresas del estado, la reducción del gasto social, la debilitación de los sindicatos privilegiando trabajos temporales en detrimento de los trabajos fijos.

Las condiciones anteriores dieron pie a la característica más definitoria del neoliberalismo: “abrir la competencia a las empresas transnacionales de manera desventajosa frente a empresas locales”. Tiene como regulador a los “principios del

mercado”, cuyo propósito es la máxima ganancia regulada por las “leyes” de la “oferta y la demanda”.

Bajo este modelo dejan de ser prioritarias las necesidades del trabajador, el consumidor y, en general, a la sociedad. Bajo esta lógica, el trabajador y el consumidor se convierten en componentes de un sistema de mercado amoral, sin sensibilidad social o humana y cuya lógica final es la acumulación.

Quiero ejemplificar lo arriba dicho. En el sismo de septiembre del 2017, ante la emergencia y la desgracia que padecieron algunos estados como el de Morelos, toda la sociedad, pero en especial los jóvenes, dieron muestras de solidaridad humana sin precedentes, aportando no solo apoyo económico sino sobre todo el humano, trabajando codo a codo en condiciones muy limitantes, en jornadas muy largas, casi no dormían y apenas se tomaban algún tiempo para mal comer.

Mientras estas muestras de solidaridad se daban en la sociedad, las grandes tiendas, las transnacionales, insensibles al dolor, a la desgracia, siguieron atendiendo a las llamadas “leyes del mercado”, la “oferta y la demanda”, por lo que subieron los precios de los productos más demandados: latas de alimentos, agua, lámparas, etc.

Los analistas han coincidido en dos de los resultados del ejercicio del modelo neoliberal: la depredación de la naturaleza y una desigualdad creciente, la brecha entre los pocos que más tienen y la inmensa mayoría que poco o nada tiene se amplió dramáticamente.

La lógica del modelo es acumulativa, aunque en sus premisas se sostiene que esta acumulación se desbordará y “choreará” al resto de la sociedad. Asume que la riqueza acumu-

lada “chorreará”, cosa que no ocurre, pues los salarios en este modelo están cada vez más castigados. La pobreza ha crecido. El modelo neoliberal es un modelo depredador del hombre y también de la naturaleza.

¿Cómo pudiera ser un modelo económico emergente postCOVID-19?

Luego de reflexionar sobre los modelos económicos que se han implementado en México, sus características, las razones de sus decadencias, reflexioné sobre un posible modelo económico para el país. Reconozco que este análisis no es el resultado de un trabajo colegiado. Me atrevo a exponerlo para su crítica, mejora o la ampliación. La intención es que en algún momento quienes tienen la capacidad de decisión consideren estas ideas en la construcción de un modelo económico pertinente y considerando las enseñanzas de la historia.

La historia nos dice que hasta los años cuarenta del siglo pasado, no solo éramos autosuficientes en materia alimentaria, sino hasta exportadores hacia los Estados Unidos. Los modelos económicos de nuestro país descuidaron la producción de los básicos de nuestra alimentación. Las políticas privilegiaron al sector secundario y terciario (la industria y los servicios), aunque su desarrollo se soportó en el sector primario, el cual se ha descapitalizado en beneficio de los otros dos sectores.

En los años cuarenta del siglo pasado, más del 50 por ciento de la población se dedicaba al sector primario, a la agricultura y la ganadería; hoy, apenas poco menos del 10 por ciento, se dedica a estas actividades.

Las políticas agropecuarias han privilegiado la producción empresarial, ésta es la beneficiaria de la “revolución verde”. La

agricultura empresarial produce cultivos como el algodón, el cártamo, la vid, entre otros, así como productos hortícolas y frutales que tienen mayor valor en el mercado. La lógica de la producción capitalista es la mayor ganancia.

Los cultivos básicos dan menos ganancias, por lo que su producción se ha dejado a los productores tradicionales, los campesinos e indígenas, quienes no tienen capital para hacerse del paquete tecnológico de la revolución verde.

Los campesinos más pobres tienen una lógica de autosuficiencia alimentaria. Estos son quienes siembran los básicos de nuestra dieta: maíz, frijol, chile, etcétera, con sistemas tradicionales heredados por los antiguos mexicanos, usando semillas “criollas” y conservando “*in situ*” un amplio legado genético.

El descuido de producción dedicada a la autosuficiencia alimentaria nos tiene hoy en día importando más del 50 por ciento de nuestra comida, incluyendo el maíz, nuestro alimento básico.

La historia tiene entre sus propósitos reconocer los errores del pasado para no volver a cometer los mismos errores. Isaiah Berlín sostiene que la historia es un proceso y un constructo humano y, por ende, la historia del futuro es una página en blanco que nosotros escribimos a través de nuestras acciones individuales y colectivas.

En base a esta premisa, y tomando en cuenta las experiencias de los anteriores modelos económicos del país, así como las circunstancias del presente, y también las experiencias y enseñanzas que nos dejó la pandemia del COVID-19, me atrevo a considerar que el nuevo modelo económico de México

debiera tener como base el desarrollo del sector primario, la agricultura y la ganadería.

La economía mundial, actualmente, se sustenta en la virtualidad, en la ficción. Hace años, el valor de nuestra moneda y en general de todas las monedas, estaba respaldado por el oro, hoy nuestra moneda se respalda en las “divisas”, en particular en el “dólar”.

En unas reflexiones con mis estudiantes de postgrado nos hacíamos la pregunta: ¿qué respalda al dólar? Después de un análisis entendimos que las divisas actualmente no tienen un respaldo real, ya sea en metal o en producción que lo respalde.

El valor de las divisas se mueve en función de la especulación. El anuncio de un evento, el comentario del presidente de los Estados Unidos, un movimiento social, etcétera, hacen que “los mercados respondan” y suban o bajen los precios. Esta economía especulativa no tiene un metal como el oro o la producción que respalde su valor.

La economía se mueve por las llamadas “leyes del mercado” que han sido el paradigma del modelo capitalista y neoliberal, que, al no responder, sino agravar los problemas económico y sociales, considero está arribando a su fecha de caducidad.

Bajo este contexto, la producción de alimentos se convierte en un componente de autosuficiencia alimentaria y de soberanía nacional.

Theodore Schultz, premio Nobel de Economía 1970, sostenía que el desarrollo de un país debe sustentarse en el crecimiento del sector primario. Esto es dramáticamente cierto, pues sabemos que la demanda de alimentos crece con el creci-

miento de la población (en 1960 había 2000 millones de habitantes, actualmente somos 8000 millones).

Por lo que, considerando nuestra historia, las predicciones malthusianas, la inminente caída de la lógica de mercado, nuestra vocación agrícola como país, creo que el nuevo modelo para un desarrollo social y económico de México deberá sustentarse en el desarrollo y crecimiento del sector primario.

6. POLÍTICA

La vida política durante el “coronavirus” se vio afectada y fuertemente cuestionada en sus principios como el de la democracia y sus métodos por su insensibilidad y el alejamiento de la sociedad. En este apartado analizo algunos de los componentes de la actividad política que privaron durante la normalidad hasta antes de la llegada del coronavirus, normalidad que no puede continuar como tal en la nueva época histórica que vino a catalizar la pandemia.

6.1. El circo electoral

Los candidatos a puestos de elección popular, hasta antes de la pandemia solían ser personajes que han hecho de la vida política un “*modus vivendi*”. Muchos saltan de partido en partido una y otra vez en función de sus intereses personales. Los partidos políticos han visto una veta de “capital político” en gente de la farándula, ex deportistas y hasta payasos dada su popularidad.

En recientes campañas electorales hemos tenido oportunidad de presenciar “debates” entre los candidatos. En los “debates” en mención, más que contrastar distintos proyectos de nación, fueron una exhibición de quién es el mejor, quién tiene más cola que le pisen, auto calificaciones y descalificaciones y más. Se obviaron olímpicamente los intereses de quién debe ser el protagonista de estas contiendas. Los intereses del pueblo estuvieron ausentes en estos debates.

A partir de este debate me surgieron algunos cuestionamientos. Me di a la tarea de indagar sobre los perfiles en general de los candidatos a diferentes puestos de elección popular.

La lista de los candidatos estaba compuesta principalmente por personajes que han hecho de la vida política su “*modus vivendi*”, muchos de ellos habían cambiado una y otra vez de partido, de plataforma política. El pueblo los conoce como “chapulines”.

Llama la atención que, en esta lista, los partidos políticos incorporaran a muchos personajes de la farándula, personajes de *reality shows*, comediantes, bailarines, payasos y también ex deportistas.

No es la intención discriminar o negar los derechos a nadie de votar y ser votado, garantizados en nuestra Carta Magna en los artículos 1 y 35. El análisis se centra más bien en el “derecho humano” de primer orden que tenemos los pueblos para tener un buen gobierno y por ende un buen gobernante.

Cualquier persona que aspira a ocupar un cargo o un puesto en una empresa o como profesional independiente, tiene que demostrar “competencias” suficientes que lo califiquen para el puesto. Esta calificación es más rigurosa si de su actividad dependen los bienes, la integridad, el bienestar o la vida de otras personas.

En la medida que el cargo implica mayor responsabilidad en la toma de decisiones, la calificación es más selectiva y se hace necesaria una “certificación” periódica que garantice las competencias de los responsables y los obligue a una capacitación continua.

“La certificación, es la constancia que avala los conocimientos, habilidades y destrezas requeridos para el ejercicio de la profesión. Su revalidación es periódica para ofrecer servicios de alta calidad y garantizar la actualización del profesional”.

Las “competencias” son la capacidad de desempeñar efectivamente una actividad de trabajo movilizandolos conocimientos, habilidades, destrezas y comprensiones necesarios para lograr los objetivos que tal actividad supone.

Al parecer la vida política es el único espacio donde no se requiere demostrar “competencias” como requisito. La conseja popular dice que, si no se tiene éxito como profesional o en el desarrollo económico y social, entrar en la política es la opción. Allí no se pide requisito alguno como en cualquier otro trabajo.

Es necesario legislar para que nuestros gobernantes demuestren “competencias para gobernar”. ¿Cuáles son las competencias que debe tener quien aspire a un cargo de elección popular? Estas competencias no están contempladas en la normatividad electoral, por lo que iniciamos un ejercicio con miras a su construcción. A manera de ejercicio hacemos una primera propuesta de las “competencias” mínimas que debe tener quien pretenda un cargo de elección popular.

6.2. Competencias para gobernar

En cualquier empleo se deben demostrar “competencias” para el puesto. A medida que aumenta la responsabilidad, las competencias son más rigurosas hasta pedir la “certificación” de dichas competencias. Gobernar a un pueblo requiere de las mayores “competencias”.

La responsabilidad de gobernar a una nación, un estado, un pueblo o una comunidad no es asunto menor, implica la mayor responsabilidad.

En una empresa, los responsables de las finanzas, la producción o la actualización tecnológica deben evidenciar “competencias” para el puesto. Un representante popular tiene que tomar decisiones sobre los bienes, el patrimonio, la administración, la seguridad, la salud, la educación. La responsabilidad es mayúscula.

Sin embargo, al parecer, la popularidad o el capital político son los únicos requisitos “*sine qua non*” de la política nacional en cualesquiera de los partidos políticos, toda vez que el objetivo es “ganar” la elección. Es obvio que el interés no es que el pueblo tenga un buen gobierno y por ende un buen gobernante.

No existe una normatividad en la selección de los candidatos que garanticen “competencias para gobernar”. Ante esto intenté entender cuál es el criterio usado por los partidos políticos para seleccionar a sus candidatos.

A través de los medios, se puede inferir que el criterio a seguir por los partidos políticos para elegir a los candidatos es su “popularidad”, su capital político. Ante este criterio asumido para la selección de candidatos, uno se pregunta: ¿Es la popularidad el garante de buen gobierno?

La “popularidad”, sin duda alguna, beneficia al candidato y al partido postulante, pero en nada garantiza que el ganador en base a su popularidad sea un buen gobernante, ni que tenga las “competencias” que lo califiquen para gobernar los destinos de un pueblo. Creo que el criterio de selección en

base a la popularidad es un malentendido más del concepto “democracia”.

Los ámbitos de la administración pública tienen que ver con la economía, la microeconomía, la actualización tecnológica, la competitividad, la producción, el desarrollo social, el económico, el cultural, la preservación del medio ambiente, la historia, las tradiciones, la administración, la legislación, los valores, la seguridad, el bienestar y la vida de los gobernados, etcétera.

El derecho a un “buen gobierno” es un derecho humano de primer orden toda vez que tiene que ver con el “bien común”. Para que haya un buen gobierno es requisito fundamental tener un buen gobernante. Al incursionar en los diferentes ámbitos de la normatividad local, o la nacional, no pude encontrar garantizado este principio.

¿Cuál es el perfil que debe tener un candidato a elección popular que avale un buen gobierno? Estimo que el perfil de un candidato para la función pública tendrá que ver con las competencias que deba tener de un buen gobernante.

A mi entender, quien aspire a este cargo cuando menos debe conocer profunda y ampliamente nuestra historia, tradición y cultura; conocer todos los municipios, los pueblos, los caseríos de la región que pretende gobernar; saber de su geografía, sus condiciones climáticas, sociales, económicas y desde luego de sus problemas; debe tener una amplia cultura (no me refiero a título universitario necesariamente), tener un amplio conocimiento de la problemática nacional enmarcada en el contexto globalizador; un conocimiento claro y amplio

de la legislación orgánica, la estatal y de nuestra Carta Magna, pues la normativa será la guía de sus acciones a seguir.

Además, debe ser una persona con principios y valores nacionales y universales, con una vida sana, física y emocional; una clara consciencia social y humanística llevada a la práctica de ser una persona congruente con su pensar.

Al indagar en la normativa que nos aplica, desde nuestra Carta Magna hasta la reglamentaria de la ley electoral, no pude encontrar un soporte legal al derecho humano que tenemos los gobernados a tener un buen gobernante, ni se tienen reglamentadas las competencias que deba tener quien aspire a un cargo de elección popular.

Las enseñanzas del coronavirus hacen impostergable el garantizar a la población el tener un buen gobernante en base a las competencias necesarias para cumplir esta delicada función de gobernar.

En la legislación que nos aplica no están contempladas ni reglamentadas las “competencias” que deba tener un gobernante. Por lo que se hace necesaria una reforma al respecto para garantizar el fin último de la democracia.

Sin embargo, no se pueden reglamentar las “competencias para gobernar” toda vez que el 1 y 35 constitucionales garantizan el derecho a los ciudadanos a ser votados sin más acotamiento.

La legislación electoral se enfoca en especial a los procedimientos de elección, siendo éstos muy detallados toda vez que las triquiñuelas de que se valen algunos partidos para violentar la voluntad popular son en verdad muy “creativas”.

La esencia de la democracia (que el pueblo ejerza el poder) está muy lejos de ser garantizada con sólo estos procedimientos. El contexto cambiante y complejo del momento histórico que vivimos, en especial después de la pandemia del COVID-19, requiere una nueva forma de pensar, de ver el mundo, de entender el espíritu de la democracia.

Reitero que, para garantizar un buen gobierno electo democráticamente, es necesario primero tener la seguridad de tener “buenos gobernantes”. Lo cual implica la selección de quienes aspiren, no solo en base a la popularidad que muchas veces creada ficticiamente a través de los medios y la virtualidad.

Es necesario definir y exigir las “competencias necesarias” para los cargos de elección popular. El actual marco legal limita tener una selección de candidatos en base a “competencias para gobernar”, las cuales favorezcan un buen gobierno.

En 1917, cuando se redactó la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, los constitucionalistas vivían otro momento histórico y a ese momento respondieron. No se puede seguir normando la elección de nuestros representantes populares con los criterios de hace un siglo.

La Constitución, al igual que todo constructo humano, está en constante evolución, ajustándose a cada momento histórico. Por un principio normativo, la Constitución tiene que irse ajustando a las condiciones sociales, económicas y, en general, al entorno regional y global del país de su devenir histórico.

Por ello, nuestra Constitución desde sus inicios en 1917 ha tenido más de 400 reformas. Uribe Arzate dice que el procedimiento de modificación está previsto en la propia Constitución

de que la renovación constitucional es una necesidad inherente a lo normativo.

Los inicios del tercer milenio se caracterizan por una gran complejidad y cambios vertiginosos en todos los ámbitos de la actividad humana. El ejercicio de la democracia hace impostergable tener un garante para que quienes nos gobiernen tengan las “competencias necesarias” para su ejercicio.

Es apremiante entender la vida democrática en su verdadera dimensión al elegir a nuestros gobernantes. Entre otras medidas, se requiere una reforma a los artículos 1 y 35 constitucionales para tener el marco jurídico que permita reglamentar las “competencias necesarias” para gobernar, que abonen a la democracia y al “buen gobierno”.

6.3. Democracia en crisis

Las prácticas del sistema democrático, al menos hasta el inicio de la pandemia, evidencian una simulación a la premisa de Abraham Lincoln resumida en la frase “el gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo”.

Los cambios vertiginosos de las últimas décadas, en todos los aspectos de los constructos humanos, evidencian lo que algunos pensadores como José De Souza Silva identifican, como el trabajo de parto de una nueva época histórica que está por nacer. De Souza asevera que cuando esto sucede, todas las estructuras institucionales entran en crisis. La democracia como tal no escapa a esta premisa y también se encuentra en crisis.

El concepto democracia se acuñó en Grecia en el año 508 A.C. La intención fue construir un sistema que permitiera la participación del pueblo en las decisiones políticas.

Su etimología proviene del vocablo δῆμος (*démos*), pueblo, y κράτος (*krátos*), poder o gobierno. Por lo que etimológicamente democracia significa “el poder del pueblo”.

Para no acudir al diccionario de la RAE, en esta ocasión optamos por presentar los conceptos de dos políticos de talla internacional que hacen de este vocablo:

Shimon Peres afirma que “la democracia implica una colección de desacuerdos. No es un lugar de gente similar, sino de gente diferente. Su principio no es de igualdad sino de igualdad de derechos para que cada quien, aunque sea diferente y no obstante las diferencias y los puntos de vista variados, sea posible vivir juntos y sin violencia”.

Abraham Lincoln, en un discurso de homenaje a los caídos en la guerra civil en noviembre de 1863, hace una de las más clásicas definiciones del concepto de la democracia: “El gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo”.

Giovanni Santori dice que si definir la democracia es explicar lo que significa el vocablo, el problema se resuelve rápidamente acudiendo a sus raíces etimológicas, sin embargo, este pensador considera que el problema de definir la democracia es mucho más complejo que solo definir la palabra democracia desde su significado literal o etimológico, dice: “No nos sirve de ayuda para entender que realidad se corresponde con ella ni de qué modo están construidas y funcionan las democracias posibles”. Es necesario profundizar en su significado,

su simbolismo, en el espíritu del concepto más allá de la mera definición.

Ante estos cuestionamientos y ante las evidencias de las formas de “democracia” que se tienen como práctica en nuestro sistema político, donde al parecer todo se concreta en el derecho al sufragio “libre” para la elección de los representantes a los diferentes cargos de elección popular, surgen una serie de cuestionamientos:

¿Es verdad que el pueblo es quien elige a sus gobernantes? ¿Es un gobierno emanado del pueblo? ¿La democracia política se traduce en una democracia social, cultural y económica? ¿Es un gobierno para el pueblo? o, ¿estamos viviendo una democracia de ficción?

Los mapaches

Algunos hechos ponen de manifiesto la crisis de la Democracia como institución. Unos tienen que ver con trampas ingeniosas que usan algunos partidos políticos para violentar el voto ciudadano. Otros con una manera perversa de engañar al pueblo de que se vive una democracia, aunque la premisa de un “gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo” esté muy lejos de ser una realidad.

En el contexto de la crisis de la democracia, algunos pensadores hablan de una “democracia ficción”, frente a la cual, en el contexto del cambio de época como parte de “la nueva normalidad” después del COVID-19, se requiere la construcción de una “democracia emergente” que tenga como finalidad un empoderamiento del pueblo que se traduzca en mejores con-

diciones de vida para las mayorías. Solo así adquiriría sentido el concepto democracia.

Para su análisis, desgloso en dos partes este análisis sobre la “democracia ficción”, una que tiene que ver con las innumerables trampas para violentar el sufragio ciudadano, lo que coloquialmente se conoce como “mapachismo electoral”, en tanto que la otra tiene que ver con una forma más perversa del uso de la democracia para beneficio del grupo en el poder y/o las oligarquías.

El “mapachismo electoral” tiene ya toda una escuela en la política nacional. Incluso existe un amplio glosario de términos que se refieren a los diversos procedimientos de fraude electoral, tales como “robo de urnas”, “urnas embarazadas”, “el zapato”, “el tamal”, “el ratón loco”, “el carrusel”, “la mesa que más aplauda”, “los muertos vivientes”, “catafixia”, etcétera, etcétera.

Un amigo que ha incursionado muchos años en la vida política me estuvo platicando toda una tarde de cómo son estas prácticas fraudulentas. Confieso que quedé casi admirado de tanta creatividad para violentar el voto.

Voy a referirme, solo a manera de ejemplo, de una de éstas, “el carrusel”, que es más o menos de la siguiente manera: primero un “mapachito” recoge, pero no deposita su boleta electoral, se la lleva y la entrega a quien está comprando los votos. Éste marca la boleta a favor de su partido y la entrega a otro “ciudadano” para que la deposite y a su vez le entregue la suya en blanco para hacer este procedimiento una y otra vez.

En la revista Proceso apareció una entrevista con Santiago Nieto, ex titular de la Fiscalía Especializada para la Atención de

Delitos Electorales (FEPADE), y dicha entrevista narra cómo la corrupción inicia en los procesos electorales.

Santiago Nieto, en la entrevista, habla de otra forma de “mapachismo electoral” auspiciada con enormes cantidades de dinero: “el turismo electoral”. Refiere en dicha entrevista que “Mientras inicia el proceso electoral y al cierre de la votación, ocurre la alteración del Registro Federal Electoral mediante el llamado “turismo electoral”.

El turismo electoral consiste en el cambio de domicilio de un numeroso grupo de personas de un municipio a otro, o bien a otra entidad, por lo general cercana. Los “turistas electorales” realizan previamente el trámite de cambio de domicilio ante el INE para solicitar una credencial de elector con el nuevo domicilio. Obvio todos los gastos de estos “turistas” son pagados por el partido promovente.

Señalamos aquí solo dos de las estrategias “mapaches” a manera de muestra. Se pueden consultar en internet decenas de éstas.

Pero además del “mapachismo electoral”, hay una serie de estrategias en verdad perversas del uso de la palabra democracia, como un garlito, que lejos de beneficiar al pueblo, beneficia los intereses de pequeños grupos .

Las trampas a la democracia

Santori menciona que la democracia está plagada de trampas. Una de las cuales es la idea reduccionista de que la democracia se reduce al sufragio. Comprender el significado del concepto

nos ayudará a entender que la democracia no se restringe al momento del sufragio, sino que es una forma de vida.

La democracia es uno de los pilares que soportan a la modernidad occidental junto con el positivismo científico, la idea del progreso y la democracia.

Pensar que la democracia se limita al acto de la emisión del voto para elegir a los gobernantes es un pensamiento sumamente reduccionista. La democracia es un estilo de vida, no un sistema electoral.

Por lo que este vocablo define una manera de vivir con respeto irrestricto a los derechos humanos, la dignidad humana, la libertad, las condiciones de vida igualitarias de desarrollo y crecimiento en lo educativo, lo social, lo económico, cultural, que generen las condiciones de bienestar para todos los miembros de la comunidad.

Los derechos humanos son los principios y valores “*sine qua non*” para la convivencia. Y son los derechos humanos los que dan rumbo a la vida democrática. Se puede decir que los derechos humanos son la expresión de la vida democrática. Solo así, un estado o gobierno puede calificarse como democrático.

En nuestra sociedad, los derechos humanos se violentan cada día en sus diferentes expresiones: el derecho a la vida, la libertad y la seguridad; el derecho a una vivienda digna, a un salario decoroso, a la educación, al trabajo, la salud, a un ambiente sano, etcétera. Por lo que, asumiendo esta premisa, en “*strictu sensu*” sería una falacia decir que vivimos una democracia.

Otra trampa de la democracia es hacernos creer que al votar por un personaje estamos ya, por ese solo hecho, asumiendo

do “el poder para el pueblo”, y que es “el poder del pueblo” al (supuestamente) elegir a nuestros gobernantes.

La verdad es que las diferentes oligarquías crean, a través de los diferentes medios, figuras populares “*ad hoc*” por los que el pueblo deberá votar. Estas figuras creadas por un sistema de mercado seguirán sosteniendo el actual “estatus quo” donde los beneficiados con las políticas y los recursos son los propios grupos oligárquicos que los propusieron.

Son estos grupos quienes en realidad detentan el poder. Por lo que, podemos decir, más que democracia, lo que vivimos es un estado de plutocracia (πλοῦτος, *plutos* = riqueza, y κρατία *cratia* = poder, es decir, el poder para el servicio de unos cuantos, de la oligarquía).

Es necesario e impostergable, en la nueva normalidad, repensar la democracia bajo nuevos paradigmas que se traduzcan en leyes y políticas que garanticen el bien común del pueblo, es decir, en igualdad de oportunidades de educación, salud, recreación, vivienda, trabajo y cultura.

6.4. Demagogia, sus significados

Aristóteles consideraba que “la demagogia es la degradación de la democracia”. Comprender cuáles son los orígenes, los significados y las prácticas de la demagogia, así como sus consecuencias en la forma de gobierno y en la vida ciudadana, es una radiografía que pretendemos realizar para que esta no siga pervirtiendo la vida democrática, sobre todo después de haber vivido la experiencia de una pandemia que vino a cuestionar los paradigmas, las costumbres y el actuar de la raza humana.

Meses antes de las elecciones, decenas de días que parecen no tener fin, a todas horas y en todos los medios, vimos y oímos hasta el hartazgo las “propuestas” de políticos de todos los partidos, que, para ganar el voto ciudadano, apuestan a la descalificación, el engaño, la mentira, las verdades a medias, o al temor como estrategias de convencimiento.

Al menos hasta inicios de la pandemia los debates televisados a nivel local como nacional la demagogia estuvo presente en sus diferentes expresiones y gradaciones.

Al incursionar en el diccionario de la Real Academia Española, aparecen dos definiciones de la palabra “demagogia”:

1. f. Práctica política consistente en ganarse con halagos el favor popular.
2. f. Degeneración de la democracia, consistente en que los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos, tratan de conseguir o mantener el poder.

Etimológicamente la palabra demagogia proviene del griego *δημος* (*demos*: pueblo) y *ἄγω* (*ágo*: conducir). Lo que se traduce como guiar o conducir al pueblo. En su acepción etimológica, demagogia no implica que tenga que ser a través de un discurso engañoso.

La democracia griega se regía por tres principios: el primero, la elección del gobernante; el segundo, la facultad del pueblo para hacer leyes (poder legislativo) y el tercero, el de “control” del gobernante. Se dice que, en la antigua Grecia, cuando el gobernante dejaba el cargo, se le “auditaba” para saber si había gastado el dinero de forma adecuada, no tanto si se había

enriquecido del dinero del pueblo y, si fue así, su castigo era el destierro.

El filósofo Aristóteles, fue quien acuñó y definió el concepto “demagogia” como la forma corrupta de la democracia. También se denominaba a la demagogia como “oclocracia”, en la cual el poder era detentado por los demagogos, es decir, por los políticos que engañaban y engatusaban al pueblo a través de la palabra y el discurso plagado de promesas y mentiras.

A través de la demagogia, se cambia la semántica de las palabras para adecuarlas a las ideas y los intereses del demagogo y del grupo que representa.

Cuando se cambian los significados de las palabras, también los conceptos se cambian, los cuales, a través de una lógica de mercado, se venden al pueblo, quien asume los nuevos significados y de esa manera también las ideas y los principios del demagogo.

Esta fue la lógica nazi que se expresa claramente en la frase que se atribuye a Joseph Goebbels, ministro de propaganda del Tercer Reich, “Una mentira repetida adecuadamente mil veces se convierte en una verdad.” “Miente, miente, miente que algo quedará, cuanto más grande sea una mentira más gente la creerá.” Cualquier parecido con las repetidas mentiras políticas, no es mera coincidencia.

Cambiando los significados de las palabras, el pueblo puede seguir ciegamente al demagogo. Incluso puede convencer al grueso de la población, en especial a la menos instruida y educada de que una tiranía es una democracia.

La demagogia, como mal remedo de la democracia, tiene diferentes formas de presentarse. Intento desenmascarar algunas de éstas.

6.5. Las mil y una cara de la demagogia

El demagogo acude a múltiples prácticas para que, a través de la mentira, el engaño, el temor, las promesas y falsas expectativas que utiliza para alcanzar o mantenerse en el poder, descubramos algunas de estas prácticas que se han usado a través de la historia y que han estado vigentes en las campañas electorales.

La demagogia es un instrumento de control y de poder. Son muchas las estrategias que emplean los demagogos para lograr el poder; son muchas las formas como se instrumenta la demagogia.

Quienes ostentan el poder para mantener sus privilegios y su “estatus quo” a través de políticas y formas de pensar que sostienen sus posiciones y privilegios, primero crean una figura popular que posicionan como “el candidato”, la cual, a través de una práctica de mercado, venden a los electores.

Luego, a través del mismo sistema de mercado, con el uso de los medios, de los cuales, en su mayoría, son los dueños o tienen bajo su control, crean la ficción de que la sociedad está categorizada en dos grupos: el grupo de “los buenos” y el de “los malos”. Y hacen creer al pueblo que la figura popular creada “exprofeso”, es el representante de “los buenos” y por tanto por quien hay que votar.

Con el acompañamiento y la complicidad de los medios bajo su control, se crea otra ficción, la de que el “candidato” es el guía, el héroe casi mítico, el gran líder, y el único que puede salvar al pueblo de las amenazas reales o inventadas como estrategia por los dueños del poder y del dinero.

Otra forma muy usada y nada ajena a nuestro sistema político que ha funcionado en el pasado y que se ha usado, y no con poco éxito en las campañas políticas actuales, es la “campaña del miedo”.

Como parte de esa demagogia, infunden temor en la población al crear escenarios catastróficos para el país, para la economía y para la vida de los ciudadanos en el caso de que gane el oponente que representa más peligro a los privilegios de los detentores del poder, quienes a resumidas cuentas están detrás de las prácticas demagógicas para mantener su hegemonía.

La demagogia tiene su mejor nicho de crecimiento y desarrollo en la ignorancia y la incultura. Por eso cuando se tiene el poder, como una estrategia para seguir manteniéndolo, se invierte muy poco en el rubro de la educación y la cultura. La demagogia no tiene cabida en mentes analíticas y críticas que desentrañan las mentiras y los engaños del discurso demagógico. La ignorancia es la puerta de entrada de la demagogia.

El demagogo, en su discurso, pone como prioridad a los pobres, pero sabe que al mantener ese “estatus” tiene las condiciones idóneas para sostenerse en el poder. Por lo que su discurso no va al fondo del problema de la pobreza, sino más bien acude a la práctica asistencialista permanente o temporal. No va a la generación de condiciones igualitarias de salud, educa-

ción, trabajo bien remunerado, sino a un sistema de dadas a través de programas asistenciales.

Los demagogos siempre ponen en el foco del interés a los pobres, no porque les interese, sino porque son su clientela cautiva. Es la población con más necesidades que está dispuesta a vender su voto por algunas prebendas como láminas, despensas, mochilas, zapatos, tinacos y demás que usan de manera perversa estos políticos.

Estas dadas electorales son una práctica tan común que ya no causan indignación. La gente más pobre espera las campañas para obtener estos “apoyos” que a fin de cuentas provienen, la más de las veces, de manejos corruptos de los dineros del pueblo.

Son muchas las prácticas demagógicas, unas abiertas, descaradas y hasta vulgares y otras más veladas y casi subliminales, pero todas, tienen un solo fin: mantener a los demagogos y a sus jefes en el poder.

6.6. Las amenazas de la demagogia

La demagogia lleva a la ausencia del estado de derecho, al autoritarismo y a una dictadura formal o “de facto”. La historia contemporánea nos muestra muchos ejemplos, aquí consideramos dos casos a manera de botón de muestra de los productos de la demagogia.

Alayón Gómez, citando a Platón en *Diálogos*, considera a la retórica como un ente bicéfalo, una de cuyas cabezas, “la buena”, se enfoca al convencimiento a través de argumentos veraces, esta es la retórica de los filósofos, la de la dialéctica, en

tanto que la otra cabeza, representa a la retórica “mala” la de la ilusión, la del engaño, esta era la retórica usada por los sofistas.

Sócrates, por su lado, parte de la premisa de que la retórica debe estar al servicio de la verdad. El mismo filósofo define a la retórica “buena” como la “psicagogia”, que se traduce como el arte de conducir las almas a través de las razones. A diferencia de la retórica “mala”, que se sustenta en el engaño, la ilusión, la de los sofistas. La demagogia en última instancia representa un vacío persuasivo que sustituye los argumentos por falacias y temores.

Al respecto, Primo Levi, un sobreviviente de Auschwitz, nos recuerda que Hitler, con su discurso demagógico, era adorado por las masas. Goebbels, ministro de propaganda de Hitler, era sin duda un retórico sofista. Goebbels también usó un engaño conocido como “*falacia ad populum*” que considera la decisión de un pequeño grupo como decisión de toda la población. Esto lo lleva al extremo de decir: “Yo me paro ante ustedes no sólo como el vocero del gobierno, sino como el vocero del pueblo”, y como la voz del pueblo es la voz de Dios, Goebbels es la voz de Dios. Así de manera casi subliminal funciona en ocasiones la demagogia.

Sin ir lejos, en la historia contemporánea, Donald Trump es un ejemplo claro del producto demagógico. Cuando recién empezamos a saber de este personaje y conocimos de sus discursos, nadie en su sano juicio podía apostar a que sería el presidente del país más poderoso del mundo. Su ignorancia, su egolatría, su mitomanía, su absoluta falta de diplomacia evidenciaban que nada tenía que hacer como candidato y que sería derrotado vergonzosamente.

Sin embargo, Trump, como demagogo natural, supo canalizar el miedo, el temor de la población estadounidense ante la amenaza del terrorismo, supo incursionar y sacar a la luz los tabúes más escondidos de la población norteamericana, toda vez que son sus propios tabúes. Así, la población desinformada, la de menos nivel cultural y académico, la más radical, hizo suyas las emociones, las frustraciones y los temores que plagaron los discursos demagógicos de Trump.

Así, contra todo pronóstico, llegó a la Casa Blanca una figura autoritaria que tuvo en jaque al pueblo musulmán, al coreano, al chino, a nuestro país, a los periodistas de su país, y, sin exagerar, puso en jaque a la paz del planeta.

Los demagogos encuentran su nicho ideal en la frustración y el hartazgo ciudadano. Peña Nieto tenía razón cuando, en su discurso ante la ONU, dijo que “la desilusión de los ciudadanos lleva a la emergencia de demagogos y autócratas”. Los políticos lo saben y emplean la demagogia en sus discursos, a discreción y sin el más mínimo recato.

Estas amenazas a la vida democrática sin duda siguen una tendencia inercial, por lo que considero que las enseñanzas que nos ha dejado el COVID-19 nos dan oportunidad para romper inercias que van contra los derechos y el desarrollo de lo humano como lo es la demagogia como estrategia para arribar al poder político y económico.

7. COTIDIANIDAD

La cotidianidad también vino a ser trastocada con el advenimiento del “coronavirus”. En este capítulo se abordan algunos de los momentos de nuestra cotidianidad local y nacional que merecen también ser repensados desde sus significados y, en otras ocasiones, desde sus simbolismos toda vez que éstos dan sustento a nuestra manera de ser, nuestra identidad, nuestra idiosincrasia. La reflexión sobre la cotidianidad se aborda desde su pertinencia con los nuevos contextos y actualidad después de la pandemia.

7.1. Nuestras festividades

7.1.1. *“El grito”, un símbolo nacional.* ¿Qué es lo que en el fondo los mexicanos celebramos bajo el símbolo del GRITO? ¿Cómo nace este ritual, ¿cómo ha evolucionado?

En mis recuerdos infantiles, el 15 de septiembre aparece la presidencia municipal y la plaza del pueblo, adornados con colgantes de papel china con los colores de la bandera. En las casas, las señoras “descabezando” el maíz para el pozole, preparando las tostadas, los sopes con frijoles, lechuga, zanahoria y queso para ornamentar estas delicias con los colores nacionales. ¡Había un ambiente de fiesta!

Los señores se surtían con tequila y mezcal para la celebración, limpiaban sus armas pues esa noche las iban a “tronar”,

“era noche libre” los escuchaba decir. Esta noche habrá una buena “tronadera”, comentaban.

Ya por la noche, la gente se daba cita en un viejo “salón de actos”. En el presídium estaba unos personajes regordetes con caras adustas. Uno de ellos, me dijeron, era el presidente municipal, el que daría “el grito”. En una silla especialmente adornada, una jovencita de gesto ingenuo y mejillas sonrosadas, nerviosa intentaba siempre sonreír, era “la Reyna de las fiestas patrias”.

A las 11:00 de la noche, según el ritual, se hizo un silencio y el regordete presidente municipal arengó al pueblo con vivas a los héroes que nos dieron patria enunciando sus nombres, no podía faltar el “¡Viva a la virgen de Guadalupe!”, así como el grito de “Mueran los gachupines” y los tres vivas a México. El pueblo coreaba con entusiasmo casi eufórico mientras las campanas de la iglesia repiqueteaban a fiesta y se escuchaban descargas de pistolas por todos lados.

Se narra que la mañana del 16 de septiembre, a las dos de la mañana, el cura Miguel Hidalgo mandó a tocar las campanas convocando a misa y con una arenga marcó el inicio de la guerra de independencia del gobierno español.

La arenga, según varios personajes de esa época, entre ellos Servando Teresa de Mier fue la siguiente: “¡Viva la religión! ¡Viva nuestra madre santísima de Guadalupe! ¡Viva Francisco VII! ¡Viva la América! ¡Muera el mal gobierno!” Las crónicas dicen que el pueblo respondió la arenga gritando: “¡Viva la Virgen de Guadalupe!” y “¡Mueran los gachupines!”.

“El grito” no tenía en sus inicios una idea independentista. El movimiento fue evolucionando hasta tener como intención

la independencia de la corona española. Fue un proceso de 11 años, que concluyó con el ingreso del “Ejercito Trigarante” a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821.

A Ignacio López Rayón le correspondió ser el personaje que inició el ritual “del grito” el 16 de septiembre de 1812 en el poblado de Huichapan (hoy estado de Hidalgo). La primera celebración del “grito” en Palacio Nacional la encabezó Guadalupe Victoria en 1824.

Fue José María Morelos y Pavón quien en “los Sentimientos de la Nación” oficializó el 16 de septiembre como el día dedicado para preservar el recuerdo del inicio del movimiento libertario y el reconocimiento a sus iniciadores. El ritual del “grito” tiene algunos mitos y ha sufrido algunos cambios a lo largo de la historia.

Ante la situación social, económica y cultural que se había vivido hasta septiembre del 2019, muchos mexicanos se hacían la pregunta: ¿qué se debe celebrar en este 16 de septiembre con el contexto tan adverso que vivimos? Incluso se hizo una encuesta para saber el pensar de los mexicanos con respecto a esta celebración. Alejandro Rosas cita que esta encuesta evidenció que dos terceras partes de la población respondió que, si tiene motivos para celebrar, mientras que una tercera parte decía lo contrario.

¿Qué celebramos los mexicanos, por qué esta fecha es motivo de reunión familiar, de convivio, de celebración efusiva? Al intentar encontrar una respuesta, encontramos un texto de León Portilla titulado *Filosofía del Relajo*. En este documento asevera que, por nuestra forma de ser, nuestra idiosincrasia como mexicanos es muy festiva, que somos muy alegres, “rela-

jientos”, que siempre encontramos el motivo para el “relajo” en cualquier circunstancia, hasta en los velorios.

Desde mi visión, además de nuestras características festivas, hay todo un simbolismo detrás de la celebración “del grito”. No celebramos la emancipación de España, sino más bien, es un simbolismo y sentimiento identitario de nuestro mestizaje, por lo que el día 15 de septiembre no nos vestimos a la usanza prehispánica sino más bien a la colonial, y comemos la rica y diversa comida mexicana que también fue evolucionando a lo largo de nuestra historia.

Los mexicanos con nuestro característico colorido, forma festiva y “relajienta”, celebramos el 15 y 16 de septiembre nuestra identidad nacional. Ese es el motivo que congrega a las familias y a todos los pueblos del país a dar *el grito*.

Estimo que este símbolo que nos une como mexicanos, como hermanos desde nuestro mestizaje que hoy nos identifica, debe seguirse celebrando con todos nuestros elementos festivos, culinarios y nuestra característica festiva que nos da identidad. “El grito” que deberá seguir siendo una de nuestras celebraciones aun después de la experiencia del COVID-19.

7.1.2. Fiestas de fin de año. Una celebración de carácter universal es la del “Año Nuevo”. La fecha histórica de la celebración varía en las diferentes culturas. La celebración del Año Nuevo, el día primero de enero, es una tradición relativamente nueva, tiene apenas cuatro siglos.

Antes del siglo **XVII**, el Año Nuevo se celebraba en el equinoccio de primavera del hemisferio norte, el 21 de marzo, que es la fecha del inicio del año astronómico. A partir de 1582, se re-

emplaza el calendario juliano y se establece el calendario gregoriano, que lleva este nombre por el papa Gregorio XIII. En este calendario se oficializa el 1 de enero como el comienzo del año.

Las diferentes culturas celebran el Año nuevo en diferentes fechas, por ejemplo, los chinos lo celebran en la primera Luna Nueva, en el signo de Acuario (fines de enero y mediados de febrero). Toda vez que la cultura occidental ha cubierto todo el orbe, el 1 de enero es la fecha universal para celebrar el Año Nuevo.

Entonces, ¿cuándo realmente empieza el año nuevo? Todas las culturas tienen fechas simbólicas basadas en mitos fundacionales para la celebración del inicio del año. Incluso, a nivel individual, podemos decir que el año nuevo empieza y se renueva el día de nuestro cumpleaños.

Las formas de celebrar el Año Nuevo son variadas. Los alemanes despiden el año con brindis en honor a San Silvestre y tronando petardos para alejar a los malos espíritus. También acostumbran a dejar un poco de comida en los platos como una forma de ritual de asegurar la comida para el año que viene.

Los escoceses prenden fuego a un barril que hacen rodar por las calles, a este ritual lo llaman el «*Hogmanay*». Otra tradición es el «*first footing*», que supone que el año nuevo será de acuerdo con el estado de ánimo de la primera persona que cruce la puerta.

Los franceses esperan el año nuevo en los Campos Elíseos, brindando con champaña y, dado su carácter latino y querendón que se les atribuye, tienen la tradición de iniciar el año besándose bajo unas hojas de muérdago.

Los italianos, en su ritual, comen lentejas para atraer la fortuna. También tienen la costumbre de usar ropa interior roja, en especial las mujeres, para atraer el amor. Arrojan trastes viejos por la ventana como un ritual de rompimiento con el pasado.

En México tenemos muchos rituales de Año Nuevo que tienen la intención de atraer a la suerte, la salud y el amor.

Entre los rituales más comunes está el barrer la casa, tirar lo viejo para alejar las malas vibras; no falta la ropa interior roja para el amor o la amarilla para el dinero; las 12 velas, una para cada mes del año que deben encenderse religiosamente al inicio de cada mes.

Se acostumbra también tener una colección de granos, una sábila con listón rojo para evitar las envidias, el borreguito para la abundancia, etcétera.

Pero volvamos a la pregunta inicial, ¿por qué celebramos el año nuevo independientemente de la fecha histórica de su celebración?

Para responder esta pregunta, me atrevo acudir a la figura del símbolo, del mito universal que prima en la memoria colectiva universal o, como dijera Carl Jung, en el inconsciente colectivo.

Mircea Eliade propone el modelo del “eterno retorno del mito”, donde sostiene que, en todas las culturas desde la más antigua, la sumeria, hay un mito universal que narra la aventura de un demiurgo.

Dicho demiurgo nace, se desarrolla y en su juventud libra innumerables aventuras de las que sale victorioso, hasta que baja al inframundo donde muere (aparentemente), pero en

realidad se reúne con el “uno” (muchos conceptuamos como Dios), para que, desde esa unión, el demiurgo resurge transformado y redimensionado a la vida.

Tal es el caso de los héroes de Popol Vuh, “*Hunahpú*” e “*Ixbalanqué*”, quienes bajan a los dominios del Xibalbá, el señor del inframundo, donde, tras sortear muchas pruebas de las que salen victoriosos, son muertos con engaños, pero resurgen del inframundo convirtiéndose uno en el Sol y otro en la Luna.

Este mismo recorrido ocurre con el héroe Gilgamesh en la más antigua cultura, de la misma forma, en la cultura occidental el demiurgo se representa en la figura de Cristo, quien muere, pero resucita después convertido en uno de los tres entes del concepto trinitario cristiano.

Esa memoria histórica de nuestro ADN es la que en última instancia rememora los rituales y las intenciones del año nuevo. Se rememora el resurgimiento a una nueva vida luego de la muerte del año que termina.

El año nuevo nos convoca a iniciar nuevas historias, expectativas; a dejar lo negativo, el dolor, la tristeza, la incertidumbre; El símbolo del Año Nuevo da renovadas intenciones, de logros, metas, ilusiones por desarrollar, de una transformación de nuestra vida.

Desde este enfoque, en nuestra memoria histórica universal con el ritual de Año Nuevo, es el símbolo de la muerte que da origen a la vida y al renacimiento. Por lo que hay un sentimiento colectivo de esperanza, de una vida renovada y mejor para el año que inicia. Por lo que, bajo esta lógica de esperanza y renacimiento, el ritual y símbolo del Año Nuevo debe continuar reivindicando su sentido y simbolismo más profundo.

Esta celebración, con coronavirus, sin coronavirus y a pesar del coronavirus, seguirá celebrándose en todo el orbe pues es todo un arquetipo mandatado desde la última memoria histórica de la vida, desde el mismo origen de ésta.

7.1.3. Propósitos de Año Nuevo. Una costumbre muy añeja de cada fin de año es tener propósitos (de Año Nuevo) con la mejor intención de mejorar como persona o alcanzar algunas metas pendientes. Esta tradición y costumbre forma también parte de nuestros arquetipos, por lo que seguirán después de la pandemia, aunque los propósitos tendrán nuevos enfoques.

La mayoría de los propósitos de Año Nuevo no logran hacerse realidad. Los buenos propósitos de Año Nuevo pueden ubicarse en tres categorías: en sueños, metas o en utopías.

Una costumbre muy arraigada entre nuestro pueblo es, hacer propósitos de año nuevo. Estos propósitos tienen que ver con la mejora de nuestra calidad de vida como: bajar de peso, aprender un idioma, cuidar de la salud, aprender a tocar guitarra, dejar de fumar o beber, etcétera. Son muchos y muy variados los propósitos de Año Nuevo.

Por lo general estos propósitos son sólo buenas intenciones que, en el mejor de los casos, se inician con entusiasmo en la primera semana del año, aunque antes de concluir la semana el propósito pasa a un segundo, tercer o último término en las prioridades de la cotidianidad. Pocas personas alcanzan sus propósitos de Año Nuevo.

Estos propósitos de inicio de año me llevan a reflexionar sobre la posible causa de su fugacidad. Para lo cual, los ubico

arbitrariamente en tres categorías: como “sueños”, como “metas” y como “utopías”.

Los sueños

Para iniciar, incursionemos en la naturaleza semántica del vocablo para intentar entender por qué los propósitos ubicados en la categoría de sueños, por lo general, no se alcanzan.

El diccionario de la RAE define hasta siete diferentes definiciones del vocablo “sueño”. Para el propósito de esta reflexión me quedo con dos de éstas:

1. m. Sucesos o imágenes que se representan en la fantasía de alguien mientras se duerme.
2. m. Cosa que carece de realidad o fundamento, y, en especial, proyecto, deseo, esperanza sin probabilidad de realizarse.

Hobson en el año 2000 sostenía que “La actividad mental que ocurre en el sueño se caracteriza por una imaginación sensoriomotora vivida, que se experimenta como si fuera la realidad despierta, a pesar de características cognitivas como la imposibilidad del tiempo, del lugar, de las personas”.

El sueño por, definición es una función que se realiza al dormir. Sin embargo, hay quienes también sueñan despiertos, su mundo onírico sigue en la vigilia. Mis ancestros los conocían como “construir castillos en el aire”.

Los sueños en vigilia tienen una estrecha relación con la fantasía, su origen etimológico proviene del griego “Phantasos”, nombre del dios encargado de producir los sueños. La “fantasía” se asocia a algo que no existe, que es una ilusión mental difícilmente alcanzable en el mundo real. Rivera Do-

noso la describe como la “conformación y percepción de imágenes que no existen en el mundo real.”

El sueño, en su connotación de fantasía, no surge de una reflexión profunda y contextualizada, nace de manera espontánea, momentánea y explosiva como un hermoso fuego piro-técnico cuya duración es efímera.

A veces surge por señalamientos externos o deseos y anhelos no siempre expresados, incluso a partir de sentimientos de culpa. Al parecer la gran mayoría de los propósitos de Año Nuevo se ubican en la categoría de “sueños”.

Los propósitos-sueños no tienen una programación, una estrategia, un tiempo ni acciones a seguir. Por lo que, difícilmente se alcanzan. Son el producto de una emoción que por unos momentos imprime en quien lo hace un sentimiento de satisfacción y realización. Aunque sea una vez al año.

Propósito como meta

Los propósitos encuadrados como sueños, deseos o fantasías son muy difíciles de alcanzar, dado que no surgen de un análisis y reflexión clara del contexto interno y externo, no tienen una planificación con acciones concretas para su logro. Las “metas”, en cambio, son parte de la estructura de una planeación estratégica, con acciones concretas y determinación de tiempos para su logro. Los sueños, los deseos, si trascienden a la categoría de metas, tienen un garante para su logro.

Los deseos y los sueños son la génesis de los propósitos y las metas. Un propósito inicia por lo general como un deseo o como un sueño. Es por eso importante tener sueños. El sue-

ño o deseo, es un impulso humano, que puede derivar en un propósito si existe la intervención de otra facultad humana: la voluntad.

Si un deseo entra en al ámbito de la voluntad, entendiendo esta palabra como la “Facultad de decidir y ordenar la propia conducta” (Real Academia Española), entonces el deseo o el sueño, se puede convertir en un propósito.

La RAE da cinco definiciones de la palabra “meta”, una de éstas es: “Fin a que se dirigen las acciones o deseos de alguien”. Etimológicamente se puede identificar la palabra “meta” como un límite ya que se utilizaba en latín para referirse a los objetos cónicos que marcaban los extremos de la espina en los circos romanos.

A diferencia de los “sueños” que no tienen una organización, estructura, tiempos, acciones a seguir, las “metas” tienen una visión muy clara, concreta y detallada de lo que se quiere conseguir. Se determinan acciones concretas para alcanzar los resultados. Jeroni Calafell dice que en las metas se planifica y prevén obstáculos y soluciones.

Las metas deben ser claras, tangibles, específicas, cuantificables, medibles y con fechas límite. Una meta viene a ser un indicador del logro de un propósito.

Una meta se constituye en el resultado al que se quiso llegar desde un principio.

Los sueños son una parte importante para el logro de un propósito, son el impulso humano que nos impele a lograr algo, a mejorar nuestra condición como humanos. Para garantizar que el impulso inicial tenga continuidad y se alcancen los resultados esperados, es preciso que los sueños se planifiquen,

definiendo con toda claridad y detalle lo que se pretende, así como las acciones específicas a realizar, definiendo tiempos, así como también los posibles obstáculos que pudieran presentarse y las posibles soluciones a los mismos.

Construyendo utopías

Vivimos en un mundo en crisis económica, social, cultural, ambiental y también de valores. Se nos ha enseñado a pensar y creer que las cosas han sido así siempre y así van a seguir. No nos damos siquiera la posibilidad de repensar el “estatus quo”, de revertir la crisis civilizacional que nos aqueja. No nos damos la oportunidad de construir “utopías” que conduzcan a diseñar la historia que queremos para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.

En el año 1516 Tomás Moro acuñó el término “utopía”, surgiendo con esta palabra el nombre de una isla imaginaria con un sistema político, social y legal que podríamos describir como prospero, justo, equitativo, en paz.

Etimológicamente el término deriva de dos vocablos griegos: “u” no y “topos” lugar el lugar que no existe. En la isla (utopía) de Tomás Moro, prevalece un sistema ideal de gobierno y una sociedad perfecta y justa, donde todo discurre sin conflictos y en completa armonía.

En el diccionario de la Real Academia española, aparecen dos definiciones de la palabra utopía:

1. f. Plan, proyecto, doctrina o sistema deseable que parecen de muy difícil realización.
2. f. Representación imaginativa de una sociedad futura

de características favorecedoras del bien humano.

Una utopía es una concepción humana de un mundo ideal. En consecuencia, la construcción de una utopía no es un propósito de carácter individual, sino un propósito que se convierte en un proyecto de carácter, social y humanístico.

Una utopía es un propósito traducido en una representación o modelo deseable de un mundo mejor para todos. Un mundo perfecto, fantástico, casi un mundo paralelo, aunque, por definición, inexistente.

Un mundo deseable, la utopía de un mundo mejor, en los actuales contextos sociales, económicos, políticos, ambientales y paradigmáticos se antoja como una ilusión imposible de hacer realidad.

Se nos ha educado para pensar que el mundo es injusto, inequitativo, bélico y depredador y que este estatus quo, así es y así seguirá.

No nos hemos dado siquiera la oportunidad a pensar en la posibilidad de la construcción de un mundo más vivible. Sin embargo, las utopías son posibles. La historia es un constructo histórico y como tal está en proceso de construcción. La historia que queremos es posible desde nuestros actores individuales y colectivos del presente.

Erick Olin Wright, en su libro *Construyendo utopías reales*, menciona que, en un mundo de desigualdades socioeconómicas, se desarrolla una búsqueda frenética de alternativas al capitalismo. Por lo cual, vale la pena repensar el modo de pensar, los paradigmas dominantes, vale la pena construir utopías.

¡Es posible la construcción de utopías! Es posible pensar que el mundo en que vivimos con una crisis civilizacional pue-

de ser de una manera diferente un mundo más justo, equitativo, sustentable y en paz.

Las experiencias vividas durante el largo periodo del COVID-19, donde la consciencia de nuestra vulnerabilidad y de nuestra mortalidad, nos dieron la oportunidad de pensar en mundos mejores, mundos más vivibles, sin guerras, en armonía con la naturaleza nos dio la oportunidad de pensar que es lo necesario en la vida que es lo que le da sentido a nuestra existencia. ¡Creo que esta traumática experiencia que hemos vivido a nivel global nos ha permitido darnos la oportunidad de soñar, de construir utopías de un mundo mejor para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos!

7.1.4. El Día de la Madre. Uno de los valores que han prevalecido en la idiosincrasia de los mexicanos, es la relación con la madre que se constituye como un refugio, una fortaleza, un punto de partida y de llegada. La madre mexicana es el más fuerte elemento de cohesión e integración familiar que se ha mantenido incólume e inmune ante la virulencia del COVID-19.

En México hay dos fechas que se han convertido en festividades nacionales a fuerza de costumbre, tradición y simbolismo: el 12 de diciembre y el 10 de mayo.

Ambas festividades tienen un tema en común: la madre. El 12 de diciembre en el ritual prehispánico se celebraba a la Tonantzin (la madrecita tierra), ya en el ritual católico la Tonantzin se sincretiza en la Virgen de Guadalupe, madre honorífica de quienes hemos nacido en estas tierras. La otra festividad es el 10 de mayo con la celebración de la madre de cada uno de los mexicanos.

Para los nacidos en estas latitudes, la figura materna tiene un enorme simbolismo que se traduce en cientos de representaciones y significados. El vocablo madre puede ser el mayor elogio o también la mayor ofensa.

Quiero remontarme a mis años infantiles, aunque no con poco esfuerzo memorístico después de tantos años vividos, para entender el significado, el espíritu y el símbolo más profundo de lo que significa la madre para los mexicanos.

La madre representa para el niño la mayor seguridad, un abrazo suyo es la salvación de cualquier problema por grande que sea, nada es imposible bajo su auspicio. Todo está bien al sentirnos cobijados por sus brazos. Nada hay que temer en su regazo.

Esta sensación de plenitud, de seguridad, de confianza plena queda de manifiesto en lo que la Guadalupana, en su calidad de madre, le dice al indio Juan Diego, cuando éste le manifiesta sus temores y angustias por llevar su mensaje al obispo, y le pide que ya no lo envíe más con el obispo, sino que encomiende su encargo a uno de los principales, a alguien conocido a quien sí le hagan caso.

Lo que la Tonantzín, la Guadalupana, le responde a Juan Diego es sin duda la mejor expresión del sentimiento de cobijo que sentimos de niños y aun de grandes estando en brazos de nuestra madre.

¿Kuix amo nikan nika nimonantsin? ¿Kuix amo noseualotitlan, nekauyotitlan in tika? ¿Kuix amo neuatl in nimopakkayelis? ¿Kuix amo nokuixanko nomamaluasko in tika?

(¿Qué temas, no estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?).

Después de la experiencia traumática que se ha vivido en todo con la pandemia, en la nueva normalidad esta práctica, esta relación tan cercana emocionalmente con la mujer que nos dio vida y que se constituye como una de nuestras fortalezas en la cohesión del núcleo familiar, en la formación de valores, se debe continuar celebrando como uno de nuestros componentes identitarios de nuestra cotidianidad.

7.2. Identidad y costumbres

7.2.1. Lenguaje diminutivo de los mexicanos. Una característica que distingue a algunos países latinoamericanos, entre ellos a México, es el uso del diminutivo, no como forma peyorativa, sino como una expresión de nuestra identidad que viene desde muchos años antes de la llegada de los españoles a estas tierras. Esta forma nuestra de expresarnos tiene sus raíces en las formas de relación anterior a la conquista, por lo que son parte de nuestra historia e identidad.

El coronavirus, que ha venido a poner en tela de juicio las estructuras sociales y muchas de las formas de pensar, no impactó en nuestros elementos identitarios, tales como los rituales mexicanos del día de muertos ni tampoco el lenguaje con sus simbolismos y significados como nuestro lenguaje diminutivo que nos caracteriza.

“Doñita”, qué ricos “taquitos”, “ahorita” se lo pago. El uso frecuente del diminutivo, que pareciera una forma de infantil-

mo, tiene profundas raíces en la idiosincrasia y el sincretismo de nuestro lenguaje y asume significados que rebasan la semántica lingüística en el pensar y el sentir de muchos mexicanos.

¿Cuál es el significado social, cultural y hasta psicológico del uso frecuente del diminutivo en la cotidianidad del mexicano? Hay diversos estudios y opiniones al respecto.

Hace unos años asistí a una conferencia sobre las bondades de los transgénicos que impartía un especialista en genética molecular. Al término de su exposición, alguien del público le cuestionó sobre los impactos de los transgénicos en nuestro “maicito”. El conferencista, molesto, increpó: “Por favor, use la palabra maíz, no “maicito”, el diminutivo denota baja autoestima de quien lo usa”.

El conferencista, sin duda, debe ser un docto en la genética transgénica, pero se evidenció poco ilustrado en cuanto a sensibilidad humana. Tampoco le reconozco como docto en el uso del lenguaje, en este caso del lenguaje del diminutivo.

Esta desagradable experiencia me motivó a incursionar en el uso frecuente del diminutivo que casi todos los mexicanos tenemos y que al parecer compartimos con otros latinoamericanos, entre ellos los colombianos. Aunque bajo diferentes contextos culturales.

En la búsqueda de la interpretación del uso del diminutivo, descubrí múltiples significados que van desde el sentido más literal, que es adjetivar la pequeñez. En ciertos contextos, se usa para enfatizar una cualidad, o resaltar un adjetivo.

En la lengua anglosajona no hay una forma simple para diminutivo. Por ejemplo, si se quiere decir «cariñito» no hay

un vocablo que los describa y se tiene que usar, por ejemplo, “*a little affection*”. El sentido y el significado no son los mismos.

En la relación sentimental, es frecuente el uso del diminutivo “cariñito”, “muñequit@”, “chiquit@”, etc. Algunos estudios revelan que, cuando el diminutivo deja de usarse en una relación, es una señal de decadencia de esta.

Aunque algunos opinan que el uso constante del diminutivo puede evidenciar baja autoestima. Dicen que decir “tortillita” muestra la poca valoración de lo que somos y de lo que comemos. Otros dicen que el diminutivo es una especie de lenguaje infantil, aniñado e incluso hasta femenino.

Sin embargo, hay quien considera, como Guillermo Hurtado que el uso del diminutivo es una cortesía verbal, una especie de mecanismo que suaviza el lenguaje con un toque de delicadeza y hasta ternura. No es lo mismo dar un regalo que un “regalito”, un favor que un “favorcito”. Es como ponerles azúcar a las palabras.

Los mexicanos lo usamos incluso, en ocasiones, a manera de burla o descalificación, como el ya viral “ternuritas” del presidente López Obrador, mofándose de una supuesta agrupación de personajes con la idea de hacerle contrapeso.

Estamos tan acostumbrados al uso del diminutivo en nuestro lenguaje cotidiano que el dentista nos dice: “abra su boquita”, el doctor: “te duele la pancita”, el peluquero: “agacha la cabecita”, etcétera.

Aun las dimensiones del tiempo las hacemos en diminutivo. Así no decimos “ahora” sino “ahorita”; en lugar de “al rato”, decimos “al ratito”. En el diccionario de la RAE sólo aparecen

“ahora” y “rato”. Los mexicanos inventamos el “ahorita”, “ahorita” o “ratito” con sentidos y significados diferentes.

Considero que el diminutivo en México no puede comprenderse desde una visión generalizada y global del lenguaje, se tiene que contextualizar a partir de nuestra cultura, tradiciones y orígenes lingüísticos. Por lo que presento un análisis desde nuestra cultura e historia para intentar comprender por qué los mexicanos somos tan cariñosos.

Los significados del diminutivo para el mexicano

El uso del diminutivo entre los mexicanos adquiere significado al contextualizarse en nuestra cultura e identidad. En la lengua náhuatl se usaba el diminutivo con diferentes sentidos y significados, para lo cual se usaban principalmente los sufijos como “*tzin*” o “*ton*”.

El uso del diminutivo en México se debe contextualizar desde nuestra historia y sincretismo lingüístico para entender esta expresión, no solo como una costumbre sino incluso como un ritual y hasta como elemento identitario.

Algunos trabajos coinciden en que el uso cotidiano del diminutivo que tenemos los mexicanos tiene su origen en la lengua náhuatl, por lo que me di a la tarea de investigar bajo esta línea.

En esta búsqueda, encontré que el uso del sufijo “*tzin*” denota reverencia, aprecio y respeto. Así, por ejemplo, “*Cuahutemotzin*” se traduce como querido o respetable Cuauhtémoc.

Al incursionar más en el tema, encontramos evidencias de que un sustrato del lenguaje nahuatleco se mantuvo resiliente a través de algunas formas simbólicas, sincretizándose con el español, principalmente durante el coloniaje.

Ignacio Dávila, estudioso de la lengua náhuatl, menciona que el diminutivo podía tener diferentes significados. Uno era el de cariño y de veneración. Así, por ejemplo “*mazatl*” (venado) en su forma de veneración sería “*maztzingtli*” (venadito).

¿Por qué los antiguos mexicanos usaban un diminutivo reverencial con un animal? La respuesta puede darse a través del concepto de “hombre” que se tenía en estas latitudes.

El concepto “hombre” que prevalece en una sociedad puede explicar su sentir, pensar y actuar con su entorno. Así, en Mesoamérica, la idea de “hombre” se semejaba a la concepción darwiniana de “hombre especie”, o también con la del hombre de Asís, para quien los semejantes son los humanos, pero también los no humanos (hermano lobo)

En el pensamiento de los antiguos mexicanos se tenía bien elaborado el concepto de “hombre cosmos”, donde los humanos, los no humanos, así como los no vivientes, están en una misma categoría, por lo cual no es de extrañar el tono reverencial que nuestros ancestros daban a todos los componentes de la naturaleza.

Según Dávila y Tonatiuh Higareda, el diminutivo también se podía usar para mostrar menosprecio, así “*mazatl*” (venado) con el sufijo “*ton*” “*mazantontli*” (venadito) adquiere una connotación de insulto, de menosprecio.

En español no se usan sufijos para diferenciar el sentido del diminutivo. El sentido de menosprecio, de ternura, de veneración o respeto se lo da el contexto y el tono de hablar. Es muy claro, por ejemplo, el contexto y el tono del “*ternuritas*” usado por López Obrador, de suerte que todos lo entendimos.

Buena parte de nuestra historia, identidad y religiosidad se encuentran contextualizados en esta manera cariñosa, respetuosa y significativa de nuestro decir. Cito dos ejemplos para evidenciar un poco más esta afirmación.

Emiliano Zapata en sus manifiestos a los pueblos originarios, hablantes en su mayoría de la lengua náhuatl, para hablarles del concepto abstracto de “patria”, usaba el término muy concreto (de “Tonantzin” (Madrecita Tierra).

El otro ejemplo claro del uso de este lenguaje cariñoso, afectivo y respetuoso que usaban nuestros ancestros y que aún se conserva en comunidades rurales e indígenas del país, se evidencia en el “Nican Mopohua” donde se narran los diálogos de la Guadalupeana con el indio Juan Diego. En esta narrativa priva el diminutivo con un sentido de cariño, respeto veneración

“Juanito, Juan Dieguito.”

“Oye, hijito mío, Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?”

” Mi señora y Reyna mía, muchachita mía, allá tengo que llegar a taltilolco”

En ese tono se dan los diálogos narrados en lengua “náhuatl”, en el “nikan mopohua”. Donde se expresa esa idiosincrasia mexicana de cariño, respeto y ternura.

Este lenguaje que “suaviza” la expresión es una forma de nuestra herencia, de nuestros abuelos que considero debe conservarse en nuestras relaciones aun después del coronavirus y siga siendo parte de la “nueva normalidad”. Los mexicanos después de experiencias como la del COVID-19 seguimos

usando nuestro lenguaje cariñoso que nos caracteriza e identifica.

7.2.2. *Amistad a la antigua.* Este componente humano tiene características y connotaciones particulares entre los mexicanos es otro elemento que ni los cataclismos, la invasión de culturas ajenas o una pandemia han podido modificar. Es parte también de nuestra esencia e identidad

“Vivir sin amigos no es vivir”, decía Cicerón en su obra *De amicitia*, que es un tratado sobre la amistad donde considera que la sabiduría y la amistad son los mayores bienes que puede poseer el hombre.

Hace ya algunos años me reúno con regularidad con mis amigos para platicar, reír, recordar, valorar, celebrar, componer el mundo, saber de nuestras vidas, actividades, problemas, éxitos, etcétera, etcétera.

Bajo mi formación como agrónomo, concibo a la amistad como una plantita, la cual debe cultivarse, abonarse y regarse para que se desarrolle, crezca y dé frutos. Las horas que compartimos son en verdad muy agradables de enriquecedoras y nos llenan de una grata sensación de plenitud.

Hoy comprendo que la amistad se construye, por lo que es preciso dar con generosidad lo más valioso que tenemos: nuestro tiempo. Un tiempo que no se mide ni calcula, simplemente se vive, se comparte y se disfruta.

Tengo una convivencia con mis amigos que, en algunos casos inició hace unos siete años, mientras que en otros es de más de 40 años. Con mis amigos, que no son muchos, hemos

establecido puentes de comprensión, solidaridad, armonía, afecto y convivencia lúdica.

Las pocas contradicciones o desacuerdos siempre terminan con un acuerdo y un nuevo brindis. Pues asumimos que al amigo se le acepta tal cual es, con sus cualidades y defectos.

Sabemos que los logros académicos, económicos, sociales, culturales son irrelevantes en una relación de amistad. Sentimos que la amistad es la riqueza que la vida nos da. Los amigos son la familia que nosotros escogemos a lo largo de nuestra historia.

La amistad es una emoción, sentimiento, concepto ampliamente estudiado en los ámbitos social, psicológico, filosófico, ético y bajo la sabiduría popular.

La Real Academia Española define este vocablo como:

1. f. Afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el trato.

También se define como “una relación afectiva que se puede establecer entre dos o más individuos, a la cual están asociados valores fundamentales como el amor, la lealtad, la solidaridad, la incondicionalidad, la sinceridad y el compromiso, y que se cultiva con el trato asiduo y el interés recíproco a lo largo del tiempo”.

La palabra amistad proviene del vocablo latino “*amicitia*” y también de la palabra “*amīcus*”, (amigo), “*amīcus*” tiene su raíz en el verbo “*amare*” (amar), por lo que la amistad es una de las formas del amor, así como el amor filial, el maternal, de pareja son expresiones de esta emoción llamada amor que nos hermana y humaniza.

La amistad es la manifestación humana por excelencia, que no distingue raza, credo, género, edad, ideología, cultura, extracto social y me atrevo a decir que tampoco distingue especie, ya que se dan vínculos de amistad entre el hombre y el perro, el caballo, etcétera.

Los tiempos y espacios para iniciar una amistad, por lo general, se relacionan con los contextos donde vivimos y nos desarrollamos, por lo que estos encuentros se dan o se daban en el ámbito académicos, laborales o lúdicos. Al menos así era la amistad “a la antigua”. Hoy en día, las redes vinculan a decenas, cientos o miles de personas que se califican como “amigos”.

Sobre la amistad se han generado muchas reflexiones y ha corrido mucha tinta sobre el tema. Tanto los filósofos como el pueblo se han dado a la tarea de entender, sentir y vivir esta emoción-experiencia que nos hace humanos.

Algunos filósofos hablan de tres tipos de amistad: una que se da en las relaciones del trabajo y conlleva un sentido utilitario; un segundo tipo, la “amistad estética” que busca la recreación con la presencia del amigo, y una tercera, la “amistad ética” que se sustenta en base a principios y valores morales. Para estos pensadores, “la amistad ética” es la única que es permanente con el transcurrir de los años.

Para Platón, la amistad es el principal valor de todas las virtudes. Platón, el idealista, ve en la amistad un lazo entre las almas que persiguen un ideal. Epicuro, por su lado, ubica a la amistad entre las afecciones sociales y asevera que está reservada solo a las almas privilegiadas.

Algunos antiguos pensadores llegaron a considerar que la amistad se da solo entre personas afines, sin embargo, la ex-

perencia nos muestra que se pueden dar amistades duraderas entre personas dispares en la manera de pensar, sentir, valorar y entender el mundo. Las disparidades en una amistad pueden complementar y enriquecer al compartir formas de pensar, de sentir, y del diario vivir desde lógicas diferentes.

No solo los filósofos se han dado a la tarea de pensar y comprender a la amistad como valor ético del hombre, el ciudadano común lo hace desde su cotidianidad a través de dichos y consejos que expresan el sentir y el valor de la amistad.

Presentamos algunos dichos cotidianos referentes a la amistad:

“El amigo lo escojo yo, al pariente no” o también “Los amigos son la familia que uno escoge para la vida”.

“Amigo de muchos, amigo de ninguno”. Con los amigos se comparten tiempos, espacios, pensamientos, intereses, afectos, problemas, éxitos, alegrías y gustos y disgustos. Es un grupo muy selecto.

“Los amigos hay que cuidarlos” como se cuida una plantita que se riega, se fertiliza, se cultiva.

Algunas celebridades nos dan su visión de esta emoción que nos humaniza:

- “La amistad es un alma que habita en dos cuerpos, un corazón que habita en dos almas.” Así lo sentía y pensaba Aristóteles.
- “Sin palabra, amigo; tenía que ser sin palabras como tú me entendieses”. José Hierro. En la amistad se establece un lenguaje no verbal ni escrito.
- “El pájaro tiene su nido, la araña su tela, el hombre la amistad” William Blake

- “Un amigo es alguien que conoce la canción de tu corazón y puede cantarla cuando a ti se te ha olvidado la letra” Julio Ramón Ribeyro
- “El amigo que sabe llegar al fondo de nuestro corazón es, como tú, ni aconseja ni recrimina; ama y calla” Jacinto Benavente.

Estos son algunos ejemplos del pensar tanto popular como el de algunos pensadores con respecto a esta emoción de la cual no podemos prescindir los humanos en nuestro transcurso por la vida.

Las amistades en el contexto de la modernidad cibernética tienen características muy diferentes a la amistad que conocí desde mi niñez y que sigo conservando, es lo que podría llamar “amistad a la antigua”.

A lo largo de la historia la “amistad” ha acompañado a los hombres para poder expresar lo más humano de nuestra naturaleza. “La amistad a la antigua” es una de las más limpias y completas expresiones del amor.

Los organismos internacionales no son ajenos al tema de la “amistad”, incluso la UNESCO reconoce su importancia en la vida de la humanidad y designa el 30 de julio como el Día Internacional de la Amistad.

El rápido avance en la tecnología de la informática y las comunicaciones han modificado el espíritu de este concepto-emoción-experiencia que ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad.

La comunicación en segundos nos pone en conocimiento de lo que ocurre al otro lado del planeta, no existe límite en la conexión con los habitantes de cualquier latitud y longitud del

orbe. En México, apenas en 1989, se hizo la primera conexión de internet en la UNAM. Su fin era académico y de investigación. Hoy esta conexión es lo cotidiano. Su uso principal es en redes sociales, que conectan a miles y hasta millones de personas de todo el orbe.

Una de las características de la modernidad es lo vertiginoso de los cambios en todos los ámbitos de la vida del hombre. Los hechos se suceden con increíble velocidad, las comunicaciones son instantáneas y globales.

Se vive con tanta prisa, tanta premura que queda poco tiempo para la recreación y el disfrute de lo que le da el sentido a la existencia. No se puede “perder el tiempo” en el cultivo y disfrute de la “amistad a la antigua”.

Los amigos en los tiempos cibernéticos se cuentan por cientos y a veces por miles, aunque muchos de éstos son solo amigos virtuales con quienes se comparte de prisa algunas aficiones, intereses, ideas, imágenes, noticias o comentarios cortos.

La comunicación en la virtualidad es por lo general despersonalizada y con frecuencia se copia y pega para compartir con los cientos o miles de “amigos”, sin checar la validez o veracidad de lo compartido, que, a su vez, nos fue compartido en ese informe masa acrítica que constituyen las redes.

La comunicación escrita u oral en la amistad virtual es muy limitada por la premura del tiempo. Para economizar tiempo, se codifican palabras y hasta frases. Los mensajes por lo general son simplistas y superficiales, con frecuencia se limitan a un “like”, que, según los conocedores, se han vuelto casi adictivos.

La amistad virtual en realidad es bastante reciente. En México, apenas a fines de los años 80 del siglo pasado, se hizo la primera conexión de internet con fines académicos. Se empezó a popularizar a mediados de los años 90 del mismo siglo, así que, quienes nacieron desde mediados del 90 ya no vivieron plenamente las amistades a la antigua.

La amistad a la antigua es una relación de afecto que se da entre dos o más personas de manera desinteresada y comprometida, que se fortalece con el trato y que nos llena de plenitud y alegría.

Este tipo de amistad se daba en la escuela, el trabajo, la comunidad, el vecindario. En la amistad a la antigua hay una amplia comunicación verbal, aunque con el tiempo se llega a una comunicación no verbal, de suerte que una mirada, un gesto, un movimiento puede ser leído por el amigo. Se establece una comunicación que rebasa con mucho los límites del lenguaje.

A través de la “amistad a la antigua”, se establecen puentes de comprensión, solidaridad, compromiso, afecto, lealtad, incondicionalidad, sustentados en valores y principios compartidos.

Aunque “la amistad a la antigua” es una relación desinteresada, es también muy generosa. Se regala sin regateos lo más valioso que tiene el ser humano: el tiempo, aunque bajo la lógica de la modernidad es una manera de “perder el tiempo”.

Se pierde el tiempo en charlas; en compartir gustos, disgustos, éxitos, fracasos; reír; cantar; bailar; recordar; entender; comprender y apoyar al amigo. La amistad es a final de cuentas una de las expresiones más puras del amor. Coincido con Cicerón cuando expresa que “vivir sin amistad, no es vivir”.

Después del encierro durante el primer semestre del 2020, a causa de la pandemia, se perdió la oportunidad de cultivar las amistades a la antigua, y también se tuvo la oportunidad de valorar el contacto humano, el gusto de estar con un amigo. El COVID-19 vino a revalorar la amistad a la antigua, que es uno de los componentes de lo humano, y es a final de cuentas, una expresión del mandato nuevo: el amor. En la nueva normalidad tendrá que fortalecerse con esta capacidad humana.

7.3. Una nueva visión de la salud

La salud durante la pandemia adquirió un lugar primario y estratégico, toda la población estaba al tanto de los medicamentos que pudieran apoyar el sistema inmunológico, las medicinas que se anunciaba con o sin suficientes evidencias experimentales que pudieran funcionar para prevenir, sanar o minimizar los efectos del virus letal que invadió al planeta. Los medicamentos, antibióticos, antivirales, vitaminas, analgésicos y hasta medicamentos que se usaban para otras enfermedades al anunciar su posible efectividad, desaparecían de las farmacias.

La gente estaba ávida de información sobre diferentes medicamentos y otras alternativas que permitieran sobrevivir a la pandemia del COVID-19. Se esperaba con ansias que la ciencia pudiera encontrar una cura y tener una vacuna que protegiera la salud de todos los habitantes de la Tierra que en el año 2021 llegaba casi a los 8 mil millones de habitantes. El tiempo pasaba desesperadamente lento para tener la vacuna esperada.

Además, si se encontraba la forma de motivar los anticuerpos específicos contra el coronavirus, la producción de miles de millones de vacunas sería un enorme problema al igual que su distribución.

Mucha gente empezó a pensar en alternativas de salud emergentes a través de herbolaria y diferentes prácticas que han sido descuidadas por la ciencia médica, la cual se vio rebasada por la pandemia.

Bajo estas consideraciones, enfoqué mi investigación al tema de la salud integral considerando un enfoque que en culturas milenarias como la china e incluso en de nuestros ancestros, la de la energía que emana de nuestro propio cuerpo, la energía poco estudiada y conocida de nuestra mente.

¿La mente es una poderosa fuente de energía que manda mensajes bioquímicos al organismo para su correcto funcionamiento? Diversos estudios y experiencias hablan de cómo las actitudes y los pensamientos impactan sobre la salud física y mental.

Hace años tuve un trabajo estresante que absorbía todo mi tiempo, aun los que debía dedicar al reposo, el relax, la familia. Como resultado de esa actividad frenética, mi presión empezó a subir, empecé a padecer dolores crónicos de cuello, cabeza y espalda.

Tomé la decisión de jubilarme. En las primeras semanas de jubilado mi mente aún continuaba con la inercia de la actividad frenética y mis malestares también. En el “súper” hacia compras de prisa, las largas filas para pagar me inquietaban y veía constantemente el reloj.

¿Por qué tanta prisa? Me cuestioné. Tuve que reaprender a vivir en armonía con la naturaleza y conmigo mismo sin prisas ni presiones. Cuando salí de esa inercia, cuando empecé a disfrutar cada momento, cada detalle, las puestas de sol, la brisa del bosque, la compañía de mis hijos y mis amigos, mi salud mejoró.

Mi presión volvió a ser de chamaco y los malestares desaparecieron. Al parecer mi nueva actitud en armonía con la naturaleza devolvió la tranquilidad a mi espíritu y con ésta la salud, sin necesidad de medicación alguna.

Esta experiencia me hizo entender que las actitudes, los pensamientos y el entorno juegan un papel decisivo en la salud física y emocional. ¿La clave de la salud está en los pensamientos que tenemos?

Con estas inquietudes en mente, me di a la tarea de incursionar en el tema desde diferentes fuentes tanto científicas como de las consejas populares.

Se tienen datos que evidencian que cuando la gente siempre está preocupada por su salud y teme todo tipo de enfermedades, es cuando más enfermedades padece, a diferencia de quien tiene pensamientos positivos y vive una vida plena emocional, física y espiritual.

Se tiene conocimiento documentado de que muchos pacientes no mejoran su salud en ambientes hospitalarios de dolor, de prisas, llantos, que cuando van a su casa, el ambiente familiar, el cobijo de afecto y atenciones se manifiesta en una mejoría, incluso a veces milagrosa.

Parte del protocolo de la farmacéutica, previo a la liberación de un medicamento, es probar su efectividad en grupos

de voluntarios, a los cuales se suministra el fármaco con el ingrediente activo, pero también a otro grupo se les da solo un “placebo” (pastillas sin medicamento alguno) sin que se enteren.

Cuando se tienen suficientes evidencias estadísticamente significativas con resultados positivos en los voluntarios, el medicamento se puede comercializar.

En esas pruebas se tienen reportes que el medicamento no da el resultado esperado en algunos voluntarios que lo consumieron. Mientras que en el grupo de los que solo consumieron el “placebo”, en algunos casos, se tuvieron los resultados esperados del fármaco, aunque sin haberlo consumido.

O sea que el medicamento suministrado, que tiene fundamentos científicos de posibles respuestas bioquímicas o fisiológicas en el organismo, funciona en algunos organismos y en otros no.

¿Por qué, en algunos de los voluntarios que tomaron el “placebo”, se tuvieron los resultados esperados si no consumieron el medicamento? ¿Fue un engaño a la mente lo que mandó el mensaje de sanación al organismo? ¿Lo que la mente cree y crea genera mensajes bioquímicos al organismo para su sanación como una energía sanadora?

Recuerdo la frase de un héroe de historietas que quienes ya rebasamos el medio siglo la conocemos muy bien: “Quien domina la mente lo domina todo”. Esta frase encierra toda una filosofía de vida.

La energía de la mente ha sido usada con fines curativos en culturas milenarias. Hoy en día se usa en ciertos ámbitos considerados como esotéricos, metafísicos, “no científicos”, de

acuerdo con el pensamiento único prevaleciente. La interrogante por contestar ahora es: ¿cómo la mente puede potenciar una energía de sanación?

¿Qué es la enfermedad?

El tratamiento de la enfermedad estará en función de qué concepto se asume de este constructo humano llamado “enfermedad”. Analicemos los distintos conceptos y definiciones que se tienen de enfermedad, desde la definición moderna avalada por la OMS (Organización Mundial de la Salud), así como la de la cultura oriental y la de nuestros ancestros, incluyendo el chamanismo.

En mis experiencias con jóvenes investigadores, por lo general hacen una búsqueda documental muy exhaustiva y acumulan un mar de información a partir de la cual surgen muchas preguntas y problemas por solucionar. Es común que estos jóvenes se pierdan en este mar de preguntas e informaciones.

La experiencia nos ha enseñado que, para no perdernos en ese mar de información, es preciso primero definir con claridad y precisión la pregunta de investigación. Cuando se hace esto, prácticamente se tiene el 50 por ciento del avance en un trabajo de investigación.

Definir el problema o pregunta de investigación no es algo simple, es necesario aprender a problematizar, es decir, a reconocer dentro de los miles de posibles problemas cuál es el problema del que derivan el resto.

Una vez que se tiene definida la pregunta de investigación, se tiene un eje vertebrador y un rumbo para no perderse. El resto es solo seguir una metodología para validar la respuesta al problema de investigación.

Si no se tiene o está mal definido el problema de investigación, las respuestas no darán solución al problema.

Partiendo de este modelo, en el caso de la respuesta a la enfermedad, ésta estará en función de lo que se entiende por “enfermedad”. En función de la definición o del concepto que se tenga del constructo enfermedad, estarán las soluciones que se den al problema de la salud humana.

Enfermedad desde la visión occidental

Hemos asumido que la forma de responder a un problema, en este caso a la “enfermedad”, está en función de lo que se entiende por “enfermedad”, empecemos entonces, por conocer las diferentes definiciones y conceptos de este término.

A partir de su etimología, se sabe que el vocablo “enfermedad” proviene de la raíz latina “*infirmitas*” que se traduce como “falta de firmeza”.

La Real Academia Española da tres definiciones al respecto:

1. f. alteración más o menos grave de la salud.
2. f. pasión dañosa o alteración en lo moral o espiritual.
3. f. anormalidad dañosa en el funcionamiento de una institución o colectividad.

Como se puede ver, la etimológica y las definiciones del diccionario de la Real Academia Española no aportan mucho para la comprensión de este fenómeno.

La OMS (organización mundial de la salud) dice que la enfermedad es una “alteración o desviación del estado fisiológico en una o varias partes del cuerpo, por causas en general conocidas, que se manifiesta por síntomas y signos característicos y cuya evolución es más o menos previsible”

La definición de la OMS está acorde con los cánones científicos occidentales. De aquí que sigue sus mismas características. La ciencia y sus productos han estado determinados por la corriente de la llamada “universidad napoleónica”.

Bajo la lógica de la “universidad napoleónica” se pierde la visión orgánica, unitaria e integral de la realidad pues la estudia de manera fraccionada, es por eso por lo que hay especialistas de los ojos, otros de los oídos, el corazón, el cerebro, los huesos, del pie, etcétera.

Por otro lado, una de las características determinantes de la ciencia occidental es el positivismo, entendido éste. no como una actitud, sino por su origen etimológico “*positum*” (hecho, dato). Es decir, estudia la realidad a partir de hechos, medibles, cuantificables y repetibles. Por lo que solo lo “objetivo” es competencia de lo científico.

Aunque se debe reconocer que la realidad no solo es “objetiva”, también es “subjetiva”. Una mesa, por ejemplo, es algo objetivo que se puede medir, pesar, descomponer en sus partes y cuantificar para conocer sus características y propiedades. En este caso, la mesa es una “realidad objetiva”.

Pero en el ámbito de lo “ontológico” (la naturaleza de la realidad), también hay “realidades subjetivas”; en esta categoría se encuentran los pensamientos, las emociones, las ideas que son reales, que existen, e incluso pueden transformar a la

realidad, pero no se pueden medir, pesar o cuantificar para conocer su naturaleza y predecir su comportamiento.

De aquí que, bajo esta definición, la “enfermedad” se manifiesta por síntomas y a través de estudios clínicos y de laboratorio (hechos, datos). Bajo esta concepción de la “enfermedad” se puede determinar la “alteración del estado fisiológico de algún órgano humano” y se da un tratamiento específico para la dolencia a través de ciertos fármacos.

Bajo esta definición moderna del problema, avalada por la oms, no se contempla la enfermedad humana como “un todo” bajo una lógica orgánica, unitaria, holística, integrada por lo físico, lo anímico y lo espiritual, como constituyentes de la naturaleza humana.

Por lo que el tratamiento de la enfermedad bajo esta definición se hace de manera fragmentada, atendiendo la “Alteración o desviación del estado fisiológico en una o varias partes del cuerpo...”.

Desde luego que existen otras concepciones de “enfermedad”, así como su tratamiento en diferentes culturas.

Enfermedad, desde una visión holística

El ser humano es muy complejo, no solo es cuerpo, es también pensamientos, emociones, espíritu y todo su contexto histórico y social. Por lo que la enfermedad humana debiera asumir un enfoque holístico, integral.

Otro concepto de enfermedad y su tratamiento es el oriental con miles de años de tradición. Bajo esta visión, la enferme-

dad se concibe como un estado de desequilibrio o debilidad del conjunto del organismo.

El tratamiento de la enfermedad en la medicina oriental busca reponer la pérdida de capacidad de las defensas y auto-regulación del organismo, en vez de combatir los síntomas de la enfermedad.

En la actualidad se acepta casi globalmente que la dimensión humana de la salud no solo tiene que ver con lo biológico, tiene que ver también con emociones, sensaciones, con el contexto social, el económico y el ambiental.

Por estas razones, es cada vez más amplia la aceptación del concepto “holístico de la salud”, al menos en el discurso. Este concepto asume que el cuerpo humano no solo es células, tejidos, órganos, aparatos, es también emociones, pensamientos, espíritu.

De aquí que la salud no solo se puede reducir a lo biológico, sino que afecta a toda su dimensión humana, por lo que el cuidado de la salud adquiere una perspectiva holística, integral. Atender la enfermedad desde una perspectiva holística equivale a humanizar la salud.

La palabra “holístico” no aparece en el diccionario de la RAE, es un constructo nuevo que proviene de la palabra griega “*holos*”, que se traduce como entero, total, completo.

Para intervenir holísticamente se requiere ir contracorriente con la mentalidad contemporánea de una visión fragmentada de la realidad y recuperar la visión integral. Lo “holístico” implica reconocer la complejidad del ser humano y del contexto que le rodea.

Quisiera abordar un ejemplo de cómo la mente tiene la capacidad de enviar mensajes posiblemente bioquímicos al cuerpo para su sanación.

En 1957, el doctor Philip West reporta cómo un paciente de apellido Wright, en fase terminal de cáncer, supo de un medicamento en prueba que podía curar el cáncer. El paciente casi suplicó al médico se lo aplicara. El médico consiguió el fármaco, para darle gusto, aunque sabía le quedaban pocas semanas de vida.

De manera increíble el paciente se recuperó, los tumores empezaron a desaparecer al igual que los síntomas. Sin embargo, el paciente, al indagar más sobre el fármaco, encontró las conclusiones de un cuerpo colegiado que expresaban que el medicamento no tenía efecto sobre la cura del cáncer. El paciente volvió otra vez a su estado de enfermedad en fase terminal.

El Dr. Philip le habló de que se estaba probando exitosamente el mismo medicamento, pero con mayor concentración. El paciente accedió a probar. Lo inyectó y de nuevo empezó un milagroso proceso de sanación. Aunque solo le aplicó suero fisiológico.

Poco tiempo después, el paciente supo del engaño del médico y volvió a su estado de enfermedad. Murió a las pocas semanas.

A partir de esta historia clínica y de otras más, la doctora Lissa Rankin documenta estos eventos en su libro *Mind Over*, concluyendo que la mente puede sanar al cuerpo.

¿Será que no hemos explorado aún todas las capacidades de la mente humana? ¿Esta exploración escapa a los cánones

científicos positivistas? ¿No hay presupuesto para este tipo de investigaciones que impactarían en las ganancias de la industria farmacéutica?

La reflexión a que nos conduce la experiencia traumática del COVID-19 nos obliga a pensar en que la enfermedad y la salud son partes de un todo complejo, donde interviene lo biológico, pero también el pensamiento, la consciencia del yo que, aunque es un componente ontológico, sin embargo, no se puede estudiar desde el positivismo toda vez que no es un hecho objetivo, cuantificable, predecible y se sabe muy poco de su naturaleza física, química y metafísica.

De aquí que otra enseñanza que nos deja el coronavirus es que la salud debe entenderse no de manera fraccionada a la manera occidental únicamente, sino como un todo complejo que implica más de los componentes hasta ahora estudiados.

7.4. Cultura de la inmediatez y el dinero

7.4.1. Inmediatez y deshumanización. Otra de las características de la normalidad, hasta antes del coronavirus, era una gran celeridad en todas las actividades, una angustia por no perder el tiempo, un estar siempre en actividad frenética sin dar tiempo a vivir cada momento y sin un sentido de la dimensión de la vida.

Hace algún tiempo le pedí a mi hijo adolescente que guardara su celular, mientras estábamos conviviendo, lo cual hizo, aunque a regañadientes. Luego, en afán de desquite, me cuestionó: Pá, ¿qué hacían en tus tiempos sin celular y sin internet?

Su pregunta era honesta, le parecía imposible concebir la vida sin la tecnología de comunicación que le mantiene informado casi instantáneamente, tanto de los eventos internacionales, nacionales, estatales como de las últimas ocurrencias de sus amigos y conocidos.

Un vistazo rápido al Facebook o al WhatsApp satisface momentáneamente esa necesidad casi obsesiva de información actualizada de... de lo que sea, no importa la naturaleza de la información, tampoco es importante si tiene relevancia social, económica, cultural, o del tema que sea, eso es irrelevante, lo que importa es estar al tanto de lo último que esté ocurriendo en el mundo, de saberlo primero que nadie, pues en unas horas una información resulta anacrónica.

Si no se tiene celular, internet, WhatsApp, Facebook, Twitter se está obsoleto, fuera de la modernidad en el contexto de la cultura de la inmediatez. Lo lento, en esta cultura, se considera obsoleto, inútil, no apto para la vida moderna.

Todo mundo corre, hace las cosas de prisa, come de prisa, quiere que la información del ciberespacio fluya instantánea. En la calle de las urbes, todo mundo anda de prisa, siempre de prisa, nunca alcanza el tiempo... se corre, aunque casi siempre sin un rumbo, sin sentido.

Ahora, cuando la inercia de la inmediatez me invade, me pregunto si esta prisa enfermiza, este no querer perder tiempo, ¿ha mejorado la calidad de vida? ¿Nos hace más felices y humanos? ¿Nos ha hecho mejores personas? ¿Tenemos mejor salud? Por obiedad de tiempo, no quisiera ahondar en las respuestas.

Quienes hemos vivido más de cinco décadas, recordamos que la vida antes no era así. En mi cada vez más lejana niñez, recuerdo que había tiempo para disfrutar la comida; de salir con la familia; de “perder el tiempo” en un paseo por el campo, en lancha, por la ciudad; se tenía tiempo para disfrutar una puesta de sol; había tiempo para platicar con los amigos y para dialogar con nosotros mismos. Había tiempo para vivir.

¿Qué fue lo que pasó, cómo ocurrió, cómo llegamos a este punto donde el tiempo se ha vuelto en nuestra contra, en nuestro verdugo que ya no nos alcanza el tiempo para vivir?

Al incursionar en la historia y en la filosofía, reconocemos las formas de cómo el hombre se relaciona con la naturaleza. En los inicios de la historia se dio una relación de temor, sin embargo, a partir de la Revolución Industrial, se da una nueva forma de relación, la de “divorcio” con la naturaleza, con la llamada “modernidad” a mediados del siglo XIX que rompe con la naturaleza.

¿Cómo se ha posicionado la lógica de la inmediatez en el mundo moderno y cómo esta lógica se vuelve contra la calidad de vida, contra el sentido de la vida misma?

La inmediatez, esa prisa enfermiza por no perder el tiempo, se ha vuelto contra el hombre provocando que ya ni nos alcanza el tiempo para vivir.

La inmediatez, como producto de la modernidad, impacta no solo sobre el medio, sino también en la pérdida de auténticas y duraderas relaciones personales, la salud, así como en un limitado desarrollo del ser y sus valores. En medio de esta vorágine surgen propuestas de una nueva visión del mundo en gestación, la de la “reconciliación” con la naturaleza.

Inmediatez y medio ambiente

La modernidad se caracteriza por la conquista y la agresividad hacia la naturaleza. La idea del sometimiento de la naturaleza al hombre es la que ha primado en la era moderna industrial y postindustrial. Se pretende dar una justificación ética a este pensamiento depredador, bajo el pensamiento judeocristiano que sostiene que la naturaleza está al servicio del hombre.

Estas ideas que soportaron la visión de la modernidad propician la acelerada expansión urbana, la tala sin precedentes de los bosques para satisfacer las demandas modernas, la contaminación acelerada del entorno, entre otros signos de este rompimiento con la naturaleza.

En la visión de la modernidad emanada de la Revolución Industrial, la época de las máquinas, el universo, la naturaleza y el hombre mismo son vistos como una máquina, y como tal se espera de estas máquinas una producción, cada vez más acelerada bajo el paradigma del “progreso”.

La idea que da soporte ético al modernismo es la de poner a las máquinas al servicio del hombre, por lo que el modernismo se reconoce e identifica a sí mismo como una época de bienestar para el hombre.

Lo moderno se convirtió en la razón de ser, en el dogma prevaleciente, y lo que no cayera en esta categoría debía descartarse. Así se descartaron siglos de saberes no modernos, saberes que no cabían en la propuesta positivista científica.

La inmediatez pronto se convirtió en la hija predilecta de la modernidad.

Con la hiperconectividad, la modernidad alcanza su mayor aspiración. Pero también la mayor deshumanización. Si bien la hiperconectividad crea vínculos a super velocidad conectando casi instantáneamente, también es claro que los vínculos que crea son superficiales, descartables, volátiles, impersonales.

Es evidente la pérdida de relaciones sociales, familiares, sentimentales verdaderas y sólidas. Lo que genera individuos solitarios, sin solidaridad, sin identidad, sin historia, sin sensibilidad social ni humana.

Tanta prisa tenemos por hacer cosas, por ganar dinero, por obtener una posición social, por alcanzar metas, por comprender el mundo, que nos hemos olvidado de lo único importante en este mundo, nos hemos olvidado de vivir en el sentido más amplio del vocablo.

Ante esta barbarie contra la naturaleza, surgen propuestas alternativas que buscan “reconciliación” con la naturaleza. En este contexto surgen movimientos sociales que se cuestionan el “sin sentido” de esta vorágine, con propuestas tales como el movimiento *Slow*, (despacio), que en síntesis buscan la rehumanización, la reconciliación con la naturaleza a través de una manera de vivir con mayor calidad, con tiempo para perder el tiempo, disfrutando la familia, tiempo para la recreación, para desarrollo de la cultura, de la persona, para tener tiempo para la salud, tiempo para la convivencia con la naturaleza, con la comunidad, y consigo mismo.

Es impostergable asumir una nueva visión del mundo más sustentable y que privilegie el “ser” sobre el “tener”. Esa es la nueva forma de relación con la naturaleza y con nosotros

mismos que nos permita valorar lo verdaderamente importante de la vida, el sentido de nuestro tránsito por la Tierra, esa es otra de las enseñanzas que nos trajo la presencia del coronavirus. Es importante no echar en saco roto la enseñanza y la oportunidad.

7.5. Nuestra concepción de la ciencia

En el acontecer cotidiano, las verdades más confiables se sustentan en lo que la ciencia dice. Desde los primeros años escolares, se nos instruyó en la idea de que la ciencia tiene la última palabra, llevando esto casi al dogmatismo. Así era el pensar cuando menos hasta antes del COVID-19, que vino a desmitificar el quehacer de la ciencia y su supuesta infalibilidad.

Con suma facilidad los medios tradicionales y electrónicos, así como los políticos y gobernantes, hacen afirmaciones a veces poco responsables bajo el cobijo del dogma cultural, “la ciencia”, con un enunciado irrefutable “lo dice la ciencia”. “Lo dice la ciencia” es una frase casi mágica que termina con cualquier duda, discusión o argumentación.

Les invito a incursionar sobre la “infalibilidad” de esos “dichos de la ciencia”. Por ejemplo, escuchamos “la ciencia dice” que “los hijos primogénitos son más inteligentes”, o bien “las orejas largas indican una inteligencia superior”, o que “el dedo índice más corto que el anular indica mayor cantidad de testosterona y mayor apetito sexual”, etcétera, etcétera.

Es necesario hacer algunas precisiones para asumir la fiabilidad de los “dichos científicos”. Estos “dichos” científicos

son resultados y conclusiones de algún estudio hecho por investigadores, aplicando el método científico tradicional.

Me permito presentar en forma breve, cuál es la ruta que sigue un investigador para arribar a resultados y conclusiones en el ámbito de la investigación científica:

Lo primero que se hace es identificar el problema de investigación (problematización). El problema de investigación se acostumbra a enunciarse como pregunta. Por ejemplo, ¿la talla de los pies tiene una relación con la inteligencia emocional? ¿Los saberes y las tradiciones se heredan a través de las madres?

Una vez definida la pregunta de investigación, se sigue el camino ya marcado por el método científico, lo cual implica enunciar una hipótesis como primer paso.

Un ejemplo de enunciado de hipótesis puede ser: “los valores y las tradiciones se transmiten de generación en generación a través de la madre”.

A partir de la hipótesis se sigue una ruta (método científico) que conduce al investigador a decidir si la hipótesis propuesta es cierta o falsa.

A partir de la hipótesis, se plantean los objetivos a alcanzar como medio para determinar la certeza o falsedad de la hipótesis. Se acostumbran dos clases de objetivos: generales y específicos.

El objetivo general para la hipótesis aquí enunciada a manera de ejemplo sería: “Determinar si los valores y las tradiciones en la comunidad en estudio se transmiten a los hijos a través de las enseñanzas, ejemplos, costumbres de la madre”.

Los objetivos específicos entrarían al detalle de las circunstancias que respondan preguntas tales como dónde, cuándo y cómo se transmiten los valores y tradiciones.

Los objetivos mandatan qué instrumentación metodológica aplicar. En términos generales, pueden ser métodos “cuantitativos”, “cualitativos” o cuanti-cualitativos.

La mayoría de las investigaciones, sobre todo las que tienen que ver con las ciencias de la naturaleza, se hacen bajo el método “cuantitativo”, empleando instrumentaciones estadístico matemáticas.

Los instrumentos para el ejemplo que nos ocupa pueden ser entrevistas abiertas o cerradas, observaciones, grabaciones, etcétera. Cuyos datos, por lo general, se analizarán con ayuda de diseños estadísticos.

Una vez realizada la investigación, se organiza la información por “categorías”, para luego analizar los datos obtenidos en base a resultados numéricos o cualitativos.

Con los resultados se llega a una conclusión, la cual podrá ratificar o negar la hipótesis inicial.

En el ejemplo propuesto, los resultados permitieron concluir que “En la comunidad estudiada, las tradiciones, los valores y la cultura local se transmiten de forma directa por la convivencia, enseñanzas y ejemplos de la madre”.

Así es como los investigadores llegan a conclusiones. Sin embargo, no se puede generalizar el resultado de uno o varios estudios. Los resultados y conclusiones de investigaciones científicas pueden pasar a la etapa de “generalizaciones científicas”.

7.6. Las generalizaciones de la ciencia

Cuando escuchamos la sentencia: “lo dice la ciencia”, en la percepción popular se entiende que lo “dicho” es prácticamente infalible, toda vez que el dogma de la ciencia prevalece en nuestra sociedad como sustitución del dogma teológico de la Edad Media. ¿Cómo se generalizan los dichos de la ciencia? Las conclusiones de algunos estudiosos no necesariamente son ciertas en todas las circunstancias, por lo que no se pueden generalizar.

Cuando un dicho adquiere la categoría de científico por ser el resultado de una investigación bajo el rigor científico, no puede generalizar sus conclusiones, se tiene que cumplir con un largo proceso para adquirir alguna de las tres categorías de generalización científica.

Por ejemplo, cuando, bajo el cobijo, de “lo dice la ciencia” se dice que “los hijos mayores son más inteligentes”, o que “la inteligencia de la progenie proviene de la madre”, o que “el lóbulo grande de las orejas indica una persona feliz”, etcétera, no son dichos que puedan generalizarse.

La ciencia busca llegar a generalizaciones, lo cual se logra a través de tener las mismas conclusiones en repetidos estudios, en diferentes tiempos, lugares y condiciones, hechas por diferentes investigadores.

En la medida, las investigaciones arriban a las mismas conclusiones; En los diferentes estudios se puede iniciar un proceso de generalización. La ciencia reconoce tres grupos o categorías o generalizaciones: “constructos”, “teorías” y “leyes”.

El “constructo” es una primera generalización que se da cuando una conclusión se repite en diferentes estudios y diferentes lugares, aunque aún sea necesario repetirlo en tiempos históricos diferentes. Un “constructo” se puede expresar como un enunciado.

Un ejemplo de esta generalización que expresa los resultados de investigaciones que realizamos en comunidades rurales sobre los “saberes tradicionales”, los cuales se resumen en los siguientes constructos:

a. Los saberes tradicionales responden a una lógica de supervivencia.

b. Los saberes tradicionales evolucionan con el contexto histórico.

La “teoría” es la siguiente categoría de generalización, la cual es el resultado de consensos de investigaciones en diferentes lugares, tiempos y circunstancias. Por definición, una teoría es un conjunto organizado de ideas que explican un fenómeno, deducida a partir de la observación, la experiencia o el razonamiento lógico.

Ejemplo clásico de “teorías”, son la teoría de la evolución (Darwin) y la teoría de la relatividad (Einstein), a partir de las cuales se generan principios que explican el fenómeno.

Como ya lo mencionamos antes, las teorías se construyen por consensos de científicos. Estos consensos de un grupo de científicos pueden cambiar por nuevos consensos que sustituyan teorías en vigor. De aquí que podemos afirmar que “las teorías tienen fecha de caducidad”.

Las generalizaciones científicas, por excelencia, son las “leyes”. Éstas conservan su veracidad y fiabilidad en cualquier

tiempo, espacio o circunstancia. Ejemplo de ello son la ley de la gravedad (Einstein), las leyes de la termodinámica (Newton), las leyes de la herencia de (Mendel), etcétera.

La intención de la ciencia es llegar a generalizaciones porque, a partir de éstas, se pueden determinar principios y postulados que permitan entender, comprender, estudiar e incluso predecir los fenómenos naturales o sociales.

A través de las generalizaciones podemos compartir experiencias. Friedrich Nietzsche decía que el hombre, como especie, se extinguiría pronto si no tuviera la facultad y capacidad de generalizar.

En la siguiente parte reconoceremos las dos rutas que sigue la ciencia. La ruta del método deductivo y la del inductivo, haciendo énfasis de la naturaleza de sus productos.

7.7. Método deductivo vs. inductivo

En el razonamiento científico se siguen dos caminos conocidos como “método deductivo” y el “inductivo”. Cada uno de éstos persiguen diferentes propósitos y tiene características que los distinguen y definen.

A partir de lo anterior, podemos comprender que la ciencia tiene dos metas: una, la de “comprobar” los fenómenos a la luz de una regularidad, y otra para “construir las generalidades” o regularidades que sirvan como modelos para entender los diferentes fenómenos. Ambos métodos, con diferentes objetivos, tienen una dialéctica a través de la cual se complementan.

Esto nos lleva a cuestionarnos si para ambos propósitos de la ciencia, se sigue el mismo método, la misma ruta. Es obvio

que se siguen dos rutas diferentes, la ruta o el método “deductivo” en un caso, mientras que en el otro se logra a través del “inductivo”.

Para entrar en el análisis de ambos métodos, veamos cómo se definen y cuáles son las características de cada uno de estos dos caminos de la ciencia.

Se puede definir al método deductivo como el razonamiento que pretende explicar la realidad a partir de generalidades, es decir, a partir de teorías o leyes.

Los ejemplos de productos científicos que dimos en la primera parte de esta reflexión se hacen a través del método deductivo. Es por esta ruta como los investigadores llegan a conclusiones a partir de determinar la correspondencia de los fenómenos estudiados con la generalidad (teoría o ley).

A partir de estudios bajo el método deductivo, se puede predecir el comportamiento de los fenómenos. Por ejemplo, al conocer las leyes de la herencia, se puede predecir la ocurrencia de caracteres genéticos en las nuevas generaciones. Estos principios dan origen al mejoramiento genético de las plantas y animales.

El método deductivo es un estudio que va de lo general (las teorías, las leyes) a lo particular. Mucho de los trabajos científicos y prácticamente todos los “dichos científicos” a los que hicimos alusión en la primera parte, se dan dentro del método deductivo.

Su finalidad última del método deductivo es demostrar la veracidad de un fenómeno particular en base al modelo o generalidad científica.

El método “inductivo” por su parte, puede definirse como la forma de razonar de las particularidades para arribar a la generalización. Es decir, a partir de la organización de múltiples observaciones de fenómenos particulares, se puede arribar a una generalización, construir teorías o leyes.

Esta ruta del razonamiento científico se basa en la observación acuciosa de fenómenos sociales o naturales. Va de lo particular a lo general y su objetivo es la generación de un nuevo conocimiento.

“*In stricto sensu*”, podemos decir que el avance de la ciencia se hace a través del método inductivo.

Al inicio de estas reflexiones mencionamos los métodos “cuantitativo” y los “cualitativo”, los cuales pueden usarse en cualesquiera de los dos razonamientos científicos que acabamos de estudiar.

En los años 70 del recién pasado siglo, se dio una amplia discusión sobre la naturaleza epistémica de lo “cualitativo”. En dicha discusión se cuestionó el positivismo y el pensamiento único en la ciencia. Esta discusión siguió al menos hasta el momento de la llegada de la pandemia del COVID-19.

7.8. Lo cuantitativo y lo cualitativo en la ciencia

La revolución intelectual de los años 60 del siglo pasado asume que la ciencia no solo debe tener como objeto de estudio la parte “objetiva” de la realidad, sino también la “subjetiva”, y surge como propuesta emergente el método cualitativo.

El método científico, como lo conocemos hoy, tiene sus orígenes en el Renacimiento, bajo una lógica heurística que se deriva de la ya clásica premisa cartesiana: “*Cogito ergo sum*”.

La racionalidad científica, para la verificación de las “verdades científicas”, se basa en el “positivismo” (del griego “*positum*”: “hecho”), es decir, la ciencia se basa en hechos concretos, objetivos, cuantificables.

La ciencia, desde sus orígenes en el iluminismo, hasta mediados del siglo pasado, consideró como objeto de estudio sólo los “hechos objetivos”, dejando fuera del ámbito de la ciencia el componente “subjetivo” de la realidad.

“La realidad” está compuesta tanto por elementos objetivos como por los subjetivos. Por ejemplo, el cerebro humano tiene como elemento “objetivo” el tamaño, las dimensiones, el color, el calor, la radiación, etcétera; elementos todos susceptibles de ser medidos y dimensionados.

Sin embargo, aptitudes humanas como el pensamiento, las emociones, las sensaciones, que forman parte de la realidad no son susceptibles de medición, son “subjetivos”. No se puede medir el amor de una madre para su hijo, aunque existe y es parte de la realidad subjetiva, la cual puede transformar la realidad objetiva.

De lo anteriormente expuesto, se infiere que un trabajo científico puede realizarse desde una dimensión “cuantitativa” o una “cualitativa”. Veamos de manera resumida las características de cada una de éstas:

La investigación “cuantitativa” estudia las propiedades y las relaciones de los fenómenos de la naturaleza, en comparación a una teoría existente para establecer las propiedades,

cuantificar el fenómeno y predecir el comportamiento de los fenómenos naturales o sociales.

La investigación “cuantitativa” responde las interrogantes: “cuáles”, “dónde”, “cuándo”. Se basa en “mediciones controladas”, “datos repetibles”; comprueba a través de inferencias estadísticas, es “deductiva” y se refiere a “una realidad”. Es objetiva.

Por su parte, la investigación “cualitativa” se usa en las ciencias del hombre y se instrumenta con la recolección de datos no cuantitativos, como “observaciones”, “dichos”, percepciones, etcétera, con el propósito de conocer relaciones sociales o describir la realidad tal como la perciben los entrevistados.

En la investigación “cualitativa” se busca conocer el “por qué” y el “cómo” de “la realidad subjetiva”. Se basa en observación de datos naturales y sin control. Pretende la “interpretación”, “comprensión” y la “descripción” de los fenómenos. Es inductiva y asume múltiples realidades.

Como ya lo mencioné, la ciencia, hasta los años 70 del siglo pasado, se asumía como “objetiva”, “positivista”, y estudiaba “la realidad” mediante “un método único”.

El enfoque cualitativo permitió que la ciencia ampliara su horizonte al contemplar la parte subjetiva de “la realidad”, esa parte que no se puede medir ni pesar, pero que existe toda vez que es un componente ontológico.

Lo cualitativo rompe el paradigma del “positivismo” porque se asume que la realidad no solo se cuantifica, sino también se “comprende”, se “interpreta”, se “describe”.

Por otro lado, el “método único” se complementa con otros métodos para la interpretación y comprensión de la realidad

subjetiva, pues el método único se quedaba corto en el acercamiento a la subjetividad.

Asimismo, al entrar en la subjetividad, “la realidad” ya no es única, se conciben “múltiples realidades”, pues cada grupo, cada etnia, cada individuo podrá asumir su propia realidad en función de su momento histórico, cultura, memoria genética, visión del mundo, etcétera.

Bajo la perspectiva cualitativa se amplía su horizonte de lo científico, pues la realidad o las realidades no sólo se contemplan desde su componente objetivo, sino también desde el subjetivo, teniendo una visión ontológica más global.

El coronavirus vino a cuestionar las dimensiones de la ciencia, toda vez que en su momento no pudo dar respuesta, certidumbre ni predictibilidad como lo enuncian sus premisas. Edgar Morin tenía razón cuando en su trabajo, *Los siete saberes del conocimiento para la educación*, asume el componente del error de la ilusión de nuestras observaciones, mediciones e interpretaciones científicas. Tal vez será necesaria una nueva revolución científica que defina nuevos paradigmas y dimensiones de lo que conocemos como ciencia bajo la premisa de una ciencia con conciencia que también enuncia Morin.

EPÍLOGO

La humanidad ha vivido una experiencia traumática con el arribo de un nuevo virus identificado técnicamente como SARS-CoV-2 que se popularizó como “COVID-19” y también como “coronavirus”. La enfermedad de manera muy acelerada alcanzó todos los rincones del orbe. La Organización Mundial de Salud, (OMS) la reconoció como epidemia a fines del 2019. A inicios del 2020 esta nueva enfermedad adquirió la categoría de pandemia. El COVID 19 sigue presenta a mediados del 2023, aunque la mayor parte de la población se ha vacunado. En tres años esta epidemia ha dejado una huella profunda e indeleble en la historia de la humanidad.

Todas las experiencias que ha vivido y sufrido la humanidad por más de tres años a causa de la pandemia nos han dejado profundas enseñanzas, mismas que no pueden soslayarse. En la primera parte de este documento se hace un rápido recorrido a través de la evolución de esta pandemia desde su origen en un lejano poblado chino que se encuentra a casi 13 mil kilómetros de distancia de nosotros y que en pocos días se movilizó a todos los confines de la Tierra entre, ellos a México y de allí a nuestro estado, a nuestra ciudad, a nuestra casa.

La pandemia llegó a nuestro país, no poco a poco, sino rápidamente desde su lugar de origen hasta llegar, sin invitación alguna, hasta la puerta de nuestros hogares sin que pudiéramos hacer nada para evitarlo.

Desde inicios del 2020 sentimos la proximidad de esta enfermedad mortal. Personas cada vez más cercanos a nosotros enfermaban, amigos, parientes lejanos y cercanos. Al cabo de tres años, la gran mayoría de habitantes del orbe pudimos sentir su presencia en nuestros propios cuerpos. Un porcentaje muy alto de personas que conozco se han contagiado de este temible virus una o varias veces, aunque la mayoría con síntomas no graves gracias entre otras cosas a que casi toda la población ya ha sido vacunada.

En la segunda parte de este texto, se analiza el impacto y la enseñanza que ha dejado el COVID-19 en la economía, la educación, los sistemas de salud, así como en otras actividades y constructos humanos incluyendo, la ciencia misma.

Personalmente llegué a pensar que esta experiencia que vivimos los humanos de todo el orbe, nos haría reflexionar sobre nuestra relación con la naturaleza y con el resto de los seres humanos, generando una nueva corriente de pensamiento que nos conduciría a una vida más armónica que se tradujera en una relación de sustentabilidad con el planeta, en volver a los principios que dan sentido y razón de ser a nuestra existencia e iniciar la construcción de una sociedad más justa, equitativa, sustentable y en paz.

Sin embargo, en cuanto se encontró la vacuna para disminuir la letalidad de la enfermedad, así como medicamentos y protocolos para enfrentarla, pronto nos olvidamos de nuestra conciencia de la mortalidad humana, nos olvidamos de lo que es esencial en la vida y volvimos como sociedad a nuestra relación de divorcio con la naturaleza y a seguir el modelo de pensamiento único individualista que se expresa en depredación,

injusticias, inequidades y violencia en todas sus dimensiones y ámbitos.

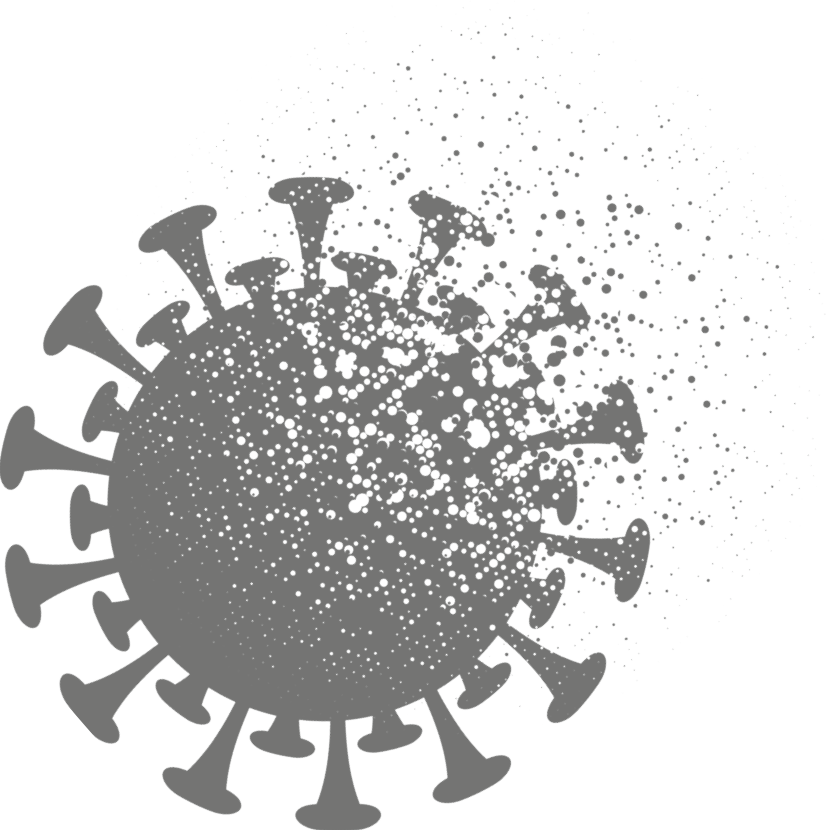
Confieso que esto me creó un profundo sentimiento de frustración como humano y como parte de la comunidad del homo sapiens, al ver que seguimos con la inercia de depredación, consumismo, egoísmo, demagogia y confrontación. Donde la meta es alcanzar y tener más y más, pues, bajo el pensamiento individualista, lo que da sentido a la existencia es el tener y acumular, aun cuando esto sea no posible para la mayoría de los humanos para quienes esta lógica de acumulación es solo una fantasía que genera frustración, inequidad, injusticias y violencia.

Es aquí cuando acudo al mito de Pandora. El mito hace una narración de una bellísima mujer que fue creada por instrucciones de Zeus, con una serie de características y atributos que la hacían la mujer más deseable. Esta mujer se ofreció a uno de los hermanos de Prometeo como una de castigo, pues Prometeo tuvo la osadía de entregar el fuego a los humanos, cosa que enardeció al mismo Zeus, quien, para castigarlo a él junto con los humanos, entrego a Pandora como esposa a su hermano, quien era un personaje poco agraciado física y mentalmente, así que no tuvo empacho alguno en recibir este regalo divino.

Se narra en que cada uno los dioses del Olimpo le dieron a esta mujer una cualidad, uno la hizo hermosa, otro le dotó de una gran sensualidad, en fin, se creó a una mujer que podía ser la mejor fantasía aun para los mismos dioses. Zeus también le dio su regalo, le dio una caja finamente labrada, un regalo digno del padre de los dioses. Zeus al dar la caja a Pandora le dijo que no la abriera.

En algún momento la curiosidad le ganó a Pandora y desobedeciendo las instrucciones de Zeus abrió la caja, de la cual salieron en tropel todas las calamidades que hoy azotan a la humanidad: la enfermedad, el dolor, la envidia, las guerras, etcétera. Una vez que salieron todas las calamidades, quedó en el fondo de la caja un último elemento, era un regalo a manera de compensación por todos los males liberados.

Ya que salieron de la caja mítica todos los males que azotan a los humanos, al final de la caja quedó en el fondo un último elemento, quedó la “esperanza”. Bajo este elemento, se cobija este trabajo. Esta es la idea que se pretende compartir bajo la premisa constructivista de la historia. Compartimos con nuestros lectores la esperanza de construir un mundo para que las futuras generaciones puedan tener una vida más vivible. Con esta esperanza me quedo y comparto a mis lectoras y lectores través de este documento.



El cuarto jinete del Apocalipsis
se terminó en agosto de 2023
en Cuernavaca, Morelos,
México.

La pandemia del coronavirus vino a cuestionar las estructuras humanas como la educación, la normatividad, la economía, la política y la ciencia, así como nuestra relación con la naturaleza y con los demás seres humanos. Asimismo, vino a evidenciar y catalizar una crisis civilizacional que se venía gestando desde las últimas décadas. Esta crisis nos da la oportunidad de repensar la construcción de la historia, donde se privilegie el desarrollo de aquello que le da sentido y razón de ser a la existencia. Al final de esta crisis, en un símil con la caja de Pandora después de ser liberadas todas las calamidades que aquejan a la humanidad, quedará al descubierto el último regalo de los dioses, escondido en lo más profundo de la mítica caja: *la esperanza*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

